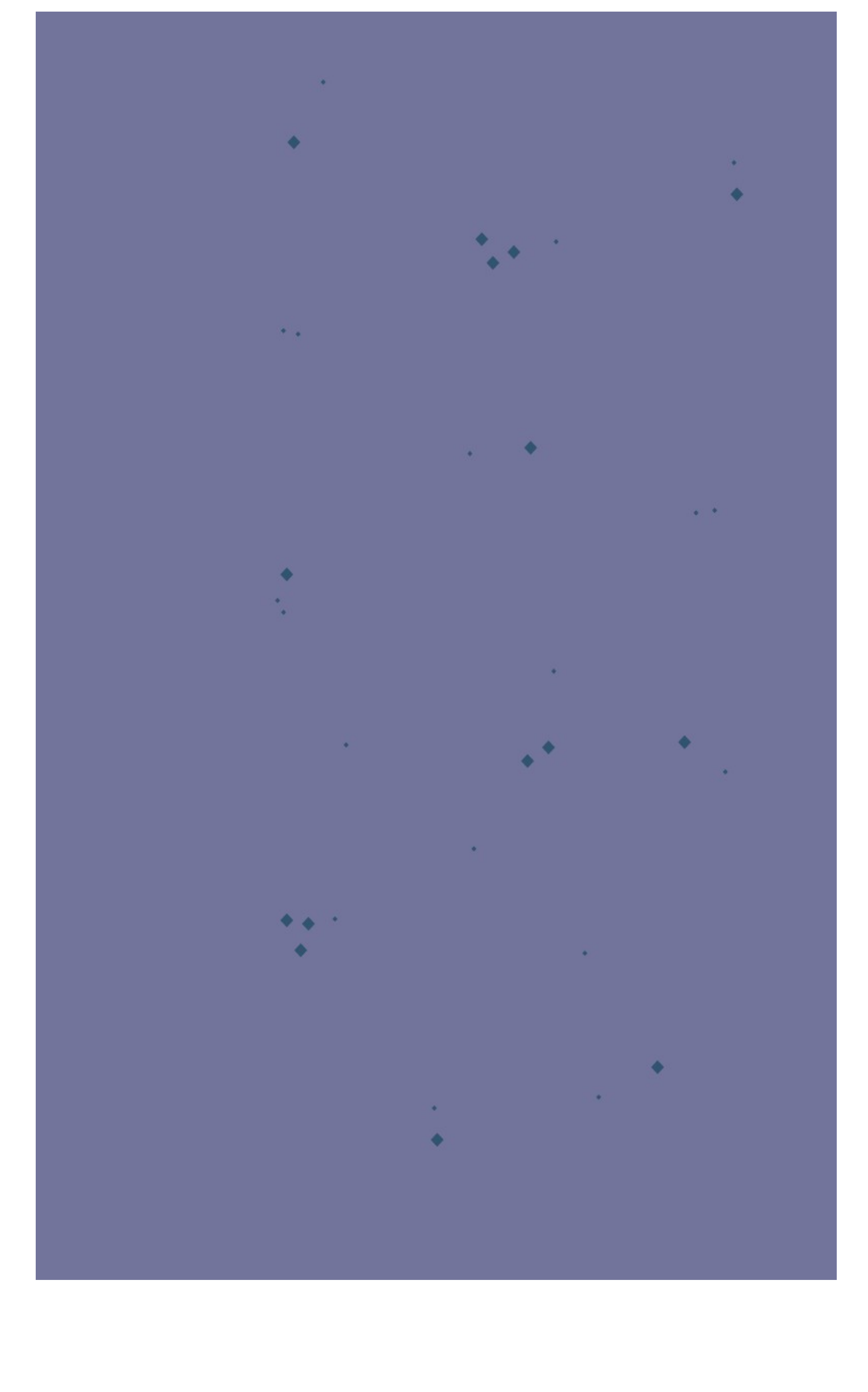
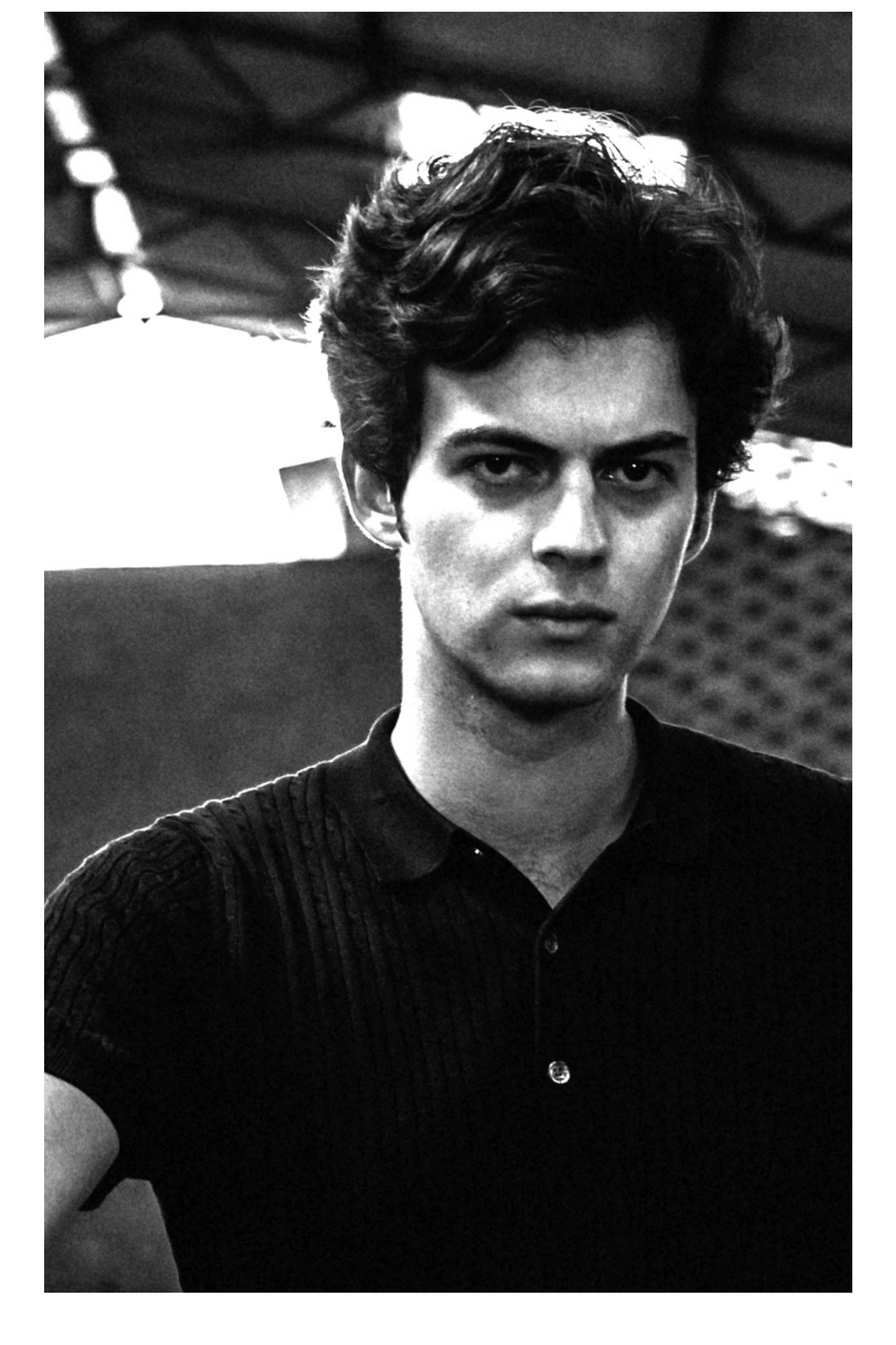
BUENAS *noches*

santiago isla

prólogo de
karina sainz borgo







Primera edición: febrero 2020

Diseño de cubierta: Miguel Sánchez Lindo
Maquetación: María Torre
Impreso en España por Cofasa

ISBN: 978-84-121034-3-4
E-ISBN: 978-84-121237-1-5
Depósito legal: M-4443-2020



santiago isla

prólogo de
karina sainz borgo



A mi familia

“Qué alegría, vivir
sintiéndose vivido.
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo”.

Pedro Salinas



es internacio
tampoco central en los de
s en una especie de
poco significativ
tistas no tiene el niv
l contexto internacio
que los co
lo han hecho
que aparece en simposios
sector y, según pare
que se derivan de estos
suelen argumentarse
bil y reducido mercado del arte
te de las instituciones públicas
cepción, no hay

La diferencia entre tener un esmoquin y alquilarlo

Siente en una terraza de la plaza Olavide a Oscar Wilde, Kingsley Amis y David Bowie. El resultado se llama Santiago Isla. Con apenas 25 años, el músico y escritor tiene la elegancia y el ingenio del irlandés, el sentido del humor del británico, la capacidad apropiadora del duque blanco y el discreto encanto de Chamberí. Una combinación extraña para alguien tan joven. El buen gusto y la incorreción son un aire de familia que salta a la vista en las páginas de *Buenas noches*, su primer libro.

Como el poema de Gil de Biedma, Santiago Isla vino a llevarse la vida por delante. Convertido él mismo en personaje, traza en este libro la bitácora de un joven que se aburre. Un amor no correspondido lo empuja a callejear por el Madrid contemporáneo. La ciudad queda a merced de su mirada de burgués melancólico. Un chico sofisticado por sus obcecaciones y embellecido por sus fogonazos. Diletante y concluyente. Mordaz y empático. Una cosa y la contraria. Pura y rabiosa juventud, inyectada de agudeza.

Más que describir Madrid, Santiago la despelleja: el costumbrismo castellano de baldosín y gotelé; una Ángela Molina que se pierde en el Templo de Debod tras salir de un fotograma de Buñuel; las abuelas gallináceas, entre tiernas y rapaces, del barrio de Salamanca; un delantero brasileño del Real Madrid redimido de su periferia por el dinero; corredores matutinos a los que solo les falta el silicio y esas ninfas de la calle Ponzano, pretendidas por jovencitos que ya se parecen a sus padres. La vejez es una hipérbole en la voz de este narrador que enciende palabras como cerillas.

La vanidad de Santiago Isla es lo suficientemente grande como para atreverse con el *flâneur* de Baudelaire, pero aún mayor que su amor propio lo son sus intuiciones estéticas y su capacidad para desarrollarlas. Incluso cuando se pone solemne, Santiago derrocha ingenio y maldad. “Qué rabia, soñar con escritor maldito y haber quedado para costumbrista de *afterworks*”, escribe, entre anacrónico y *millennial*. En un mismo folio recuerda al Baroja que pasea por la Ribera de Curtidores o a ese Larra, entre castizo y afrancesado, que deshoja la margarita de su propio talento.

En tiempos de autoficción a la baja y buenismo militante, a Santiago Isla le puede la frivolidad como una buena costumbre. Algo abolido que merece ser recuperado como los sombreros y el *smoking jacket*. La prosa de *Buenas noches* desprende un humor natural y sofisticado. Nadie sale ileso de estas páginas. De ahí la frescura, inteligencia y luminosidad del resultado. Desde el título, el libro apunta maneras:

desear las buenas noches es un gesto de educación, pero también una invitación al desplante y la insatisfacción.

Al narrador de este libro no le acompleja ser un niño pijo, porque saca provecho de la insolencia, toda la que se necesita para treparse a la hornacina de escritores que no sobreviven a las lecturas adultas: desde Rimbaud o Verlaine hasta Burroughs y Salinger. De Santiago Isla y las páginas que escribe importa su ímpetu, esa energía ciega de quienes amplifican el paso del tiempo en su corta edad.

Tuve noticia de este libro hace ya unos meses. Lo escuché de la voz de su editora, Eva Serrano, que una mañana leyó tres líneas: "*Buenas noches, niña de Europa, amazona en París, enorme boca de doscientas leguas. Dejas al huir una herencia confusa, y un nombre de bolso: qué epitafio tan certero*". En mi oído vibraba un escritor. Se tiene o no se tiene. Y él lo tiene. Lo que haga de aquí en adelante no es asunto de este prólogo. Pero, así como Belmonte aseguró que se torea como se es, algo en esta escritura describe a quien teclea.

Tras pasearse por un Madrid en ocasiones vulgar y en otras fosilizado, beber aperitivos en el parisino hotel Costes y acabar ligando en un decadente castillo de la sierra de Guadarrama donde alguna vez vivió Franco, Santiago Isla se regodea en su propia impostura. Es un cachorro de la jet. No es una medalla en el pecho, asegura él. Simplemente sucedió así. "*Hay una gran diferencia entre tener un esmoquin y alquilarlo de manera puntual*". Arrancada de la piedra de su juventud, la frase traza un surco, retoma la trinchera olvidada del dandismo y aboceta al escritor que Santiago Isla ya lleva dentro. Él no toma prestadas las palabras, las lleva puestas desde siempre, como un *tuxedo* colgado en un armario.

Karina Sainz Borgo

Primera parte

I

Buenas noches, Jane, fruto prohibido, flor de la moda, eterna promesa irresoluta. Buenas noches, niña de Europa, amazona en París, enorme boca de doscientas lenguas. Dejas al huir una herencia confusa y un nombre de bolso: qué epitafio tan certero. Tuya es la mano que mece los deseos de los hombres. Úsala bien, úsala mucho, úsala solo cuando sepas lo que quieres.

Buenas noches, Jane, yonqui de viernes, jardín del Edén encanecido. Te enamoraste de un patán violento y desbarrado. Sembraste dudas para recoger incertidumbre. Ya no hay mujeres como tú, que tienes rostro de escultura, como si hubieras nacido en Atenas y tu nariz fuera de mármol. «Quizás» es la frase que arrastras, ante nosotros, pobrecitos españoles, niños enfermos que ven cine extranjero en las sesiones golfas.

Buenas noches, Jane, viento del norte, arena húmeda, grito en el cielo. Yo soy la ola y tú la isla desierta. Guardo tus garras como surcos en el museo de mi espalda. Te conocimos en un país ajeno y te pintamos de francesa para soñarte mejor. Nos llevaste a un paraíso injustamente vedado. Solo quedó vivir en los chispazos sueltos.

Buenas noches, Jane, equis tumbada, interrogante que duerme boca arriba. Sabes a humo y a ginebra. Tu belleza no se acaba ni se extingue, simplemente se transforma: *finisce sempre così*. En mi pecho has dibujado un corazón adolescente. Guardaré tu recuerdo en el salón, junto a mis fotos de niño en pantalones cortos.

Buenas noches, Jane, vecina nueva, Frida por dentro, Venus por fuera, artefacto incomprensible que estalla entre las manos. Los que te quieren hablan maravillas. Escorzo cruel, sombra querida, muro infinito de las lamentaciones. Beberemos por tu ausencia igual que por tu vuelta, con la mano temblorosa y un vaso medio lleno. Que mi despido no interrumpa tu camino.

Buenas noches, Jane, ser de otra vida, visión, mito absoluto que ya vive en el pasado. El rencor es para los ineptos. Dormimos mejor solos. Buenas noches…

II

Buenas noches, Madrid. Hace un frío de pelotas. Parezco un ocho tumbado, ese tatuaje sin salida de las chicas con anhelos; realmente camino como en homenaje al infinito, dando vueltas en círculo y pasando siempre por el mismo punto. Qué cosas. Me azuza un aire violento, viento gélido que solo existe en las avenidas amplias. Viene dopado por la arquitectura. Conservo el calor gracias a mi largo abrigo nórdico, un abrigo bonito, oscuro, y sobre todo funcional. Si no fuera porque es de noche, me miraría en los escaparates de las tiendas.

Salgo de mi casa con prisa y por poco me dejo las llaves. No sé por qué, si realmente no voy a ningún sitio. Nadie me espera. Bajo la calle Génova, que parece tan importante, pero que es solo una calle. Conozco mucho la noche de Madrid. No las discotecas: la noche. La noche no es como la pintan los franceses. La noche de Madrid es un murmullo cruzado por camiones de basura.

Me paseo por pura inercia, como si rodara cuesta abajo. Al principio tenía objetivos aeróbicos, pero ya los he abandonado. Quería cansar los músculos para, llegado el momento, sentir el cuerpo pesado y feliz de los deportistas en la cama. Yo he sido deportista, también. Pero hay momentos en los que simplemente no tienes el espíritu. Ahora paseo como quien medita, como Siddhartha. Soy un pensador peripatético.

Por la Castellana un coche se salta algún semáforo. Lo lleva una niña que va a dar positivo. La música retumba. Sus amigas se ríen y se gritan para oírse. Si tuviera que apostar, creo que van a tener un accidente. Pero quién soy yo para decir nada. Estoy en la otra acera y, aunque no viene nadie, espero pacientemente al muñequito verde.

Me paro frente a la Biblioteca Nacional, que parece un monstruo enjaulado. Recuerdo pasear con ella, una noche como esta, y tener en la boca mil versos de Salinas y que ninguno saliera. Los dos solos, ante la torre de Colón, edificio oxidado, también feo, con su extraño aire de buque extraterrestre. El silencio de las madrugadas de invierno. La bandera de España tiesa, gigantesca, y mis manos de borracho frío en los bolsillos, no sobre las suyas.

En la noche hay disfraz, pero yo ya no disfruto del misterio. Me sé la trampa, el maquillaje, los juegos de luces, el ruido. Cuando un lugar pasa de ser hotel a casa, pierde su capacidad de seducción por el mero hábito. Lo mismo sucede en las parejas. Los que conocen la noche de los viernes la sienten como una mujer que se insinúa. Tiene cuatro almohadas, toallas limpias, dosel y minibar. Para mí es un pasillo. Me paso las noches paseando.

Hay que saber pasear. Si te alejas de las zonas de alterne, la noche

es un prado. Madrid, un martes a las cinco de la madrugada, casi todo duerme. El hecho de tener horarios invertidos refuerza la impresión de llevarle la contraria al mundo, de *spleen*, de crápula, de dandi. Es una desgracia que, por mero peso estadístico, sea yo el equivocado. Dice Kierkegaard que la ansiedad es el mareo de la libertad. Pero mi libertad es muy liviana porque no cuesta nada, no he hecho nada para conseguirla, menos para merecerla. La ansiedad es como el peso de la ropa, que ya lo sientes como propio. Salvo cuando te desnudas.

Por otro lado, la tristeza sienta bien, sobre todo en la juventud. En la vejez es terrible y huele a cerrado, pero es que en la vejez todo es terrible. El andar melancólico, la distracción, la ausencia del cuerpo presente; todo eso me hace más guapo, más apetecible, más profundo. La tristeza es mi accesorio. Combina con el invierno, la noche y el viento que despeina el pelo largo.

Siempre paseo por el centro. No encuentro placeres en las autopistas ni en los grandes parques de la periferia. Aparcar bien es un alivio, sobre todo si eres conductor. Pero yo soy paseante. La personalidad de las ciudades está en el centro. El centro es la ciudad engalanada. No creo que el extrarradio de Madrid difiera mucho del de cualquier ciudad del sur de Europa, ni en los chalés ni en las barriadas. No me interesan. El paseante quiere fascinarse. Está en un diálogo íntimo con la ciudad. La Biblioteca Nacional me habla, y ahora que la han reformado le sale voz de niña. Los focos la tiñen de una extraña luz naranja. ¿Y si…? No. Quieto *parao*. A veces mejor no dar rienda suelta a la cabeza. Hasta el *flâneur*, que es una autoficción, tiene un poso de verdad. Si no, no se aguanta el personaje.

Yo vivo en el centro. En un piso grande. Solo. Quizás mi justificación sea producto de la pereza, de la comodidad. Así es mejor porque no tengo que dar explicaciones. Tampoco tengo problemas de verdad. Un problema de verdad sería no llegar a fin de mes o que te echaran del trabajo. Ya no tengo trabajo. Tampoco tengo meses. Que llegue la Semana Santa o el puente de la Constitución me viene dando igual. No altera en nada mi día. Si acaso despeja o comprime la ciudad, pero en esas fechas raras procuro no dar tanta vuelta y me quedo en casa escribiendo o viendo algo en la tele. Pido comida a domicilio y fumo hasta que todo empieza a oler a decadencia. Al final acabo abriendo las ventanas. No me gusta la suciedad. Quizás beba algo para dormir, pero casi nunca funciona. Incluso cuando no quiero, me veo arrastrado a la calle a pasear.

III

Para el paseante nocturno, el día es la vejez de la noche. Esto se ve claro en los clubs. La luz es el fin del placer. La vida se muere y sale al amanecer con los ojos entornados y la cara contraída. Las muchachas caminan con dificultad, hacen escorzos: solo faltaría alguna cadera rota para completar el paripé. Pero no todo el mundo se resigna. Los descabezados que van de *after* me recuerdan a Valentino. Viejos ultramorenos, con la piel colgandera y la braga náutica marcando paquete octogenario. Se niegan a renunciar a nada. Y me parece bien. Yo me siento un poco igual. La gente en los *after* no tiene constancia del futuro. Llega a dar la impresión de que el tiempo se congela, que no hay posibilidad más allá del submarino. Las persianas apagan el día y conservan los placeres en formol. La mañana se desangra poco a poco. Puede que solo sean drogas.

Los primeros que me sorprenden son los corredores. Yo he sido corredor matinal. Cuando madrugas para correr y bajas a la calle te embarga una sensación de superioridad, de estar haciendo bien las cosas. Visto desde fuera, son frikis. Me cruzo un hombre de patas duras y corte militar. Lleva un ritmo envidiable. La piel de la colleja le asoma sonrojada entre el pelo y la ropa. En las orejas tiene incrustados unos cascos atómicos, de corredor pro, y aunque no puede hacerme partícipe de su música imagino que es algo agresivo, pesado, duro. Como él.

Poco después, pasa una mujer. Ella tarda más en sacarme distancia. Tiene un trote descoordinado, el culo un poco gordo, las piernas embutidas en *leggins* temblorosos. Se nota que hace poco que empezó a correr, porque no muestra técnica ninguna. Aplaudo su esfuerzo. Peor que correr es empezar a correr. Justo cuando voy a perderla de vista, se detiene y arquea los brazos. No sé si habrá cumplido su rutina o si simplemente se ha dado por vencida. En cualquier caso, ha hecho deporte antes de ir a trabajar. Es un triunfo de la voluntad.

En esta misma ciudad se cruzan dos ciudades, como los señoritos y los pobres de los libros de Baroja. Yo, claro está, pertenezco a la primera, pero no llevo el rostro torpe y satisfecho de los borrachos y los novios. El frutero y el vampiro me resultan igual de lejanos, como autómatas que se mueven por unos resortes que no alcanzo a comprender. En esta madrugada está el pulso de la vida, Madrid, una villa inventada al borde del infarto. Qué cargado viene el aire matinal, y qué liviano sale de mis pulmones.

Llevo un tiempo largo sin dormir. A mi edad, todo se aguanta. No dormir te parte la cara, te la deja de mármol, y la Victoria de

Samotracia es tremendamente bella y no tiene ni cara. Así nos paseamos por la vida, con la cara partida y la nariz desnuda apuntando muy lejos. Amo a las mujeres guapas de narices grandes. La nariz concentra la personalidad, es el núcleo del rostro, lo somete todo a su forma de espolón, se agranda cuando pasa el tiempo y hace de las caras de los hombres viejos un pimiento ensombrecido.

El insomnio confiere además una especie de lucidez. Creo que el insomnio, las resacas y la niñez tienen en común una misma capacidad de asombro. En España la gente duerme muy poco, puede que de ahí venga nuestra obsesión de molinos y gigantes, y esa manía un poco fea de montar trincheras hasta en el patio de vecinos. La siesta, que es una de las costumbres que exporta la imaginería cañí, es mentira, o como mucho medio mentira; guarda la misma relación que la ensaladilla con Rusia y las coles con Bruselas. Si sucede, normalmente viene a paliar una falta previa, a saber, la combinación de vida social y trabajo sin horarios.

Quiero creer que algún día podré dormir en paz, como un sueco. Me imagino un sueño cuadriculado, fuerte, blanco, un sueño recto, meramente funcional, una nutrición aséptica y tranquila. Sentir una bañera caliente y la soledad total de mi casa, ese silencio que nos invade mientras se desprende el vapor y el pecho se hunde para dentro. Sin sobresaltos, sin pasión. Sería un sueño que ningún poeta 2.0 podría entorpecer ni una lesbiana melancólica admirar. Tan pulcro, que la purpurina de la baba onírica no podría ni rozarlo.

IV

En el trasiego mañanero, surgen como setas jóvenes uniformados de chaqueta y chaleco. Me recuerdan que estoy haciendo algo mal, porque tengo su edad, pero no soy un adulto, no hago de adulto, sigo siendo un niño, ya grande. Lo sé porque van cansados, pero también electrizados, están experimentando la adrenalina del futuro, son una promesa cumplida, el muchacho que jugaba a ¿qué quieres ser de mayor? Llevan la palabra porvenir pintada en las legañas. No les culpo de nada. Dicen anglicismos, progresan y se les cae el pelo. A mí no se me está cayendo el pelo, por suerte, pero tampoco estoy progresando. Sus portátiles, todavía cerrados, van acumulando *mails* y encargos en el fondo de la tripa, y yo sigo mi paseo porque no tengo absolutamente nada que hacer. Fui uno de ellos, igual que ellos fueron dandis alguna vez.

El traje iguala, pero también señala. Quizás el traje imperativo no sea ideal para medirlo, pero el traje, como los calzoncillos, nos habla un libro entero del hombrecito que va dentro. En la vestimenta hay un resumen real de las personas, y raro es el caso en el que un defecto no se transmuta en corbata, ya sea el engreimiento con patitos o el descuido con el nudo. Hay para todos. Qué espectáculo tan desagradable el de la caspa en las hombreras. O las camisas moradas, grises, fucsia. Los lametazos de gomina que hacen del cabello un sistema montañoso. El dinero, claro está, moldea los gustos y los hábitos, pero la camisa blanca y el peine son recursos universales, patrimonio del buen gusto. Aun así, no es oro todo lo que reluce. También en la otra orilla hay galería de horrores. La tímida patilla gris que escapa al tinte. Dientes excesivamente blanqueados, que no son traje pero me resultan añadidos, pegatinas, un tuneo malicioso de peluca y rayos uva. Las pulseras que dan lustre a las muñecas, convertidas en lastre a una determinada edad.

Me fumo un cigarrillo, mal vicio que comparto con alguno de los jóvenes trajeados, una pequeña licencia que le conceden al futuro cáncer de pulmón que, con toda seguridad, ni se plantean de camino a trabajar. Están obsesionados con llegar, una vez que finalice su trayecto, al deporte de la consultoría. En el hormigueo de este martes no hay ni medio lujo, los jóvenes son todavía peones, por muy fulgurante que resulte su carrera. Toman el metro y se agarran a las barras, tienen cuidado de no meter el pie entre coche y andén. La mochila del colegio ha dado paso al maletín, costumbre de cuero que yo asociaba a los padres y que ahora llevan los chicos de mi edad.

Todavía hay gente que se casa joven, que se pone el pijama ante su

mujer o su marido, que ya va cediendo el misterio a las pelotillas del batín. Todo con veintitantos, nosotros, que vamos a vivir cien años, y algunos ya instalados en la vida conyugal, en el baño común, en una sola pasta de dientes. Desconozco por completo ese artefacto, esa estabilidad, puede que no me considere digno, que tenga frío por dentro y no quiera contagiarlo. Hay en los miedos una cierta sinceridad, una certeza irracional que va creciendo y queda pegada como un lunar en los bordes de la cama. Por eso me sorprende recordar que yo estuve enamorado, sí, yo, y que también ansié de alguna forma anclar mi individualidad en algún puerto feliz. Cuando los muslos empiecen a ser blandos, no sé qué voy a hacer.

La calle se pega a los zapatos y yo tengo los míos cargados de paseo. Las mujeres trabajadoras llevan zapatos muy bonitos, y una melena larga, y una blusa clara bajo un abrigo grande color beige. Van igual de rápido que sus compañeros, mirando el móvil o pensando en alguien. Creo que las mujeres piensan más en alguien y los hombres en algo. Verlas tan elegantes, tan guapas, despierta en mí un apetito que creía olvidado, pero se desvanece según llega. Van echando vaho, esta mañana de martes en Madrid se ha despertado fría y a las mujeres les sale un humo neutro de la boca, aprietan el paso y cruzan la calle para llegar con decisión a sus puestos de trabajo. Ninguna se para a contemplar las vistas en el puente de Juan Bravo, pero es que tienen prisa. Yo no.

El amanecer está lanzando su último reclamo. Los taxis cruzan la Castellana y el mundo late como un tren. Creo que ya tengo sueño. Buenas noches.

V

El sol del mediodía invernal, patrimonio de la ciudad de Madrid, es el mayor de los gozos para el paseante que va. Cuando se convierta en bola de fuego no habrá quien lo quiera, pero ahora es una yema deliciosa. Me siento descansado. Voy subiendo hacia los bulevares, el nombre de nuestros abuelos para una calle con mil nombres.

Aquí no hay apenas hombres ni mujeres de traje. La mayoría estarán comiendo comida internacional en algún apéndice de su trabajo, puede que en el propio comedor si la compañía es grande. Han producido durante mi sueño. No creo que se alarguen mucho. Ya tocan los cafés. Los jóvenes dicen cortado o manzanilla, pero seguro que algún carroza sigue zurrándose un wiskito como postre oficioso. En nuestra generación las licencias están mal vistas, por eso todo el mundo es alcohólico de noche.

Me sorprende ver que todavía existan comercios de otra era. Al desviarme por una calle secundaria, me topo con una tienda de juegos de mesa. Tanto rococó con el código binario para que aún haya ajedrez, y Monopoly, y todas esas variaciones de estrategia que no alcanzo a comprender. La tienda está vieja y sucia, sobre todo soltera, como su dueño; su dueño tiene pinta de estar soltero porque, a pesar de ser casi calvo, va muy despeinado. Qué raros se vuelven los hombres sin el suavizante de la convivencia. La ausencia, me digo, sienta bien a mi edad, y sumo una piedrecita más en el zapato.

El hombre me ha seguido con la mirada. Aguanta sentado, centrado en su ordenador, las piernas cruzadas en una postura rara. Incluso esa modernidad, el ordenador, es una modernidad pasada, un aparato fondón y gris con el Windows 2000. Estamos los dos solos, así que hago el paripé de que busco algo, aunque en realidad no quiera nada. Veo nombres que no me suenan, juegos a los que no jugué de pequeño, hasta en esta patria de la edad soy extranjero.

¿Cuánto venderá este hombre? No quiero seguir más en la tienda. Es una ventana a la vida de un calvo despeinado, es frustrante, es una experiencia fea, no es lo que nos habían prometido cuando nacimos en España. El cristal de la puerta tiene la misma suciedad que la cubertería vieja. Mugre mate. He visto que en el fondo hay un rincón de segunda mano, con Trivial de los noventa, y es como sentir a cien abuelos muertos. Me voy ya, me voy ya. Suena la campanilla de la puerta y alcanzo a oír un «muchas gracias».

Desde fuera me giro y veo su pantalla del ordenador. Está jugando al solitario. No haré bromas con esto. Yo he tenido mucha suerte.

Sigo mi paseo y este sol divino vuelve a reconfortarme.

El sol me va diciendo cosas, me susurra cuando se refleja en las jarras de cerveza, joyería que las terrazas cuelgan en las calles concurridas. Hasta en la esquina más infecta de Madrid hay una terraza y gente sentada tomando bebidas en las mesas. La oliva seca y dura de Andalucía viene a morir a Madrid, serrada hasta el hueso por alguna dentadura grande, tirados sus restos al fondo del cenicero blanco, entre agua y colillas. ¡Querido poeta, has fumado tanto, y sin embargo la poesía la tenías justo debajo, no en los pulmones! Mil ejemplos más: la patata pasada, ya ni crujiente; el embutido fino pero áspero; el boquerón, con su piscina de vinagre redimiendo la carne menuda; cualquier arquitectura con mayonesa que se sirva sobre pan, tan malo el pan como su premio; los alardes de las tabernas regionales, que traen pulpos de piscifactoría; ese arroz *decolorao* que aguanta un torbellino; el pimiento, las ponzoñas, las tortillas de huevina; todo coronado por el tercio de Mahou, tregua helada, emperador romano de las barrigas fuertes.

La terraza es gata, una parte de nuestro escaso patrimonio, porque Madrid como región no es nada; es España, simplemente un marco. El chotis, los chulos y las chulas, todo esto lo sacamos a pasear un día como por darnos el gusto del folklore, y luego a lo nuestro, lo importante de verdad, las tradiciones son para los otros, para nosotros el futuro.

Qué felices hemos sido en esas terrazas. Tú no Jane, pero yo sí. Cómo me gustaría sentarme con un amigo en cualquier terraza de Madrid y compartir una cerveza, y esos aperitivos torpes que son como la historia del país. Así se entiende una ciudad. Y la vida.

VI

He seguido paseando hasta Chueca, tan tranquilo. El jardín multicolor me recuerda un poco a Almodóvar, todo es almodovariano, las trans se llaman Paca o María Dolores, tienen ese costumbrismo de baldosín y gotelé. Conviven con las nuevas generaciones, más dispersas, que hacen cosas en inglés, se llaman en inglés, se buscan en inglés, se denuncian en inglés. Por suerte, en Madrid en general lo costumbrista mola porque no hay arraigo asociado a la costumbre. Los locales más pintones tienen nombre de señora de pueblo: para el urbanita desaforado no hay nada más guay que una señora de pueblo. Al final, como le pasaba a Lorca, la tradición se convierte en vanguardia.

¿Qué será de los señorones de antes, esos que pululan por la Cava Baja los domingos? Esas calvas, esas panzas, esas grasas saturadas de verdad… ¿Quién los sustituirá cuando mueran? La generación de nuestros padres es mucho más joven que ellos a su edad. Aunque conozca a algún muerto en vida, la gente no quiere ser vieja. Este sol, ya un poco renqueante por la tarde, cada vez verá menos señores. Perdemos una España, pero ganamos otra.

Camino distraído y casi me derriba un musculado hombre en calzoncillos. Al tropezar, caigo en que no es real, tan solo un anuncio de suplementos. En la calle Hortaleza, otros tantos como él posan en fila, con botes llenos de polvo y proteínas. Es una estética que no entiendo, la del levantador de pesas. Cuestión de gustos.

Por lo demás, la tarde menguante está tranquila, anaranjada, así que a los culturistas de anuncio les va naciendo un aire melancólico. Se les marca la nostalgia en los abdominales. Ando en otra dirección, vuelvo más al barrio *barrio*. De los balcones de las calles estrechas cuelgan guirnaldas, banderas, reivindicaciones. Los edificios siguen un patrón sencillo: Chueca está pintada de los colores de Madrid, esos colores terrosos, entre rojo y gualda, curioso guiño, la paleta que en Roma es un tsunami de belleza y aquí tan solo un discreto encanto.

Voy fijándome en la gente, claro, apartándome de todo. Me gusta la sofisticación de la ropa que veo, me gusta la preocupación, me disgusta la afectación, el exceso visual, la tropelía. Al final, el buen gusto, que es la seducción más alta, vive de insinuar, no de explayarse. Recuerdo de mi pasado que la red social funciona así: conozco hasta las sábanas de Kendall Jenner, pero no la sensación de acostarme a su lado. Es un morbo infinito.

Me ha nacido un sorbo de miel caliente, pensando en Kendall, pero rápidamente se me escapa de la boca. La acción me agota. Yo no he venido a «hacer» nada. He venido a mirar a otros hacer. Puedo porque

tengo tiempo y ninguna necesidad de hacer algo con él. El mundo es un gran escenario puesto en marcha para mí. Lo sigo con deleite, con asco, con indiferencia; la única indiferencia mayor es la que tengo reservada para mí. Soy un observador, parte de y al margen de, un auténtico rebelde, pasivo e improductivo, una acera rota de Madrid, un niño frívolo y bien vestido que respeta siempre las señales de tráfico. Tan pasado de moda estoy que no descarto que me conviertan en un club de alterne. Sí, tendría buen nombre para eso.

VII

En un atardecer violento, de colores rosas y amarillos, me siento en el mirador de Moncloa. Contemplo el mazacote gris y decadente al que llamaban Arco de la Victoria. Los adolescentes que hacen skate y astillan sus tablas contra los muros son el símbolo del progreso, del fin de la España fea, colonizada con desdén por un anglicismo peleón y el italianísimo grafiti. Si algo me provoca el monumento es fascinación. Por lo cutre que es.

Las parejas de adolescentes vienen aquí a darse el lote. Cuento por lo menos una docena de bocas, unas contra otras, en ese ir y venir de las lenguas quinceañeras. Se besan como haciendo deporte, y se nota quién lleva más años practicando. Las primeras veces los niños sufren por patanes. Las niñas, por nerviosas. Pero a través de las bocas ajenas es como se va conociendo el mundo. A través de la boca ajena se conoce la propia, lo mismo pasa con el cuerpo (el siguiente tema), y así hasta la convivencia, verdadera vara de medir, sistema decimal de la miseria.

Viéndolos así, desde fuera, recuerdo los grandes hitos de mi adolescencia, auténticos abismos que han devenido en chistes. La adolescencia es como el nacionalismo: absorbe todo lo demás, reduciéndolo a la nada, a la insignificancia; es la primera etapa consciente y por eso elimina el pasado, y el futuro; tapa el sol con el presente, con la intensidad, con la pura adrenalina del cambio. La novedad de los hechos eclipsa su propio peso, por eso todos vemos la adolescencia como una caverna platónica, unos dramas diminutos proyectando sombras monstruosas. Una etapa tan marcadamente trágica acaba siendo, por la fuerza, cómica. Así es como la recuerdo. Así es como la viví.

En esas manos torpes, en esos ojos que aguantan abiertos hasta bizquear, en esos dientes que chocan, ahí está el umbral de la vida adulta. La sana obsesión por el sexo les aleja del porvenir, la losa más pesada que uno enfrenta en la vida. Los adolescentes matan a pajas el futuro. No ven más allá del fin de semana. Incluso los estudiosos experimentan mayores placeres en los demás que en sus estudios. Pronto, pasados los años, llegará si llega el éxito profesional, y habrá que alterar el orden de prioridades para obtener otro tipo de placer adulto.

Jódete, Franco, pensará alguno. En el Arco de Moncloa no hay más que adolescentes, las personas más insolentes de la Tierra. Donde antes desfilaban fachas hoy desfilan pajarillos con unas ganas locas de meterse mano. No sé. Lo mejor de Franco es que lleva tropecientos

años muerto y que el arco triunfador no significa nada sin la dictadura monjil que lo sustentaba. Ya es solo piedras y cemento, cada vez más desgastados. Llegará un momento en el que los adolescentes de Moncloa no sepan frente a qué se están haciendo selfis. Simplemente les gustará por el toque anacrónico que imprime a sus fotos. No sé si eso es bueno o malo. Solo sé que, donde antes marchaban prietas las filas, hoy hay doscientos pajarillos con unas ganas locas de meterse mano. Y yo mirando.

VIII

En el parque del Oeste, ya asomando la noche, ha venido a morir mi paseo. He bajado hasta la calle del Pintor Rosales y ahí me he encontrado de nuevo con corredores, estos quizás menos voluntariosos que los matutinos, desde luego más comunes. En un árbol de raíces gordas un perro se ha parado, oliendo el rastro de otro perro. Hay una calma chicha, apenas sesgada por algún coche relajado y un autobús de línea que circula vacío.

De repente, me cruzo con Ángela Molina. Es curioso, porque hace nada la vi desnuda bailando sevillanas en una peli de Buñuel, y ahora voy y me la cruzo. En esa escena tendría veinte, como mucho. Ahora tendrá sesenta años. Qué guapa es, por cierto. Parece Patti Smith en guapa. Va un poco de eso: lleva el pelo cano y muy largo, ropa holgada, camina despacio y tiene los ojos grandes y vidriosos. Anda como si la estuvieran observando, aunque creo que nadie más que yo la mira de esta forma. Va sola y no sabría decir adónde se dirige.

Con su baile en la cabeza empiezo a seguirla de manera inconsciente. Guardo las distancias, por si acaso. Aquí todo el mundo está paseando, bien sea en un sentido o en el otro, y mi deambular en línea recta no va a despertar sospechas. Un soplo de viento le mueve el pelo, pero no logra despeinarlo. Se encienden las farolas y su cuerpo menudo se vuelve anaranjado.

Ángela se mete hacia el Templo de Debod y una vez ahí la pierdo entre la gente. No me importa. Ya es claramente más de noche que de día y yo la dejo irse, igual que me abandono yo entre los grupos de guiris que —nadie sabe bien por qué— vienen aquí y contemplan unas vistas de Madrid un poco raras, una postal deforme que no refleja realmente nada. Así están, turistas de medio pelo supongo, porque lo que hay que ver en esta ciudad no está en el Templo de Debod. ¿Vivirá Ángela Molina por la zona o solo ha venido a pasear? Quizás sea como yo.

En el parque que rodea al templo, distraído y trascendente, me adelanta un peruano taponcete. Va de la mano de su chica, tapón ella también. Se están contando cosas, hablan de la madre de él, que debe ser muy brava, porque se cayó por las escaleras hace tan solo una semana y ya está haciendo vida normal, como si nada hubiera pasado. El aire frío no parece importarles. Ninguno va bien abrigado y sin embargo no tiemblan, lo atraviesan con normalidad y doblan la esquina que lleva hacia plaza de España. Esas manos no se sueltan ni aunque las parta un rayo.

Tras varios tropiezos con mi sombra, opto por parar. Me siento en

un banco. Aquí, como en el altar de una capilla, se reúnen de día los emos, los heavies, los frikis de pelos azules y rosas que siguen unos códigos de hierro, al menos en lo estético. Estas tribus de la intensidad son todas iguales, aunque se empeñen en distinguirse con uno u otro rito de nombre anglosajón. La comunidad les da seguridad y así atraviesan juntos la confusa turbulencia de la primera juventud. A saber: el acné, la incomprensión, la falta de referentes en su entorno más cercano. La ansiedad de la condición humana se lleva mejor en compañía. Cuando flaquean las fuerzas, nada como apoyarse en la complicidad de los otros, en los valores compartidos.

Sin embargo, en este banco nocturno no hay ni rastro del barullo granujiento de los fines de semana. Voy fumándome lentamente un pitillo y el cuerpo me pide, más por frío que otra cosa, que vuelva a casa a calentarme. Ya he hecho firme mi propósito de enmienda cuando, frente a las enormes piedras del Templo, vuelvo a ver a Ángela Molina. Está quieta, mirando las siluetas egipcias, iluminadas por focos que deforman su misterio. Casi ni respira. Me acerco a su altura, a tan solo unos metros de distancia. ¿Dónde están los vigilantes? El golpe de las suelas contra el adoquinado es un rumor. Apenas se oye nada. Me da la sensación de que estamos solos, Ángela Molina y yo. Distingo con claridad el paso del tiempo en su cara.

Se gira y me mira. Los dos, frente a frente. Tiene complexión de artista. Me analiza con los ojos. Después de estudiarme, hace un gesto con la boca y vuelve la vista al templo. Se me cae la presión al suelo. Luego me voy.

Jane, este breve encuentro me hace pensar en ti, como tantas otras cosas. La belleza me bloquea. Tuve a Ángela Molina desnuda en mi televisor y a ti en alguna cama que ahora es un rompecabezas. Todas esas imágenes borrosas las cargo como souvenirs del pasado, porque ya no vivo en ellas. No sé gestionar la realidad. Me pesa y me reduce. ¿Qué estarás haciendo esta noche? Ángela Molina y yo hemos paseado. Me voy a dormir ya. ¿Dormirás tú también sola?

IX

Unos días más tarde he subido a la azotea del Círculo de Bellas Artes. Me siento un amante provinciano, esperando el ascensor, haciendo la cola en el vestíbulo. También hay señores mayores y algún japo, pero sobre todo priman las parejas de mi edad, dos jóvenes de Huelva o de Burgos, la misma gente que abarrota el Retiro los sábados de agosto. Mirándolo bien, soy el único desparejado.

Entramos en el ascensor como catorce personas. Sentimos todos la necesidad de mirar al suelo o al móvil, o a una esquina que no ofrece ningún estímulo visual. Lo que sea con tal de no mirarnos a las caras. La violencia de la intimidad con una docena larga de desconocidos.

Tras el silencio en la subida, llegamos a la superficie. Me sorprendo porque el suelo es de césped artificial. No se parece al de los campos de fútbol: es una manta que se vende en metros cuadrados y lo mismo te alfombra una azotea que las ramas de un árbol navideño. Aunque sea invierno y haga frío, está todo lleno. Suena un hilo musical inenarrable.

Desde aquí arriba se ve lo que es Madrid: una enorme barriada, coronada por cuatro pelos de dignidad. En la época en la que se hicieron las ciudades, Madrid era pobre de solemnidad, como España, y eso se nota. No tiene tampoco un pasado medieval con el que consolarse, ni siquiera una ruina romana. Madrid es un punto de encuentro de españoles pobres, la digna capital de Castilla, una construcción artificial en medio de la estepa dura y seca. Todo lo bueno que tiene se lo debe a su gente, llegada en aluvión, porque aquí no hay nada a lo que agarrarse, tan solo piedras y polvo. Quizás por eso, por haber llegado en oleadas, sin ton ni son, unos encima de otros, resulta casi imposible sentirse forastero.

La principal virtud de Madrid es que nadie es de Madrid. Los castizos dicen eso de que encontrar un gato es un trébol de cuatro hojas. Nadie junta abuelos, padres e hijos nacidos aquí. Cuando se contrasta la modernidad de la capital con el resto, se nos recuerda aquello de «Madrid no es España». Pero Madrid es precisamente España. Es una ciudad marco, un cajón que contiene, sobre eriales y guijarros, un país entero. París la hicieron los parisinos. Madrid, los españoles.

Creo que la falta de identidades fuertes —salvo cuatro chorradas— es lo que más me une a esta ciudad. Para el de fuera, imposible no sentirse bienvenido. Los huéspedes de hoy son los futuros anfitriones. Y yo, que no soy de ningún lado, también encuentro en esta tierra de nadie un lugar para vivir.

Mis paseos nocturnos serían imposibles en cualquier otro lugar. En Barcelona, los martes por la noche no salen ni los camellos. Aquí siempre se encuentra algún oasis, gente que no se resigna a dormir, a continuar con la vida programada, gente a la que puedo mirar desde fuera, gente que convierte mis paseos en algo más que un devaneo rectilíneo. Incluso el silencio de Madrid es bullicioso. La ciudad late para el que quiera escucharla.

No sé si todos estos novios son conscientes. Puede que hayan venido de vacaciones, a pasar la semana. Probablemente hagan el tour del Bernabéu, recorran el centro con desgana y visiten la siempre despreciable plaza Mayor. Nuestro pobre Madrid tiene poco que ofrecer al turista de paso. Solo se entiende esta ciudad cuando se vive en ella, porque su patrimonio no es físico ni histórico. Es un patrimonio anímico. Hay que estar muerto para no sentirse eufórico en Madrid. Incluso en mi propia abulia siento una especie de hormigueo vital por estar aquí, por cruzar este escenario humano desplegado a tropezones, tan hosco, tan vibrante, tan real.

El olor de la lluvia sobre la tierra seca es mi bandera. El asfalto ardiente de verano, mi nación. Madrid, tierra de nadie, es mi única patria.

En ocasiones, hasta yo me contagio de tu euforia.

X

La Gran Vía vuelve a despertar en mí ese sentimiento de provincianía, del viejo Madrid construido con la austeridad del pobre. Todavía sobreviven, entre las grandes superficies comerciales, negocios indescriptibles, ventanas del pasado con suciedades antediluvianas que ya son parte de la historia. Cada pocos metros un quiosco, un compro oro, una tienda de souvenirs que vende flamencas y camisetas falsas del Real Madrid. Luego algún edificio del futuro, extraño entre tanto casticismo. Parece que la Gran Vía es un árbol despanzurrado del que vemos las vetas: una cronología de la ciudad pasada, todavía remanente, y la ciudad futura, la que quiere ser. Poco a poco se impone el porvenir y la arteria se despeja de la cartelería cutre que en un tiempo soñó con imitar a Broadway o Chicago. En esta calle se tiende un puente entre el Madrid de mis abuelos y el mío propio; distintos.

Asombra leer crónicas de la Guerra Civil y ver que todo es igual. Las bombas caían en Ciudad Universitaria o en Ferraz, o en la plaza de España. Por supuesto, en Gran Vía. Los nombres que ahora recitamos estuvieron hace nada socavados desde el aire y oliendo a niño muerto. Luego la guerra terminó y vinieron esos años grises, años de colmena, un Madrid racionado y sin calefacción que exhibía su parca riqueza en la Gran Vía, haciendo el efecto del maquillaje en las personas feas: acentuar su fealdad. Y ese es el Madrid que conocieron los abuelos. No echaron de menos otras cosas porque no las tenían al alcance. Su única escapatoria fue el cine, que consumían del tirón en sesiones maratonianas, dos y hasta tres películas de golpe. Las historias de Hollywood eran creaciones alienígenas, ficciones que sucedían en lugares tan sugerentes como inalcanzables. Se estrenaba *Gilda* en Callao y los españolitos se enamoraban de Rita Hayworth, hasta que llegaba el obispo de turno y prohibía la cinta por inmoral, y entonces se enamoraban todavía un poquito más.

Como paseante, me gusta que las aceras de Gran Vía sean ahora más anchas, aunque no me gusta pasear por Gran Vía. Está llena de turistas, gente que camina con prisa y hace cola en Primark para comprarse cuatro calcetines. Vivimos la era de la masificación del turismo, de lo banal, de la invasión. Qué alivio que el pasado sobrio de Madrid haga de dique contra ellos, pero su voracidad es tal que acabarán sometiendo también esta ciudad, asaltándola, poniéndola toda perdida de selfis. Por lo demás, todo el mundo tiene derecho a explorar la Tierra y conocer sus maravillas. Es una lástima que lo que brota de la admiración degrade lo admirado. Pasa también con el

amor.

Si bajo de noche por Montera, me encontraré con las prostitutas rumanas y bielorrusas, actrices de reparto en un espectáculo grotesco. Se apoyan bajo las farolas y la luz les deforma más los rasgos, mientras ellas pelean por conjugar el abrigazo contra el frío y el mercado de la carne, esos plumas gigantescos y abiertos de los que asoma un piercing sobre la tripita blanda. No sé quiénes serán sus clientes. Únicamente imagino a los *hooligans* ingleses, que aparecen en Madrid cuando les toca aquí un partido de Champions. Siempre se reúnen en Montera, cantan canciones a coro y beben sangrías horribles y cerveza caliente. Es como si siguieran una ruta de putiferio internacional. Después, colmados sus instintos más básicos, vandalizan un poco la ciudad. De las chusmas del mundo, pocas chusmas más chuscas que las de nuestros vecinos norteños, tan resultones en su soberbia como gañanes en la realidad. Supongo que proviene del famoso elitismo inglés, que separa mucho las clases sociales. A los pailanes los exportan a Mallorca, haciendo de los balcones su particular roca Tarpeya.

Y a Sol… Bueno, a Sol no quiero llegar. Hemos elegido el camino feo de Montera en vez de la alegre vibración de Preciados y ya estoy demasiado empantanado de este recorrido mental. Sol es el kilómetro cero porque es la zona cero de Madrid. No hay nada de nada. El único espectáculo posible es confiar en que los Bob Esponja y los Spiderman y los Pikachu se emborrachen tanto que se peleen entre ellos o vomiten dentro del traje, pero esto ocurre muy de vez en cuando. El resto del tiempo, masas que van y vienen y se decepcionan con la Puerta, que poco tiene que ofrecer. Y en fin de año, humillándose sin miramientos ante España, varios miles de personas que deciden tomar uvas con gorritos de Papá Noel. Así, tal cual.

Me voy a alejar de este Madrid para volver a otro que me guste. Suerte que tengo alas en las piernas.

XI

Cantan los gorrioncillos mañaneros y yo, enfrentado con mi libro, desisto de la escritura y me entrego a un quehacer menos tedioso. Tengo tal desorden de horarios que de repente hoy he madrugado. Me encuentro mal: la densidad de las palabras se me aloja en la cabeza y decido airearme para enfriar la frente. El escritor, el héroe a deshoras, sufre colapsos de genio que anulan su fertilidad. Pillo el abrigo, la bufandita, las llaves y un billete huérfano que cruje en el salón. Voy embebido de mi realidad, de mi mundo paralelo, del personaje, los paseos y el balcón indiferente sobre el que despliego la vista.

Ya en el portal noto algo raro. Al salir a la calle, todo se acelera. Gran alboroto. Hay furgones de policía, hay fotógrafos y periodistas, hay presentadoras, hay una enorme muchedumbre que se agolpa y dice cosas portando su simbología. La plaza de la Villa de París está como asediada por la actualidad.

Aparece un furgón y de él bajan varios hombres en traje, acompañados de guardias civiles. La multitud estalla. Literalmente estalla. Aunque si literalmente estallase, sería un atentado. Me acerco para ver si me entero de algo, en vano: hay tal confusión de gritos y consagraciones que no consigo distinguir lo que se dicen. Uno de los hombres en traje hace un gesto de victoria, de confianza, y los fieles, su público, suben dos decibelios más su compromiso. Después desaparecen tras las puertas del gran edificio neoclásico.

El griterío se transforma en murmullo, en comentario. Un zumbido que suena a desconcierto.

Una señora con gafas me pregunta.

—Y usted, ¿qué piensa de todo esto? ¿Le parece normal?

Le digo que no: nunca había visto semejante follón a las puertas de mi casa.

—Normalmente esta es una plaza tranquila, aquí hay gente paseando con el perro, niños, la pelota…

La señora parece ofendida y me retira la palabra.

La mañana es clara, azul, inocua: no tendría sentido un conflicto bajo esta luz tan limpia.

En estos momentos, el foco de atención se vuelca unos metros más allá. Otro grupo de hombres en traje está haciendo algo llamativo, porque los micrófonos y las cámaras vuelan en esa dirección, llevando en alas la razón informativa. Yo camino a paso lento, agobiado. Detesto que esta situación insólita me rompa la rutina. Uno de los hombres en traje, también con gafas, hace unas declaraciones para los medios.

—Rechazamos este atropello con la mayor solemnidad…

El hombre habla muy engolado, muy excesivo, parece un mal actor de teatro. Está un poco calvorota y las patillas de sus gafas son especialmente llamativas, por feas.

—Llevaremos la defensa de nuestros derechos a las más altas instancias. Nunca, en toda la Historia…

Pierdo interés en su discurso y me alejo un poco del meollo. Me paro a fumar un cigarrillo frente a un camión de televisión y uno de los operarios me pide fuego. Está moreno y resignado, con la piel bien dura. Tiene ganas de palique.

—Gracias. Vaya lío, ¿eh?

Asiento.

—Esto va a ser un pollo del demonio.

—¿Sabes si va a durar mucho? —le pregunto—. Vivo aquí al lado.

El hombre se ríe de mí.

—Pues te han jodido todas las mañanas de aquí a dos meses, lo menos.

—¿Tanto?

—¡Hombre si tanto! Y espera que no haya más.

¡Jane, por eso huyo de lo ordinario, porque no hay manera de conjugarlo con lo lírico! Aun así, hay veces en las que es imposible escapar del día a día. No será la última vez que me pase.

—Bueno, gracias.

—Adiós.

Me entra cierto agobio pensando en la tropita de hombres con traje y la cuadrilla de reivindicaciones que arrastran consigo. El tumulto con anteojeras que, guiado con fervor hacia no se sabe dónde, viene a entorpecer la literatura y la vida. No hay nada peor que ser pesado.

¡Bueno, habrá que transigir! Empiezo a hacer cuentas mentales. Realmente, las mañanas son lo más prescindible de mi existencia: hago mucho paseo nocturno, tengo cierta tendencia vampírica, así que puedo prolongar este modo de vida, hacerlo oficial ya, colgarlo en la pared de mi cuarto. Lo tenderé con cariño para que empiece a oler a viejo y coja visos de costumbre.

Una reportera que me ha visto me quiere entrevistar.

—Disculpe, usted es vecino de la zona, le he visto salir de aquel portal. Me gustaría, si es posible, hacerle unas preguntas para cámara.

Ya me imagino, entrevistado y glorioso, certero, sorprendente. Además, la reportera es un queso. Es de mi edad, tiene los ojos grandes, sonrisa blanca, dedos largos que agarran con suavidad la base del micrófono.

—No, perdón, prefiero no.

—¿Por qué?

—Es que no tengo mucho que decir.

Ella se queda un poco descontenta, pero insiste y me agarra del brazo con más desesperación que fuerza para no dejarme ir.

—Por favor. —Y me mira con sus enormes ojos melosos, me lanza una bomba de miel y castañas—. No te imaginas el favor que me harías. Llevo aquí dos horas y no he sacado nada que valga la pena, nada. Por favor, si quieres te digo lo que tienes que decir. Estos —dice señalando a los seguidores de los hombres de traje— nos llaman manipuladores y no me contestan a ninguna pregunta.

El cámara, que había bajado un momento la guardia, vuelve a erguir su camarote en vista de lo que podría ser una entrevista salvadora.

—Supongo que a ti esto te resulta molesto, ¿no? —sigue insistiendo ella, ahora un poco más compuesta—. ¿Trabajas aquí? ¿O eres estudiante?

Le miro sin saber si estamos ya en la entrevista o es que de verdad me quiere conocer.

—Bueno perdona, déjalo, da igual, olvida estas preguntas. Si te molestan con el ruido y el trasiego, necesito por favor que me lo digas a la cámara. Mira, odio ponerme así —Y me agarra de nuevo y ahora acerca su cara a mi cara y me clava más los ojos—, pero estoy de prácticas, y como no saque algo diferencial me van a largar de aquí —dice señalando en el micrófono el logo de su empresa—. Por favor.

Esto de salvar a la chica en apuros me da un poco de repelús. Además, no tengo nada que decir.

—No, lo siento. No tengo nada que decir.

—Vaya.

La reportera se recompone con dignidad y pasa a dedicarme la misma atención que a un envoltorio de chicle.

Irónico esto de que el mundo se esté agitando en la puerta de mi casa, y yo tan tibio. Me ocupan otras cosas. Irónico es ser ese *flâneur*, idílicamente parisino, pero vivir en Madrid, frente a la plaza de la Villa de París, y ser tan madrileño. Quizás haya que irse a París para darse cuenta de que uno es madrileño —porque en Madrid se puede vivir de parisino, ya hemos explicado que es una ciudad marco—. De todas formas, para qué. Para qué salir de Madrid, si en Madrid tenemos todo y lo tenemos desbocado, con los ojos rojos de no haber dormido en quince días.

En fin, prefiero escapar de este barullo. Me pierdo entre las tiendas boutique de mi barrio. A tan solo unos metros de la acción ya no se percibe el ruido ni la masa. Me meto en una. Qué maravilloso el mundo del interiorismo, qué tranquilidad, qué paz. Todo huele a nuevo y cuesta caro. La dueña es una treintañera elegantemente desastrada. Hago lo mismo en otras tiendas y me lleno el pecho de perfume de limón y madera pulida. Cuando salgo, el día parece más

feliz.

Preñado de optimismo, vuelvo a mi plaza de nuevo. Apenas hay furgones ya. El foco mediático muda su piel y ahora anida en una cumbre en Bruselas. Pienso en la frivolidad. Las masas se dispersan por las calles aledañas, dejando tras de sí una estela amarilla.

XII

Hubo una época, Jane, en la que llevaba a las chicas al Museo del Prado. No para examinar sus conocimientos de arte, ni siquiera los míos —altos a nivel usuario, superficiales a nivel experto—, sino por fijar citas en un lugar en el que me sintiera cómodo. A ti, por supuesto, nunca te llevé, pero es que contigo me sentía incómodo siempre. Nadie puede estar a la altura de semejantes expectativas.

De las pocas membresías que mantengo es la de Amigos del Museo. Me hace sentir con total seguridad mejor persona. Además, me permite saltarme la cola de coreanos y entrar directamente por la puerta de los Jerónimos. Estos pequeños deleites elitistas son los que consiguen que el arte siga siendo, como en su origen, un placer al alcance de pocos, no un emparedado de flamencas y paella.

A pesar de haber estado mil veces, siempre me pierdo nada más entrar. Es fruto de mi nulo sentido de la orientación —lo habrás notado, todo el tiempo pensé que estábamos cerca y en realidad vivíamos muy lejos—. Mi segundo deleite es saber que no tengo urgencias ni prisas ni cuadros que ver ni *checks* que marcar en esas extensas listas que los turistas van tachando a la carrera. Para conocer hace falta tiempo; si no, solo se roza de manera superficial el sentido de las cosas.

Te diré que tengo favoritos, igual que te digo que no me importa irme sin verlos. Las pinturas negras de Goya, Velázquez entero o el San Andrés de Ribera, pero también joyitas de Fortuny, de Rosales o el enorme Carlos V de Tiziano. Y luego todo lo demás, de flamencos a realistas, evitando eso sí la languidez emo del Greco y los delirios del Bosco. Perdón, no quiero ser cataloguista. En estas salas, caminando en silencio, me entra un afán casi taxonómico de la belleza, y por supuesto me acuerdo de ti, aunque vaya olvidando un poco tu cara.

¿Por qué se olvidan las caras? Tengo un millón de fotos tuyas a mi alcance, puedo hasta seguir la evolución temporal de tus rasgos, si es que existe tal cosa a nuestra edad. Sin embargo, tu rostro a través de mis ojos se diluye, y el sonido que hacéis las francesas al dudar —esa conjunción de vocales— ya resuena cada vez más lejos. Te veo como a los paisajes, desde la ventana del avión, sin entrar en lo concreto. Quizás esto contribuya a tu mitificación, porque si me acercara vería las imperfecciones que te hacían imposible; peor aún, humana; carne y hueso.

Sigo mi paseo. Creo que soy el único aquí —quitando a dos o tres copistas de cuadros— que pasea sin la certeza del tiempo. Qué maravilla que el cielo, por lo que sea, tenga una puerta de acceso en la

ciudad de Madrid. ¿Qué pensarán los vigilantes? ¿Puede llegar a banalizarse Velázquez si se ve todos los días? Sabiéndose además que esos cuadros valen más que una nación pequeña, ¿no le entrará a uno la tentación del vandalismo? Quizás jueguen al fútbol frente a la familia de Carlos IV, con la reina mirando condescendiente desde el lienzo de la esquina. ¿Y si quemaran la Fragua de Vulcano con un mechero Bic? ¿No sería eso un símbolo radical de la supremacía del hombre moderno?

Por supuesto, nunca hacía públicos estos comentarios cuando traía chicas aquí. Procuraba soltar algún apunte que no fuera pedante, intentando adivinar el proceso mental que traerían por dentro, sintiéndome especial y deseando, con todo mi corazón, que ellas también me sintieran así. Y luego, como nos pasa a los estetas, esperando que el tsunami de belleza las arrastrara a ellas también, porque lo importante no es el amor ni los anhelos ni el compromiso: lo importante es el escenario.

De ahí que la gente salga a cenar, o al teatro, o a cualquier lugar que exista en Italia. Es lo único que hace soportable esta miseria, Jane. ¿Cómo íbamos a aguantarnos en un piso de dos en el barrio de Moncloa? Así es como se mueren las cosas y la gente se queda calva. Por eso tú y yo, como buenos amantes de verdad, nos veíamos cada vez en un país. El escenario, tan perfecto, fue lo que nos salvó de la rutina. Matamos —mataste— el amor en el momento en el que debe morir, cuando solo puede ir hacia arriba, cuando no hay una frontera ni un dolor ni una servidumbre. Puede que tenga que agradecértelo. El futuro que perdimos, fuera el que fuera, no vale tanto como este recuerdo.

XIII

En Malasaña paseo con conocimiento de causa. Es curioso que un barrio tan pequeño condense tanta vida. Los sábados por la mañana huele a pis, que es el olor de la diversión pasada, mal entendida. Cuando llega el buen tiempo amanecen las plazas como vertederos de botellas, pero eso a mi generación no le importa: si no nos hacíamos la cama, ¿cómo íbamos a recoger la calle? La alegre confusión de la noche deja paso al almizcle tibio del amanecer y el Dos de Mayo se convierte en un enorme cenicero.

Esta tarde se agota y por aquí pulula mucha gente. El plano urbano tiene nombre de guerra contra los franceses, de levantamiento nacional. Viniendo del Prado me acuerdo de Goya el afrancesado, y los apellidos Daoiz y Velarde cuelgan de las esquinas como enseña de una mitología un poco olvidada. Poco queda ya también del barrio de yonquis y putas que vivieron los noventa, ahora el milagro de la gentrificación los sustituye por heroínas digitales, muchachas rubias y morenas que posan sin vergüenza en los rincones que esa noche meará un cantautor desencajado.

Qué barato se vende hoy el talento; cualquiera lo tiene porque nadie puede negarlo. Hasta los malos poetas tienen derecho al talento, reconocido como institución en los pasos de cebra. Hay también una democratización de la rima, una banalización total, aunque los poetas malos han sido siempre mayoría: su existencia —me digo— es igualmente fundamental: diez mil paquetes justifican unos versitos buenos, cuatro palabras con sentido que pasarán a glosar los márgenes de nuestra historia. Mientras pienso esto me topo de casualidad con un concurso *amateur* de recitantes. Aquí lo llaman *poetry slam*, quizás por ahorrarle dos palabras ofensivas al tsunami de aberraciones que hoy van a declamar en nuestra lengua. Por supuesto, entro.

El local está casi lleno. En un minúsculo escenario, un hombre mayor vestido con falda escocesa anuncia el nombre de los participantes. Parece una parodia de la modernidad, con su enorme barba cana y sus piernecillas blancas. Después de un numerito incomprensible, da paso a los poetas.

¿Cómo describir esta miseria? ¿No existe el amor propio? El primero parece sacado de un muro de Facebook, es un falso sentimental, un atrapasueños, un baboso y un maleducado. Le sucede una lesbiana combativa, una poetisa de trinchera que habla de los puros de los empresarios y los reservados de los poderosos. La pobre lleva más de un siglo sin ser original. Después un tímido gordete que despierta en mí cierta simpatía, porque recita un poema llamado

«Pajas y Doritos» y es al único al que escucho contar cosas que de verdad siente. Luego una señora mayor, un chaval, otra lesbiana combativa y una chica gallega que, todo sea dicho, parece ser la talentosa que justifica la mediocridad masiva de sus compañeros.

Cierra la ronda de esperpentos un auténtico donjuán, un vendedor de gominolas que titula «Prometo» a su excremento, y va el hombre prometiendo y prometiendo en su poema —con tal dominio de las tonalidades rosas— que uno puede ver escrito en su frente aquel dicho de «prometer hasta meter», tan latino por su parte. Va hilando frases de autoayuda con pausas nada dramáticas, sin olvidar algún «polla» o «follar» para que quede claro que su poesía es cruda, de bragueta. Tras unos instantes de silencio, termina diciendo «y prometo respetarte siempre» y se sienten los muslos del público temblar. Sin dejar de mirar al frente, da un paso atrás, se quita la camiseta y desnuda su torso de nadador para el delirio del respetable, que jamás imaginó que un corazón tan grande cupiese en un pecho tan duro. Pero la sorpresa no acaba ahí. En ese mismo pecho, con tipografía de máquina de escribir, lleva tatuada la palabra poesía. Insuperable.

Espero a que anuncien el ganador y no puedo evitar desilusionarme cuando, tras una intensa deliberación, se decide unánimemente la coronación del gordo pajillero de los Doritos. Si bien sincero, me había resultado peor que la chica gallega, que compuso unos versos redondos dedicados a la Terra Chá y el misticismo de Ánxel Fole. Se nota que el *acting* importa más que el contenido, y me digo que este concurso ha resumido bastante bien nuestra líquida modernidad: siempre triunfa el que apela a los instintos más bajos.

Salgo del local y me encuentro con la noche. Los primeros pises empiezan a perfumar las esquinas y del subsuelo brotan vendedores de cervezas y comerciales de bares, gente que interrumpe mi paseo y a la que, con educación, rechazo. Incluso a ellos, que conviven con el desdén, les desagrada un gesto feo. Callejeo hasta el Café Manuela. Me paro a ver desde fuera a los grupos de amigos que juegan al cinquillo o al mus. Me entra una extraña nostalgia de la amistad.

¿Qué se dirán entre ellos con esos ojos brillantes? Nada especial, supongo, y aun así siento envidia y desprecio por mí mismo. Reanudo mi paseo por no abandonarme de esa forma. Contra el viento, remonto a la calle y llego a Fuencarral. Justo antes de desaparecer, el pequeño barrio me llama a gritos y me pregunta, con su tosco acento, si estoy seguro de ello.

—¡Amigo! ¿Cerveza un euro?

Y esta vez, compro la cerveza.

Dos papeleras más abajo la tiro.

XIV

Observo un pie blanco de mujer, un pie claro y mórbido que desafía el invierno con sandalias y palidez desnuda. Su dueña mira el móvil sentada en un banco de hormigón y apenas el balanceo sutil indica que ese pie está vivo, que no se congela, que por él fluye la sangre que colora las uñas de un rosa artificial, un barniz de plástico que insufla aire y emoción al pie tibio de esta mujer extraña. A veces los dedos, como con vida propia, dan espasmos y se arquean, cortas olas de autonomía que pronto se calman con un movimiento seco. Tras un cruce de piernas, el primer pie queda guardado y surge el otro, tan mortal y rosa como el previo: preciso también en su anarquía, digno sucesor, en cualquier momento dado.

Contener este pie en las manos sería raro. Queda insuperablemente lejos de la cabeza, centro del deseo, y por eso resulta un cuerpo ajeno. Los fetichistas de los pies son aventureros, como los colonos y los rusos que salen en los vídeos. Incluso hoy, el pie es de los pocos reductos animales que nos quedan, un apéndice sin civilizar, gastado y duro por el uso del resto del sistema. Por ello me sorprende este pie manso, blando, prolongación de una pierna también blanda, sin usar, una pierna que irá decayendo sin remedio y que explica una vida no vivida, al menos en un plano físico y superficial.

Este pie es un pie libre en Alonso Martínez, desposeído de todo estrés aeróbico, de toda presión ambiental y temperatura. Es un nuevo día, un día entre semana, y el pie no está encerrado en un zapato que reclame velocidad y plantillas de Excel. Me sorprendo a mí mismo admirando su curvatura, su desidia, agazapado en la esquina de la Gran Cafetería Santander. Apuro el mal café y me entristezco cuando, por el motivo que fuere, el pie se vuelve tenso y es llamado a filas, alineándose con su gemelo y abandonando el sueño feliz del sol de invierno madrileño. Aquí estoy, en este bar antiguo, con su roña inmemorial, viendo cómo el aliento blanco de frescura desaparece calle abajo, dejando atrás la cervecería Santa Bárbara y las palomas de la plaza.

Ahora el resto de pies del mundo vuelven a su misión oculta, y ya pierden todo interés. Ni siquiera tengo fijación por los míos propios, meras herramientas de paseo que, seguramente, no despierten odios ni pasiones. Tan solo son bases y dureza. En un gesto poético, los apoyo sobre la silla de enfrente y toman la actitud desafiante de los adolescentes en el bus. Ahora son mis pies el símbolo de la anarquía.

Un camarero viejo me mira de reojo y me reprocha mi falta de educación.

—Muchacho…

Yo obedezco. Los pies vuelven al suelo, descansados y cobardes.

Pagada la cuenta, salgo de nuevo a Madrid con el saborcillo de la sacarina entre los dientes. Bajo la plaza de Santa Bárbara por la calle Hortaleza y ni me paro a observar el mural de Boa Mistura. No me gustan los colores. La vía sigue recta y mediana, y apenas un tramo de asfalto agrietado altera su suavidad. Doblando en San Lorenzo, alcanzo un instituto. Hay alboroto porque están en el recreo.

A través de las barras veo el patio, un único campo de fútbol de pista azul en el que se arremolinan los chavales. No llevan uniforme, y eso contribuye al caos visual. Creo que todos los alumnos deberían llevarlo, aunque fuera por aplacar la indigencia estética de la adolescencia. Además, la rebeldía sobre un uniforme queda bien, bonita, es un hito diferencial y revolucionario. Sin él, solo hay malas decisiones, sudaderas y zapatillones que refuerzan el aspecto desgarbado de patán que uno sufre con diecisiete años.

En el partido de fútbol, dos jugadores con pantalón de pana pelean por arrebatar la pelota de las piernas del otro, y así agarrados, pugnando, parecen dos bailarines de salsa. El resto de chicos se aparta, dejándoles pelear a ellos su suerte. Ante semejante intensidad, mejor no intervenir. De pronto, uno suelta una patada a destiempo. El otro la devuelve sin balón de por medio. Se empujan y empiezan a rodar por el suelo, y el recreo entero se acerca, guardando una distancia. Mucha mala leche. Oigo un «hijo de puta» que tiene más rabia dentro que un romancero gitano. Buscan la distancia para soltarse un puñetazo, pero están tan pegados que solo pueden fajarse mientras se tientan la cara. Al final, uno acierta un rodillazo en los huevos que, aunque no impacta de lleno, aparta a su rival. Ambos se incorporan con ganas de matarse.

Del duelo a garrotazos goyesco a esto solo hay unos veinte móviles de diferencia, los que despliegan sus compañeros con anhelos de posteridad. Parece un concierto de pop, incluso una chica enciende un flash involuntario y baja su aparato con vergüenza, para después volver a erguirlo con el brazo levantado. La noción de que se juegan la dignidad para siempre frena momentáneamente a los dos púgiles; la intimidad con la que se zurraban sus padres desaparece frente al monstruo de internet, que replica en un segundo la humillación del vencido, colgándole las orejas de burro hasta el día que se muera. Estas consideraciones se magnifican por la edad —lógico— y por la imposibilidad de ver más allá cuando se está en el centro del huracán. Lo que estos chicos todavía no saben es que internet, caja infinita de sorpresas, anula nuestra capacidad de sorprendernos, porque la mayor barrabasada de la historia será superada al día siguiente por otras veinte más, que harán olvidar las anteriores de manera instantánea.

Así, la red se convierte en un paraíso microcomunista, un lugar en el que cada uno tiene, de manera más o menos equitativa, su minuto de gloria y de humillación, importantísimo para la víctima y anecdótico para los demás.

Sin embargo, jaleados por sus compañeros, parecen recuperar la adrenalina del momento. Ya están dispuestos a darse bien de hostias cuando interrumpe la pelea una profesora del centro. El corrillo se disuelve rápidamente ante la autoridad y los dos chavales respiran aliviados: han evitado el riesgo sin perder reputación. La señora les llama brutos, les recrimina su actitud y, de repente, repara en mí. Me mira como si fuera su alumno. Tiene aire de profe antigua, con una rebeca ancha y las gafas de pasta. Se queda extrañada. Luego otro incendio reclama su atención. Para entonces yo ya me he ido, pensando que en mi vida he soltado un tortazo ni aunque sea de perfil, ni falta que me ha hecho. Esa sangre caliente no la llevo en las venas.

XV

Llueve en Madrid. A pesar del tiempo en el móvil, nadie se espera que llueva en Madrid. Huele a tierra seca mojada. Los chinos se inflan a vender paraguas. La M-30 se convierte en México D. F. y a la gente le puede la ansiedad del que se ahoga. Yo había seguido caminando un rato, abstraído de todo, y una nube negra decidió que ya y ahora el suelo es un charco. ¡Las hormigas, ese tembleque débil que les entra a las hormigas al contacto con el agua! Así se siente Madrid, como un caos repentino, las hormiguitas temblorosas buscando el saliente de los soportales.

Yo corro, trazo diagonales en las calles haciendo un mismo esfuerzo, esquivo trampas en los hoyuelos de los árboles y me mezclo en el hormiguero empapado, todos haciendo trampas con la espalda del abrigo, tapando la cabeza como jorobados en Ópera, desorientados en este punto en el que Madrid pierde su santa desvergüenza y adopta por un momento aires de capital de Europa. Rápidamente, la plaza se vacía y solo se atreven a cruzar los que tienen preocupaciones más urgentes que esta gota repentina. Luego incluso los afanosos desisten. La lluvia no escampa. Cae a plomo.

Esta lluvia se parece a la del Mediterráneo, aunque sin los telediarios tremendistas que monta la gota fría a finales de agosto. Viene de repente, suelta su mensaje con violencia y al día siguiente se va, habiendo eliminado momentáneamente la boina de polución de la que sobresalen las torres. Nada que ver con el orballo gallego, que chorrea con pereza porque tiene toda la vida para desplegar su manto fino.

Con las terrazas recogidas y a media asta, la ciudad se nos vuelve un poco lánguida, y a las puertas de la plaza de Oriente uno piensa que está en Viena o en Praga, villas tibias y preciosas. Se nos ha civilizado Madrid y ya no tiene más encanto. Habría que restringir la lluvia a los protocolos anticontaminación, porque robarnos el fasto de la vida madrileña es un terrible fastidio. Suerte que no sea tan frecuente.

Ahora sí que huele bien a tierra mojada, a polvo seco levantado de las raíces de los árboles. Aun a riesgo de calarme, abandono los refugios de la arquitectura y me pongo al descubierto, con los setos y las esculturas del camino principal escoltándome hacia el centro de la plaza. Al Palacio Real le están lavando la cara. Su blancura ajada y serena recibe un barniz nuevo, y hasta las viejas contraventanas parecen recuperar por un momento el brillo orgulloso del pasado. Podrían salirles ramas en las maderas.

Este palacio, aunque quisiera en su día imitar a Versalles, ha salido

de una belleza sobria y pulcra, tranquila, completamente ajena a los dramas de España. Es el triunfo de la contención sobre el exceso, no esa contención herreriana que advertía del pecado, sino una intención ilustrada, buena, excepcional. Los otros palacios reales, con sus rococós y su oro macizo, son en su mayoría una horterada que, en los casos más afortunados, fue cortada de cuajo con la guillotina. Así es más fácil reconciliarse con la historia, claro. Nosotros estábamos ocupados clavándonos España como si fuera una navaja. Hasta ahora.

Bajo siguiendo el trazado de Bailén, solitario en mi húmedo paseo. En el patio entre el palacio y la Almudena la lluvia hace un mosaico con el suelo. Las gotas resuenan como una orquesta de teselas. Olvido la catedral, airado, y le doy la espalda, como se le da la espalda a un hijo tonto y feo. A mi izquierda, arcadas de columnas anticipan la loma que desciende al Manzanares, antes río de provincias, hoy centro de ocio. Empiezo a sentir los pies encharcados y me doy cuenta, ahora sí, de que estoy completamente solo; no hay nadie a mi alrededor, tan solo el rumor lejano de los coches que surgen más allá de la boca de un túnel. Me entra un pánico de hormiga perdida, de explorador a oscuras, y siento como esta lluvia me está ahogando a mí también, empezando por los pies, la base de mi paseo. Apurado, busco un soportal que me cobije.

Me refugio en un café cercano y ahí, como un Zweig resucitado, me quedo mirando el esplendor y le pronostico un futuro de mierda. Quizás mi pesimismo sea producto de una fiebre que me esté empezando a calar los huesos. En cualquier caso, la plaza vacía y el rumor de la lluvia hacen un paisaje hermoso, y eso me conforta. Ha sido un tierno desafío: he tenido el monumento entero para mí, la ciudad entera si cabe. Este paseo privado me ha devuelto el misticismo de Madrid, una cita a ciegas después de tanto tiempo de novios. Todavía, pasados los años, mantendré ese afán de amante adolescente: quiero diseccionar su cuerpo, poseer cada rincón, hacerlo mío por el tacto, la repetición, el uso: una autopsia erótica es lo que hago todos los días en Madrid, recorriendo el centro de su espalda con una boca ansiosa. Hoy he comprobado, como en un cuento oriental, que para disfrutarla hay que sufrir. Y yo, por haber estado a solas en ese patio, en conversación con el palacio, pagaré una enfermedad que, a estas alturas de siglo, es un juego de niños.

XVI

Tras unos días tétricos de tos y miel, vuelvo a la calle. Las aceras están secas y el sol pega más que de costumbre, haciendo de este día invernal un preludio de primavera. En Alberto Aguilera, frente al edificio jesuita, desembocan torrentes de niñas monas, bien peinadas, terriblemente preciosas y uniformes. Como tantas otras veces, me deleito observando sus conversaciones, sus idas y venidas, sus Marlboro light, sus ademanes todavía un poco adolescentes, sus cuerpos de mujer atrapados en una estética infantil, tan dulce, tan serena. Jane, las comparo contigo, ellas patrimonio de Madrid, tú patrimonio del mundo, y habitáis realidades distintas. Por eso sigo enamorado de Madrid, porque aquí no dejaste huella (por eso no salgo de Madrid, porque fuera de mi jaulita de oro reinas tú: el caos).

Sigo con la mirada posada en estas niñas. Desde la acera de enfrente puedo incluso oler su pelo, seda cobriza cepillada con esmero, trigal secreto que algún día atravesará la mano nerviosa de un chico madrileño. Ya en la universidad están empezando a despertar de su perenne estado de somnolencia, quitándole a su sensualidad los años de pestillo. Me asalta un pensamiento malo: pienso en los ahora padres, antiguos crápulas, pijos canallas que asaltaban Madrid a finales de los ochenta. Sus hijas están floreciendo y se convierten en oscuros objetos de deseo. La historia circular.

También están los chicos, urogallos de pecho henchido, donjuanetes airados y en el fondo buenos, algunos estudiosos y otros no tanto, rubios y morenos, de pantalón pegado y patilla generosa. Tienen un aire romanticista, porque el pijerío es de lo poco tradicional y propio que queda en España, los que mantienen las costumbres que han muerto en las demás casas: la caza, los toros, las pedidas de mano. Todavía son pura expectativa, no sospechan que el porvenir es un colesterol intenso que fermenta en los despachos de abogados.

¡El futuro, niños; el futuro! Por ahora el futuro es solamente un examen que aprobar, una verruga molesta en la superficie tersa del presente. Incluso hoy, que las guarderías ya son selectivas y prefacios de los currículums, el niño mantiene esa despreocupación vital, esa media sonrisa, ese verano mal aprovechado que es la juventud, madre de todas las nostalgias. El amor divino y turgente que se nos entrega en la universidad es el álbum de fotos de la vida, la piedra Rosetta que parte el calendario y nos dice «sí, yo estuve aquí; fui este que soy. Sobre un cuerpo menudo dejé escrito mi nombre».

Luego el escenario, del que ya hablamos antes, hace la maravilla del amor. ¿Quién no se enamora en Formentera? El lino sobre la piel

morena es un tañido de guitarras y los labios dos lágrimas de carne que uno quiere morder como la fruta. Los niños de Madrid se arrancan acordes en la ropa y a la niña de repente le entra un reflejo de pudor y tapa su pecho blanco, desnudo, y vuelca su melena larga sobre el niño para taparle la visión y dejarle a solas con el tacto. Ahí, en la cama de sus padres, se conocen como ciegos, y hacen algo tan bonito y tan lento que parece una noche de bodas.

Ahora, tras los abrigos y las Converse, su piel de invierno aguarda el sol de mediodía. Pocos veranos después asomará el fantasma de las prácticas y a la frontera trigueña del bikini la sustituirá un rumor cetrino de impresora. Es así. Pero basta ya de tanta melancolía anticipada. Observarles me hace feliz. Me reconozco yo de alguna forma. Ya habrá tiempo para los embarazos y las horas extra. Ahora hay un descanso y un ejército de guapas ha salido a fumarse su pitillo. Tienen todas un aire y una boca en los que me quedaría a vivir.

XVII

En las orillas de Metropolitano los coches van más rápido. Dicen que la población en riesgo de accidente es mayoritariamente joven, más por imprudencia que por impericia. Oigo un ¡zas! y me adelanta un Golf GTI feroz, un bicho bola rojo y acuciante que deja una estela de reguetón por la avenida. Aquí, en los colegios mayores, hay varios puntos más de adrenalina, y los guapos de provincias van con la carita dura, la camisa abierta y el pantalón torero. Viven en continuo contraste con su homólogo local. Para los jóvenes madrileños los padres son una sombra conocida. Tienen la certeza del salón, la mesa puesta y siempre limpia. Los chicos airados de Córdoba o León, alejados de su casa, viven la filiación de otra manera. Sus padres son un número de cuenta corriente.

Estos chicos y yo tenemos en común el extrañamiento, la vida a deshoras. Me gustan sus odios de Montescos y Capuletos, la asunción tan repentina que hacen de su nueva identidad. Entran en un colegio mayor y rápidamente son tribu. Comen pasta y patatas fritas, y el cuerpo no lo nota porque el cuerpo es una máquina que depura los excesos como un motor alemán. Enseguida se mimetizan unos con otros, adoptan juntos una estética común, haciendo una aldea nueva, una ciudad concéntrica que sabe de Madrid lo mismo que de la Luna, una cosa grande y brillante que se ve a lo lejos y en la que no se va a participar. La universidad pasa por ellos, pero ellos no pasan por la universidad.

En los mayores se agita el árbol de la vida y las nueces van cayendo sin que aburran las ramas. ¿Qué vendrá luego? Los veranos de tres meses, el barco y la piscina, las historias de Instagram con el pecho moreno y un sinfín de barbas nuevas. Las chicas, siempre más responsables, sienten cierto remordimiento y pueblan las bibliotecas en mayo, cuando acechan los finales, pero incluso ellas se absuelven del pecado y plantan su pica en Keeper, o en Vanity, o en Gabanna, o en Liberty, o en Bling Bling, o en Callejón, o en cualquier otra discoteca de nombre cambiante y sugestivo.

En septiembre todo es vida. El hervidero, recién constituido, recibe a sus colonos sin orden ni concierto, y toca construir una escalera social, una renovación del cuerpo estudiantil que elige cada año a sus dioses y sus parias. Ahí es donde el papanatas, el zoquete, el avaricioso, el galán de bingo, el tuercebotas, el *quieroynopuedo*, el aguililla, en fin, el que carga un pasado un poco áspero, aprovecha y se reinventa y se cuelga un pinganillo y hace ademanes muy vistosos en la puerta de las discotecas. Esa reinvención es una cosa poética que

los adolescentes hacen con su vida, tomando consciencia de sí mismos como personajes por primera vez, interpretando un papel que, por imitación o genio, acaban aprendiendo de memoria.

Pasado el flash de novatadas se acomodan en una intensidad nueva, una libertad diferente que, al estar menos planificada, abre la puerta a la sorpresa. También a la decepción. El rodillo de la novedad pasa por encima de las novias, las costumbres, los abuelos y las ferias andaluzas: ya han cambiado, no son niños, el futuro es otro y sabe a humo y recuperaciones. Si uno se fija en las fachadas, puede ver el sol anaranjado dorando las caras de los colegiales y en sus suspiros se sienten la velocidad y el peso de la autonomía regalada.

Ahora, acabados los exámenes de invierno, se respira cierta euforia mitigada por el frío. El abismo del final de curso no acecha todavía. Los responsables se felicitan por su esfuerzo; los indecentes, por la segunda oportunidad que brindará la primavera. La mayoría no va a sentir ni un gramo de arrepentimiento. Retomarán su vida sin el duelo del suspenso. Después los padres se hartarán de ellos y, pasados unos cursos, los devolverán con la oreja caliente al patio de la infancia. Estudiarán en una universidad local y trabajarán en la empresa familiar haciendo cualquier cosa, y solo transcurrido un tiempo prudencial tendrán el regustillo amargo del fracaso en la saliva. La juventud es eso: malgastarlo todo. El caudal de los años se seca, y el fondo solo se ve cuando ya es irremediable.

XVIII

No teníamos grandes afanes en Madrid, Jane, porque la épica madrileña es imposible y no tiende exactamente a la belleza, tema capital de nuestra historia. Tirábamos con lo que hubiera, pensando siempre en escapar. Hacía un poco de frío fuera de las esbeltas aceras europeas, esos ríos anchos de París, las esquinas doradas colonizadas por Gucci o por Chanel, las tazas delicadas y el pitillo flotando sobre el Sena. Arrastrarse en Conde Duque, con el parque y la placita, nos devolvía un poco de la magia no vivida. El adoquín tiene ese efecto en los pies grandilocuentes.

Las noches de verano las pasábamos ahí, en plaza Comendadoras. La estampa era deliciosa: los niños jugando a la pelota, las terrazas *reventás*, el camarero siempre golfo llamándote *cariño* o *preciosa*, metiéndose conmigo por el motivo que fuera. En una esquina, un saxofonista calvo y de boina calada interpretaba temas franceses y por la frente se le suicidaban gotas y más gotas de sudor. Quizás ese verano, con su mínimo anclaje, fue lo más normal que vivimos.

Yo me desesperaba. Intentaba sorprenderte siempre, le buscaba los pies al gato para romper el colchón de la monotonía. El remanso sobre el que se asienta el amor me daba pánico y no te creía digna de un sopor así. Tú me mirabas dando todo por hecho. Ese tipo de trampas son las que construyen las parejas; en el ecosistema de los novios nacen al inicio unas verdades sólidas —aunque sean mentira— y ya todo el juego gira en torno a eso. Yo montaba un show que por fuerza tenía que ser espontáneo. También genial. Había en el aire una necesidad de divertirte, y el tiempo corría por tus muñecas finas y se quedaba parado, colgando casi inmóvil, haciendo de advertencia.

Luego llegaba a casa y me entraban sudores líricos. Ahí, en calzoncillos, recomponía cada frase y me arrepentía hasta de las cosas no dichas, de los temas, los acentos. Desmenuzarme así me atrapaba. Quizás, al tercer intento de película, agarraba el móvil y te escribía algo con gracia, cazando al vuelo cualquier excusa que viniese del momento. Nunca se extinguía esa necesidad de divertirte. Tú me respondías tarde, haciendo imposible una conversación que ya nacía muerta. Como un mal delantero, el romance me pillaba siempre en fuera de juego.

Búscame tú, te decía, y tú asentías con gracia sabiendo que nunca ibas a buscarme. Todo esto me pasa por la cabeza y ahora que ando por Comendadoras extraño las terrazas estivales, pienso en las promesas que han quedado colgando en los balcones. Ni rastro del saxofonista, un hombre alejado de Woody Allen, probablemente un

tipo seco nacido en Écija o Moratalaz, la clase de músico que solo existe en manga corta. En qué orquestilla de pueblo andará refugiado. Sin el río de calor, su mano se habrá hecho guante.

¿Perderá su latiguillo el dedo ágil? Esas yemas duras de los dedos son el patrimonio del músico, como su instrumento. El músico vive a través de él. No sé qué aspiraciones tendría en su día cuando, siendo un chico joven, estudiase partituras y soplase la boquilla con afán, con esperanza. Por supuesto que tocar en una plaza no era su perspectiva de futuro, pero los años van pasando y lo demás queda de lado, y al final el músico encuentra que su patrimonio es ese, las yemas duras de los dedos. Hacer de banda sonora para un público invisible. La única manera que tiene de sobrevivir es interpretar su concierto para sí mismo, redescubrir cada día la belleza de las notas. Arrancarle un pulso más al instrumento.

Me hubiera gustado pensar en mí como protagonista, Jane. Pero yo soy el músico que toca en la plaza. En este largo soliloquio toco las canciones para mí, dando por hecho que no vas a escucharlas. Tengo que afinar, tengo que conseguir emocionarme y desvelarle un brillo nuevo a las palabras. Ya no hablo de ti, ni de nosotros. Ahora escribo cosas nuevas. En el extrañamiento, descubro la cara oculta de las frases. Redundar en mi paseo es aprender a pasear. Buenas noches.

Segunda parte

XIX

Las llamadas a la acción son para el diletante como un dolor de muelas, pero en el mundo real es imposible desprenderse por completo de la costra de la vida. En medio de mi abstracción, de mi eterno pasear, surgen personajes que me devuelven, aunque sea por momentos, a la etapa en la que yo tenía nombre y apellido, hacía las cosas de los hombres, salía y posponía mis divagaciones a los minutos puntuales de soledad. Eran días de ruido como sonido ambiente.

No vivía en la ignorancia porque la ignorancia sería negarme a mí mismo. Vivía en la ambigüedad. Llevaba la actitud despreocupada que ahora tanto envidio en los demás, el ritmo de autómata, el pulso intenso y cegador de las semanas, los pies con zapatillas. No había una ausencia de problemas ni de preocupaciones: no creo en la superioridad moral de mi atalaya. Sí que había un argumento en la vida, que no era otro que la vida misma, desplegada como una piel de toro los viernes por la noche. Ahora, convertido en un extraño, la vida ha perdido su hilo causal y no veo otra salida que la pura contemplación. La vida pasiva.

No fui tampoco un arcángel truncado, como esos jovencitos rubios que se matan en accidentes de moto. No dejaba tras de mí esa estela de comentarios… *¡Qué pena, con lo alto que apuntaba este chico! Tan joven y con tan pocas ganas de nada*. Mi progresivo distanciamiento ha sido pacífico, hermético y completamente respetable. Básicamente, desde que me despedí de Jane no he aspirado más que a que me dejasen en paz. Solo. A mi aire. Para poder contemplar el mundo como representación y yo como único cliente.

Ahora, de repente, sin esperarlo, me topo con cosas que creía olvidadas.

Cruzo un semáforo y me encuentro con César Miró. De nada vale que yo me haga el distraído. Me ha visto y se acerca con su habitual desfachatez, con la camisa abierta de par en par a pesar del frío, sin abrigo y enseñando su cadena de plata con el rostro de la virgen. El pasado es una geografía extraña y todos tenemos una.

A César lo conocí acabando el colegio. Hemos sido muy amigos. Sé mucho sobre él, tal vez demasiado. Y sobre sus gustos. Le fascinan las mujeres: toda su vida gira en torno a la próxima conquista. Podría llenar un *rooftop* en Velázquez con el historial cinco estrellas que maneja. Cuando se cansa de las niñas monas, baja al sur de Madrid y les roba las guapas a los chulos del barrio. Le excita esa moral perversa, el erotismo del salón desvencijado y las tetas que huelen a cebolla. Después de un tiempo anidando en Orcasitas, coge las llaves

del coche y regresa a casa de sus padres, con la sed de experimento ya saciada y la tranquilidad del calzoncillo limpio. Este tipo de turismo lo practica en periodos de entreguerras, cuando rompe con Casilda en Marbella y todavía no conoce a Julia volviendo de Baqueira.

César siente que se tiene que hacer perdonar el haber nacido rico, pero a la vez es tan despreocupado que se permite una penitencia sexual. Por lo que sea, hoy está en fase de perdón y no necesita que le absuelvan. Me hace gestos de nuevo y yo termino por acercarme. Nos abrazamos —me abraza sobre todo él a mí— y se interesa mucho por mi vida. No sé muy bien qué contarle. César es encantador. Yo no.

Me insiste en que le acompañe en medio del barullo. Doblando la esquina está la discoteca. En un momento de debilidad espiritual, traiciono mi diletante paseo y acabo accediendo. Pronto me presenta a cuatro o cinco chicas, un olor de pelo exuberante. ¿Dónde estarán los chulos del barrio? ¿No querrán matar a César? Salirte tanto con la tuya es una provocación de libro. César sonríe como Julio Iglesias y, con un ademán gracioso, nos indica la entrada. Un gorila quita la cinta y nos deja pasar. Atrás queda la cola de la gente que no es César Miró.

No voy a descubrirle las discotecas a nadie, pero es verdad que hoy las discotecas me redescubren a mí. El olor del humo seco vuelve a mi nariz. Miro esta excitación como un adulto que comprueba desde lejos los juegos de los niños. Subimos unas escaleras.

El grupo se despliega alrededor de la mesa. Todos charlan animadamente, haciendo esfuerzos por oírse sobre el estruendo de los bafles. Intentan explicarme cómo se conocen, aunque no consigo entenderlo del todo. En el fondo me da igual: en un desierto, César se haría amigo de la arena.

—Bueno, ¿y tú qué haces?

Me lo pregunta una morena alta con la boca grande. Lleva un *body* que se pierde al interior del pantalón.

—¿Yo? Pues…

—Es escritor —interrumpe César—. Y de mucho nivel.

—¿Y qué escribes? —insiste la morena fijando adrede su mirada en mi mirada.

El *body* despeja un triángulo que va abriéndose del ombligo a los hombros.

—Lo que puedo.

La contestación parece hacerle gracia y se da por satisfecha. Nos traen una botella de ginebra y otra de ron, y cuando la morena se inclina a servirse la primera copa, veo hasta las tiritas de los pezones en su pecho. Coge los hielos con las manos y uno cae al suelo, deslizándose camino abajo hasta caer al piso de la pista. Ni se molesta en asomarse.

—No, ahora en serio —me dice agarrándome el hombro con la mano húmeda del hielo—. ¿Has publicado algo?

Le cuento que no, pero le hago entender que pronto va a suceder algo grande, sin especificarle muy bien el qué, y esta vaguedad parece satisfacerla de nuevo.

—Qué interesante. Bueno, es que a mí me encanta leer. Te lo juro. Y escribir también. De hecho, siempre he querido escribir. Tengo el gusanillo ahí que no me lo quito. Pero me da miedo que no le guste a nadie o de parecer muy cursi.

—¿Has llegado a escribir algo?

—Sí —lo cuenta como quien confiesa un pecado, aunque enseguida el gesto triste se transforma en ilusión—. ¿Podría enseñártelo?

—Claro —le contesto con un tono que a mí mismo me suena demasiado rotundo.

Le encanta la idea. Se llama Irene y, aunque escribe y tiene los hombros bonitos, es un poco básica.

—¿Bebes?

Me alcanza un vaso y yo me sirvo. Inclinado sobre la tónica, alcanzo a ver cómo ella me estudia fijamente. Me pregunto qué clase de imagen tendrá sobre los escritores y si la ambigüedad de mis logros habrá pasado más por modestia que fracaso. La copa me entra como un río en la garganta.

—¿Y poesía escribes? ¿Qué poetas te gustan?

Le hablo de Baudelaire, pero no parece saber quién es.

—Vaya, te vas a pensar que soy tonta. Me lo voy a apuntar.

Saca su móvil y apunta *bodelare*. Después me habla de un montón de nombres que desconozco, aunque no tengo la deferencia de apuntarlos. Cuando saca el móvil de nuevo para enseñarme, el brillo de la pantalla le ilumina el rostro y me doy cuenta de que es guapa. Solo una cara guapa soporta el brillo del iPhone.

Tras un casting de negativas —ella no conoce a los míos, yo no conozco a los suyos— lo dejamos en empate. Por miedo a contrariar su simpatía, le digo que vayamos a bailar, como si yo no fuera yo y estuviera poseído por César Miró.

—No te reconozco —me susurra el de verdad cuando me ve levantarme, y me da un cachete en el culo que provoca las risas de las amigas de Irene. Bajando las escaleras, ella se agarra a mi brazo. Por miedo a tropezar, supongo.

No bailo mal, no tengo el ritmo de palurdo castellano que se podría esperar ni una cadera escandinava. A nuestro alrededor, los grupos van y vienen, el público abre pasillos entre mares de hombros, hincando el codo en las costillas para hacerse notar. Disimulo no enterarme y aguanto estoico la mirada hiriente de una chica molesta por algo que no logro entender. No me sé ninguna canción. La pobre

Irene hace esfuerzos por integrarme en estribillos calientes que tararea en vano. Remato la faena cuando, tras darle una vuelta de muñeca, derramo media copa en su pantalón vaquero.

—Voy al baño. Espérame aquí.

Irene desaparece entre la gente y yo me quedo apurando mi media copa, la que todavía queda en el vaso. La otra media se evapora en el secador de manos, mientras Irene hace un escorzo para que apunte a su muslo. Me doy cuenta de que ni me he disculpado, tan solo he mirado aterrorizado la mancha alcohólica empapando el pantalón. Ahora sí me acodo en la barra. Observo todo a mi alrededor. No he conseguido desalojar al *flâneur*.

XX

Unos dedos largos tamborilean en mi espalda. Me giro y veo a Irene sonriente.

—¿Me acompañas a fumar?

Dejo mi copa aguada apoyada en la barra y salgo con ella, de nuevo su mano agarrando mi brazo, quizás por falta de confianza esquivando la mía, pero agarrada, al fin y al cabo.

—Oye Irene, disculpa…

—No te preocupes, cosas que pasan.

Enciende un mentolado y empieza a fumar. Me ofrece uno y se lo cojo, y empezamos a elevar el aire. Lleva el abrigo colgado del bolso. Antes no lo llevaba. Yo no me he quitado el mío desde que entramos.

—¿Y has pensado en tu portada?

—¿De qué?

—Pues de tu libro.

—No. La verdad es que no.

A Irene estos detalles parecen resultarle de suma importancia, como si el éxito o el fracaso de un libro dependiese de la portada.

—Yo tengo una amiga ilustradora que hace auténticas maravillas. Te la podría presentar.

Se lo agradezco y los ojos se me van a la uve del *body*, y luego a los dedos largos que sostienen el cigarro. Lleva las uñas muy bien pintadas. Empiezo a juguetear con una pelota de papel en el arcén de mi bolsillo.

—Siento de nuevo lo de la copa. Soy un poco torpe.

—No te preocupes —me dice, y me agarra por fin de la mano—. ¿Ves? Ya está seco.

Apoya mi mano en su muslo y compruebo que está seco. Después la subo a la cintura. Nos besamos. Nos estamos besando. Tras un choque de dientes, me inunda la boca un sabor a humo y a ginebra. Una sensación familiar. Me acuerdo de Jane.

—¿Qué te pasa?

Rechazo su pregunta y meto la lengua en su boca, y agarro su cara suave con la palma de la mano. Besarse es como montar en bicicleta. Uno nunca olvida la mecánica. Seguro ya en el escenario, sujeto con calor su silueta, como si fuera a escapar. Hago memoria: la intimidad de las bocas, el frío del ombligo tembloroso, la curva arqueada y limpia de la espalda femenina; todo eso se pierde a los pocos días de noviazgo, pero aquí, en una noche de invierno, sabe a nuevo, a lazo, a euforia. La aparto un segundo para convencerme de que estoy besando a Irene, alta, morena y básica, aspirante literaria con una amiga

ilustradora. Sigo buscando cosas con la punta de los dedos.

A los pocos minutos Irene, harta de tanto besuqueo, para un taxi y me arrastra dentro.

—Modesto Lafuente, 22.

El taxi surca las calles con la radio muy bajita, dejando tras de sí una estela de faros blancos. Yo voy haciendo camino con el tacto y, cuando un intermitente nos inclina, aterrizo mi oreja en su pecho. Irene tiene un olor a perfume muy intenso, se nota que es buscado. Pago yo el taxi para compensar tantas cosas.

Sin soltarme de la mano, saca las llaves del bolso y abre el portal. Subimos las escaleras andando porque el ascensor está roto, me dice. Hay una especie de relajación cuando se sabe lo que va a pasar. Otro juego de llaves y entramos en su piso. Irene vive sola, así que no hay que preocuparse por el ruido.

El piso de Irene es muy grande para Irene. Lo utilizan sus padres cuando vienen a Madrid, un piso familiar. Probablemente ellos sean madrileños e Irene haya nacido en una capital de provincia porque su padre es notario o registrador. Tiene álbumes de fotos y un cierto aire respetable, antiguo, algo imposible de transmitir en un piso de gente joven con los muebles de Ikea. Nos seguimos besando y vamos a su cuarto, que por fin tiene el desorden que uno espera de la vida.

—Uy, qué vergüenza.

Se apresura a quitar los pantalones, las blusas, el cenicero y el sujetador que se amontonan encima de su cama, y después da como una vuelta nerviosa asegurándose que lo demás está en orden. La tranquilizo con la boca y nos sentamos al borde. Pienso en que Irene quiere beberse a un escritor como si fuera un sorbete.

—Espera —me dice, iluminada por una idea feliz—. Quiero enseñarte algo mío. Un texto.

Se levanta y sale disparada del cuarto. Hay una poesía de la que está especialmente orgullosa. No tiene sentido el pudor: una vez perdida la vergüenza sexual, caerá también la literaria. No sé por qué me encuentra atractivo, si no he puesto nada de mi parte. Quizás ese sea el atractivo. Antes de entrar, Irene recuerda un último detalle y lo solventa para que esté todo perfecto.

Dice Baudelaire que la belleza es un sueño de piedra. La impresión queda atrapada para siempre, y te congela. Lo asumo: estoy cruzado. Ahora todo vuelve a mí como un cubito de hielo. Por poco descuido mi ruta, por poco me pliego a la exigencia del guion, la poesía novel, el champú de tres al cuarto. Qué melancolía tan turbia.

Irene regresa y se encuentra con que en su cama no hay nadie. Yo estoy ya en José Abascal, corriendo cuesta abajo como un auténtico demonio. En el cuarto de baño, dos pares de tiritas cruzadas, todavía temblorosas.

XXI

Al despertar tengo un mensaje de César Miró. Es una foto suya con el pelo mojado, sonriente, en la calle. «Espero que tú también hayas dormido en casa ajena», me dice. Maldigo a César Miró y a todos los exhibicionistas del amor. Contesto con desapego. Tiene otra sorpresa para mí.

Ding dong.

Al otro lado de la puerta de mi casa está César Miró. Le abro un poco contrariado: no me gusta que entren en mi casa, menos si estoy en calzoncillos. No quiero dar explicaciones.

—Bueno, bueno —dice acariciando el lomo del sofá—. Nunca me voy a acostumbrar a la choza que tienes. ¡Hacía tiempo que no me invitabas!

Obviamente no voy a responderle que yo no le he invitado. Me duele la cabeza.

—Estaba por aquí y me he acordado de que vivías por la zona. ¿Qué tal ayer? ¿Cómo te fue con Irene?

—No me fue.

—¿No llegaste a ir a su piso?

—Sí. —Me cruzo de brazos preceptivamente—. Pero me marché antes de que pasara nada.

—Ya sabía yo que no era tu tipo.

No se quita la sonrisa ni para dar malas noticias.

—¿Por qué no te pegas un duchazo y vamos a tomar algo?

Cuando me cae el agua fría en la cabeza, me doy cuenta de lo rápido que le he dejado tomar las riendas de mi día. Esta vitalidad apabullante me produce un extraño sentimiento de derrota.

Cae el sol de invierno con tibieza en los bordes de Olavide y el camarero insiste en que paguemos cada consumición según nos la sirve. César rechaza mi tarjeta e impone él la suya con firmeza.

—Todos los días es mi cumpleaños —me cuenta para justificar esta invitación a una caña—. ¡Cumpleaños feliz!

Alza su copa simulando un brindis. Miro a mi alrededor: no veo ni un sitio libre, a pesar de ser invierno. En la plaza de Olavide los mayores nos agolpamos en torno a las terrazas y los chavales fuman porros en el centro del parque.

—¿Y tú? ¿Con quién te fuiste anoche?

César me cuenta todo con una precisión quirúrgica. Vuelve a saborear cada detalle, cada paso: su mandíbula hace el acto reflejo de morder cuando habla de un mordisco, su brazo se tensa cuando recuerda el embiste. Al final se queda sin aire, rendido, como si revivir

la experiencia fuera vivirla de nuevo. Satisfecho, lanza un kiko al aire y lo caza con la boca.

—Por cierto —dice mientras le crujen los dientes—. No entiendo tu actitud estos últimos meses.

—¿Qué actitud?

—La de desaparecer.

El rostro siempre risueño se le tuerce un poco.

—¿Has dejado lo que hacías?

—Sí.

—Me parece bien que hagas lo que te gusta. ¿Estás escribiendo mucho?

—Lo estoy intentando.

—¿Intentando? ¿De qué estás escribiendo?

Hago un gran esfuerzo por contarle a César, que no es un gran lector, mis guanteos con la abstracción y la prosa poética.

—Es un eterno paseo por Madrid inspirado en la figura del *flâneur*, que viene de *flânerie*, algo así como *callejear* en francés. Básicamente, un personaje del siglo XIX que no le ve el sentido a la vida y encuentra en el ruido de París la única forma posible de silencio. Sus días son un deambular pasivo, paseando por las calles como si el mundo fuera un escenario puesto en marcha para él. La ciudad es la protagonista, por ser el recipiente que contiene toda acción posible. Además, creo que Madrid no se ha reivindicado lo suficiente como ciudad literaria y, desde mi modesta posición, lo voy a intentar remediar.

—Suena bien —me responde sin mirarme a mí, sino al reloj de su muñeca.

—Y también —digo envalentonado—, también está todo cruzado por el desamor. Por la lejanía.

César levanta los ojos. Esto último parece hacerle mucha gracia. Intenta —sin éxito— reprimir la ironía al ver mi reacción.

—¿Jane?

—Sí.

—Se te ve el plumero desde aquí. ¡Perdón, perdón! Pensaba que esto era agua pasada.

—Pues ya ves.

—¿Sigue viviendo en París?

—Hasta donde sé, sí.

César sabe que no me va a sacar una palabra más. Una cosa es que me decida a escribir un libro sobre el tema; otra muy distinta, que me apetezca hablar de ello.

Dejamos que la conversación fluya por un cauce más neutral. César me habla de su trabajo, de sus ligues, de su vida incesante y repetitiva. La hiperactividad de su presente me agota. Me gustaría meterme en su cabeza, ver en qué piensa, si tiene hueco para reflexionar sobre las

cosas que hace, si es un empirista consciente, todo eso. Pasado un tiempo, se agarra la muñeca del reloj.

—Oye, me tengo que ir. He quedado a comer con unos amigos.

Nos despedimos con un abrazo y siento a la vez alivio y lástima por dejarle ir. César es un amigo avasallador, pero un buen amigo.

—Y escucha —me dice agarrándome como un entrenador a un alevín–, ve a por ello. Escribe, aprovecha que puedes, pero aprovéchalo. Y no dejes de lado a la gente que está a tu lado. ¡Y sal un poco! ¿Ves? —dice mientras aspira el humo dulzón que nos llega del parque, la marihuana caliente de los chicos—. Muchas historias aquí fuera. No solo en tu casa, ni en la pantalla de tu ordenador. ¡Llámame y nos vemos la semana que viene!

La filosofía simple y vitalista de César hace su efecto en mí. Recobro mi energía y abro las ventanas de mi casa para ventilar. El ordenador me espera. Decidido, me siento en la mesa y retomo mi escritura donde la había dejado, apenas unas horas antes de que César Miró me metiera en una discoteca y me sacara de mi libro.

XXII

Pasan dos días y ya ando distraído. Me entra el breve espasmo del escritor triunfante; no en el ruedo literario (mero circo de provincias), sino en la arena del deseo, única corona a la que pueden aspirar los jóvenes plumillas. A pesar de haber huido de la habitación de Irene, a pesar de los consejos de César, a pesar, en fin, de ser más teórico que práctico, tengo el regustillo tonto del que se siente querido, tentado, y la superioridad moral de haber dicho que no. Dejarse ir, por unos momentos, por ese sendero fantasioso interrumpe mi mañana.

Corre uno el riesgo de pensar que la realización literaria es eso, engañar a una chica joven para que se acueste a nuestro lado, cuando sabemos de antemano que dedicamos más tiempo a estar de escritor que a ser escritores. En el fondo de todo artista adolescente hay una pulsión sexual, una necesidad de redimirse con palabras, ya se sea feo, guapo, alto o bigotudo; ello no quita que exista una pasión sincera por los libros o las artes. Entre don Quijote y don Juan hacemos equilibrismos de bandera, siempre sin quitarnos el *don*, que para eso empuñamos la pluma.

Por otro lado, la escritura es una profesión *punk* —esto es, sin futuro —, por eso solo escriben los señoritos o los locos. En ambos casos, el centro gravitatorio de la realidad está bastante desviado.

La eternidad, que creemos alcanzar en esas camas sin orden de las chicas, está hecha de otra sustancia menos inmediata. Si uno quiere rozarla tiene que sumergirse en esas camas y luego salir corriendo con el siguiente capítulo en la mano. Hemos venido a escribir, pero no somos monaguillos.

¡Qué arrepentimiento! Esquivar una mujer fascinada, una aprendiz de escritora, lectora de pasos de cebra, unos hombros morenos y suaves. Siempre este arrepentimiento, esta culpita católica a la inversa. En la acción encontramos los *flâneurs* una frustración continua. El deseo no colmado. Hay quien piensa que solo buscamos el ideal, la mujer inasible, y así ya tenemos excusa para practicar la misoginia. Yo, demostrado que soy más bien misántropo, tengo en Jane un precedente peligroso. Todas las mujeres me saben a poquito, me parecen poquito, quizás un poco bobas, quizás un poco secas, quizás demasiado deseosas de agradar o de fascinarse y, en ningún caso, dignas de un pedestal que, por su propio peso, va hundiendo mi cabeza.

Pero Jane ya no está. Es una nube a la que deseo buenas noches, de día o en penumbra.

Y luego está la indiferencia como actitud vital. El mundo en plan

ring de boxeo es un exabrupto barojiano que no nos abarca a todos. La vida sin la lucha convierte al hombre en espectador, en frívolo, en paseante. Por eso le da unos ojos nuevos. Por eso quiero mirar con esos ojos, abstraerme del aliento, destilar lo vivido y hacer literatura pura, blanca, inerme, lírica. Por eso estos devaneos con la carne me sientan mal, me apartan de mi objetivo. Irene, piedrecita inocente, vuelves a mi cabeza.

Enseguida la mesa de trabajo se me carga de ansiedades y el futuro de mi texto se asemeja a un crucigrama. Salgo, salgo porque es una mañana en la que, si no hay literatura en casa, habrá que ir a buscarla. Tengo algún recado.

XXIII

En Serrano, un carrito de bebé rueda por las aceras, empujado por una chica filipina de uniforme azul. El niño es un angelito. Bosteza, hace ruiditos, mueve sus manos chicas bajo el manto y el faldón. Solo vemos sus ojos grises con la cara tapada: es un pequeño querubín rubio al que hay proteger. De repente estornuda y esa contracción sistemática de sus facciones tiene un aire de invento, y el niño asiste sorprendido a su propio acto reflejo. En vez de llorar, hace pompas en el borde de la boca. Una de esas pompas despega levemente y acaba aterrizando en el uniforme de Wilma, y ahí queda unos segundos hasta pincharse con el viento. Bajo el gorro del niño, un único rizo escapa de la lana.

Las mañanas de diario, el barrio de Salamanca se parece más a Quito o a Lima que a Madrid. Los señores están trabajando; las señoras, depende de su ambición o de sus ganas, también de si sienten querencia por el yoga o el pádel, porque todo no se puede hacer. Quedan los extremos de la vida: los bebés y los ancianos. También, todo el despliegue de medios que acompañan: cuidadoras, repartidores, fruteros, transportistas, porteros, obreros, botones; casi todos morenos, pequeños, de pelo negro y rasgos andinos. Es esa estructura la que sostiene a los apellidos compuestos y no al revés, como normalmente se piensa.

El barrio de Salamanca ha sido demonizado por cierta clase política, intentando convertirlo en un símbolo de opulencia pueril e indiferencia aristocrática… La verdad es que en el barrio de Salamanca vemos familias guapas, señoras airadas, corbatas, tacones y algún moreno a destiempo, pero nada que nos haga pensar en ese epicentro del mal, los niños cuatrilingües confabulando contra el Estado de bienestar. Aquí no hay pista de despegue para la obscenidad árabe de Londres. Te mueves dos calles y huele a bocadillo. Además, el barrio de Salamanca es, en general, conservador. Esto viste la riqueza antigua de cierto recato, una naftalina un poco pesada, pero que aquí hace de dique contra el exhibicionismo.

El niño florece y a su alrededor solo hay árboles pelados. La famosa milla de oro, las famosas tiendas de lujo y complementos son ahora una acera lisa y alargada moteada por carritos de bebé, y las Wilmas van y vienen con un tesoro envuelto en capitas de lana.

Paseando llego a las terrazas de la Puerta de Alcalá, otro monumento romo que ni viste ni desviste, tan solo está. Cuando se usa como icono en las guías turísticas, a todos los madrileños nos entra un poco de vergüenza. Cada capital tiene su Mona Lisa. Nosotros

tendríamos que poner un sol de invierno, redondo y blanco como una yema de cielo, y así evitarnos el disgusto. Las cuatro torres (pronto habrá más) son un monumento a las finanzas, que es una cosa impersonal, y los estadios son para los forofos.

Me siento a sorber un café caliente y aprieto mi silla contra la estufa. Tras un rato divagando reparo en que, unas mesas más allá, un escritor muy conocido está sentando cátedra. En realidad, es el volumen de su discusión lo que ha hecho que gire la cabeza. Su interlocutora es una mujer bella, sencillamente bella, bien vestida, cara clara, pelo largo, piernas largas, un gran bolso. Tiene, sin embargo, puesto un gesto entre seriedad y desengaño. Él es un contraste vivo: palidez, mal afeitado, garbo oscuro, nariz grande e inflamada, flequillo escaso y descuidadamente graso. A pesar de su relativa juventud, aparenta estar físicamente a la fuga. Lo único que vemos enérgico de él es su voz, su forma de expresar, con gran agitación de manos, el torbellino de ideas que le corre por la frente.

—Las mujeres sin cultura me resultan básicas; las cultas, pedantes —le oigo decir y entiendo que capto una conversación en escalada nuclear—. Ahora lo vas a entender bien.

La mujer guapa niega todo el rato con la cabeza; le deja explicarse una vez más, pero ya ha decidido que el hombre es injustificable. Él tiene gestos de elefante, como Camilo José Cela. Está un poco cocido.

—Hay unas jóvenes de superficie, divertidas, despreocupadas. Son como animalillos y valen bien para un rato. Esas mujeres quieren tirarse a un futbolista, y si son pijas salir en el *¡Hola!* Luego, a tener hijos y a rascarse el higo. Es su decisión, la respeto. Pero esas mujeres pronto se acaban poniendo pochas y por mucho que avance la cirugía puede más la gravedad.

La mujer guapa se contraría del todo. El escritor interrumpe su enfado continuando con el soliloquio encendido.

—Luego están las que se leen cuatro artículos y se creen Simone de Beauvoir. Esas —dice limpiándose la boca con el dorso de la mano— son las que se sienten acreedoras del derecho a opinar, y todo eso es culpa de las redes sociales. Las putas redes sociales. Vaya agujero de peste. Y además envejecen como el culo. Las activistas están bien hasta los treinta, luego se les caen las peras y empiezan a vestirse como chamanas de mercadillo.

—Basta ya —responde ella y empieza a meterse las cosas en el bolso, con prisa y con vergüenza—. Eres insufrible.

El escritor célebre estalla en una sonora carcajada, un poco incómoda para los que, como yo, estamos en las mesas adyacentes. Tiene cierto aire a Houellebecq este hombre, aunque es mucho más obvio en sus desplantes; parece casi un antagonista ideado por un colectivo feminista.

—¡No te enfades! O no me pidas mi opinión sobre estas cosas.

—A veces se me olvida lo imbécil que eres.

—Pero tranquilízate, mujer, que tú eres de las primeras. ¿No te has visto?

La mujer guapa, enfadada aunque intimidada por la cantidad de ojos que ahora miran, duda si abofetear al abominable escritor célebre. Al final se levanta, le da la espalda y se marcha con la cabeza alta.

—Subnormal —le oigo decir mientras se aleja.

Todos giramos la cabeza hacia el escritor, esperando algún tipo de reacción valleinclanesca, pero no termina de sorprenderse. Tranquilamente mira el reloj, sin inmutarse mucho. Parece hacer cálculos mentales. Pide otra caña e insiste en que venga acompañada de aceitunas. Muchas. De las gordas.

Es una pena coger una conversación por la mitad, porque sin el contexto previo este desenlace se nos hace un poco insípido. Sin embargo, sabemos con esta pequeña muestra que el hombre es un engendro, un burro ilustrado, una mala imitación de esos franceses soberbios que comen higadillos y acaban siendo viscerales. Y el tipo royendo los huesos de las olivas como un muerto de hambre. Me da un poco de lástima verle así, tan feo, tan gilipollas, tan gris, tan adusto. Espero de él alguna redención sentimental, un amor desmedido por una sobrina, o un gato, o una madre en silla de ruedas; la realidad es que ahora lee el periódico con los dedos manchados y deja su huella dactilar sobre las páginas de cultura, como queriendo marcar su territorio en un ademán canino. No le veo señales de arrepentimiento. No parece preocuparle en nada su imagen, cosa hasta refrescante, pero no a cualquier precio. Este escritor, heredero de una larga saga de gilipollas talentosos, se ha quedado un poco demodé.

Pago el café y reanudo mi paseo con cierta sensación de ligereza. Es un alivio encontrarse con personas mucho peores que tú.

XXIV

Ya llego. Estoy en el barrio de Salamanca para ver a mi abuela Cuca. La abuela Cuca es una abuela estiradilla que no ha pegado un palo al agua en su vida porque, como un personaje quijotesco, «tiene títulos». Aunque no esté de acuerdo con que me dedique a las «profesiones liberales», le encanta tener un nieto libre las mañanas de diario. Voy a visitarla por una mezcla de deber y expectativa. A la paga que me daba de pequeño le ha añadido dos ceros. Parece como si quisiera fomentar ese espíritu hidalgo de no saber hacer la o con un canuto.

Llamo al telefonillo y me responde Guadalupe. Está contenta de oír mi voz. Cruzo el patio interior y espero pacientemente el ascensor.

La abuela Cuca está muy bien momificada, tiene un clásico peinado de abuela (de esos que dan a la cabeza cierto aire de hongo) y viste con una pulcritud tardofranquista. Todo el día me habla de sus amigas francesas —porque ella vivió en Francia— y de esas *soirées* tan sofisticadas en París, mientras los hippies tiraban adoquines en Mayo del 68. Según tu lado de la Historia, las cosas pasan o no pasan.

—Yo no me enteré de nada.

Y yo, pues asiento.

—También es verdad que nos quedábamos a dormir en casa de los Vignerot du Plessis, que está a las afueras, pero ni un sobresalto.

Su pronunciación es impecable. La abuela Cuca tiene la creencia —igual que su nieto, siendo honestos— de que lo francés es mejor, que viste más las cosas; y aunque la bohemia gabacha le da «bastante urticaria», le ilusiona que yo me traiga estos rollitos de aprendiz de maldito, Baudelaire y existencialismo *prêt-à-porter*.

—¡Ay, qué racha! Mis amigas, las de siempre, que se están muriendo.

Y me enseña una ristra de cartas —la abuela Cuca no usa WhatsApp ni móvil ni casi teléfono fijo— y me cuenta que Camile está en una residencia en Suiza, que Lorraine pierde cada vez más la cabeza…

—¿Y tus amigas de aquí?

Las de aquí le dan igual, tienen esos apellidos castellanos un poquito rucios, vienen bien para echar una partida de cartas o visitarse los jueves por la noche, pero tampoco hay que encariñarse sin medida.

—El otro día la Borboncita vino hecha un cristo al bridge. Y al marido hace tiempo que no lo trae, debe andar pachucho.

La Borboncita, familiar lejana de Juan Carlos I, probablemente ni aparezca en la línea sucesoria hasta la centena larga de nombres. Tampoco con esta pobre mujer tiene clemencia la abuela Cuca. No se

deja engañar por su dinastía francesa, más bien al contrario: le recrimina, igual que se recrimina a ella, que pudiendo ser francesas tuvieran que ser españolas.

Mientras esto va pasando, a mí se me aguan los hielos de la Coca-Cola y el retrato del abuelo Ramón preside a todo poder el salón desde su marco.

—Tu abuelo Ramón tenía conciencia de país, hijo; tenía conciencia de Estado. Cuando le llamaron, a pesar de que perdía en posición, acudió a esa llamada. Aquí nos volvimos y aquí me he quedado yo.

El abuelo Ramón fue embajador en Francia durante un porrón de años, hasta que Felipe González se lo trajo de vuelta para hacer *nosequé*. Al poco de llegar le dio un ataque al corazón y ya no pudo cumplir esa tarea.

—¿Y por qué no te volviste?

—Porque ya estaba aquí. Y no sabes el disgusto que le habría dado a mi madre si me vuelvo a ir. Y a mis hijos. Por lo que sea, los niños franceses no terminaban de conectar con ellos.

La abuela Cuca se levanta al ver que mis barquitos de hielo se han hundido.

—¿Quieres más? ¿Te traigo otra? ¡Guadalupe!

Aparece Guadalupe, con su uniforme a rayas azules y blancas, sonriendo y un poco apurada, como siempre.

—Tráele otra Coca-Cola al niño. Y un cenicero, por favor. ¿Qué te estaba contando? Ah sí, ya sé, el abuelo.

Se enciende el pitillo y sigue. Me da la sensación, por lo que he podido oír, que las mujeres viudas sienten casi un poco de alivio al quedarse solas. Los maridos se van saturando de malas digestiones y acaban convertidos en bebés insoportables. Y a esa edad, como que ya no hay fuerzas para cargar con criaturas.

El abuelo Ramón es un complemento moral inmejorable, un faro, una guía, un argumento que gana discusiones con su mera referencia. Y colgado en la pared no da la más mínima lata.

—Te voy a dar dinero para que vayas a París —me suelta la abuela Cuca de repente—. Que me has puesto nostálgica, pero yo ya estoy muy mayor y no quiero ver cómo ha cambiado. ¿Cuánto te doy? Me pierdo con los euros.

No sé muy bien qué contestar.

—Además, que te veo muy afrancesado con las historias de tu libro, y eso me gusta. Venga, vete como todos los bohemios, pero no te pases de juerguista.

La abuela Cuca se levanta, va a su habitación —para esto no llama a Guadalupe— y aparece con un fajito de billetes verdes y naranjas. Sin contarlos, los mete en un sobre y me los da. Cuando se acabe el efectivo, no sé cómo va a hacer. Todos los días va Guadalupe a un

banco, retira unos billetes y se los entrega a la señora, pozo económico sin fondo. Tropecientos años después, le sigue exigiendo el recibo.

—Hala. Toma.

Seguimos hablando, pero yo, aunque no me he criado en un ambiente de necesidad, siento constantemente la presencia del fajito de billetes en mi bolsillo. Tampoco los he contado, pero intuyo que, en efecto, la abuela Cuca se hace un lío con los euros y le parecen siempre poco. Ella sigue pensando en francos o, si acaso, en pesetas. Tan livianos han llegado que ahora me pesan un poco. No puedo decir que me sorprenda: la abuela suelta viruta a sus nietos como quien regala caramelos. Luego para otros gastos es más mirada.

Me despido finalmente, explicándole que he quedado a comer, aunque es mentira. Nos damos dos besos y nuestras caras se quedan fijas en la del abuelo Ramón, que no altera su gesto.

—Tu abuelo fue muy feliz en París. Le dio mucha pena volverse. —Esto le cambia la cara, se la ensombrece—. Tú también tienes que serlo.

—Haré lo que pueda.

—Por cierto, si tienes tiempo, me gustaría que fueras a visitar a mi amiga Sophie. Es de las pocas que sigue viviendo ahí y está con buena salud. Le dices que eres nieto mío.

La abuela no me da ni una carta ni un mensaje ni nada, tan solo me escribe su dirección en un papelito. Se despide con cierta emoción, lo cual es inusual en ella. Siempre ha sido seca en sus afectos. Cuando ya estoy en la calle entiendo un poco mejor todo. ¿Qué hay mejor para una abuela que la representación de un nieto? ¿Qué mayor demostración de poder que mandar a la tercera generación a más de mil kilómetros solo para decir hola? La abuela Cuca, que es un poco vanidosa, me utiliza para llevar un mensaje: sigo siendo importante. Yo también puedo tener recados en París. *Win-win*.

XXV

Los asuntos del día hacen de dique, van flotando ingrávidos como una factura de tiempo. Recuerdo una cita contigo en San Bernardo, paso delante del bar, tan ocupado en mi asunto que el cartel solo me toca cuando ya lo dejo atrás. Caigo con plomo en las pequeñas obligaciones, hoy, por un día, y así va destejiéndose la tarde hasta quedar deshecha en una enorme noche negra. Cuando creo que he terminado todo, paseo por fin mis libertades.

Llego, siguiendo el ruido sincopado, a Ponzano. Las chicas jóvenes de la universidad privada evolucionan en chicas de Ponzano: siguen siendo guapas, frescas, divertidas, simplemente se aprietan un poco más en los lugares de copas. Los que cambian son ellos, que pasan de jóvenes airados a prepadres prepotentes, armados de razones financieras y barbitas que disimulan la papada. El vientre que todo lo toleraba en la carrera ahora presenta un cierto neumatismo. En la frontera de los veintimuchos se va a jugar el partido de la madurez: a un lado los fondones tocinetes; a otro, los que mantienen un pezón optimista.

¿Cómo se forma una calle así? En Madrid, ciudad de ocios concretos, se come y se bebe como se conduce: mucho y con ciertas dosis de ansiedad. Por eso, en nuestra eterna terraza madrileña, jóvenes empresarios han montado una granja de gallinas de oro y las han puesto en fila en la calle Ponzano, una detrás de otra, sacándole lustre infinito a sus culos de pollo. El público alimenta y celebra cada nueva aparición.

Los figuras ahora somos todos, porque las notas en la uni daban una clasificación exacta, un rigor científico, y en esa escalada local cada uno sabía su sitio. Pero ya no. Con los trabajos y los anglicismos, Ponzano está lleno de personas que manejan el mundo y a uno le entra pena por el bacalao, tan triturado, tan partido. Sigue habiendo, por suerte, espacio para el humor: un tal Víctor Igartua Herrera, Junior Legal Consultant, lleva con mucho orgullo sus iniciales en la camisa.

Qué rabia, soñar con escritor maldito y haber quedado para costumbrista de *afterworks*.

Reanudo mi camino y atravieso una gasolinera. Qué tristes nos parecen las gasolineras de ciudad. Hay que dar de beber a los coches centrales, pero privarle a la gasolinera de la estepa infinita de Castilla es castrarle las pupilas. Aquí a la vuelta hay una discoteca y la cola llega casi hasta el veinticuatro horas. Alguno entra a comprar un antojo, pero todavía no es tan tarde como para arrasar con todo.

Tiemblan las muchachas, tiemblan porque hace frío y van un poco destapadas, y de la boca les sale un vaho delator, un humito de hielo. Por la calle, como rompiendo un poco el cuadro, pasa un niño pequeño que se hurga la nariz. ¡Qué tranquilo va ese niño!

Si yo pudiera, iría de la mano de mi madre, hurgándome la nariz con un dedo sucio de la otra, tranquilo porque en verano llevo pantalones cortos y me peinan y me echan una colonia inofensiva. Sin embargo, qué grandes eran los miedos de la infancia, y qué grandes son también en la primera juventud. Aunque cambia la iluminación, son los monstruos los que crecen, y es esta perpetua agonía del fracaso la que nos corta la respiración, como caerse de vientre del columpio.

En la noche naranja y negra voy rumiando este proyecto, que, como tantos otros, solo puede fracasar. Aun así, hago la cuenta de cabeza, ordeno expectativas, meto las manos en el largo abrigo nórdico, un abrigo bonito, oscuro, ceñido y, sobre todo, funcional. Si no fuera porque es de noche, me miraría en los escaparates de las tiendas —creo que esto ya lo he dicho antes—; me buscaría en el reflejo para convencerme de que lo que hago es realidad, no ficción, sin tenerlo yo tan claro. Hay cierto olor a profecía, cierta simetría narrativa a pesar de los meandros, una lógica imperiosa que me lleva a mí a realizarme y realizar mis fantasías. Como un primer hombre en una tierra virgen, voy al encuentro de algo.

XXVI

Aeropuerto, T4, largo gusano colorido, fina Torre de Babel, plata en el páramo, nido de aviones, joya pulida, *passport please*, monolito perfecto de un Madrid renovado, moderno y concluyente. La ciudad se hace infinita en los *fingers* del aeropuerto, que apuntan al futuro; el marco solo acaba en las escalas, el oro falso de Qatar, la cruel dejadez anglosajona. Hay vestidos africanos, con su geometría imposible, hay turbantes y barbas, hieratismo asiático, hay muchos pies sin calcetín que muestran lo peor de cada dueño.

Descubro que el aeropuerto moderno es la fantasía del *flâneur*, que todo está para mirar, que es un escenario más grandioso que cualquier París de cualquier siglo y, de pronto, quiero quedarme aquí para terminar mi libro. Pobre Rimbaud, pobre Baudelaire, pobres paseantes míticos condenados a vivir una era sin aviones, pobres hombrecitos que tuvieron que recorrer el mundo para verlo, privados de este menú degustación que es la T4 de Barajas, escaparate global de las costumbres. En la farmacia me compro todo tipo de medicación preventiva.

Hay más: enormes ventanales, frases hechas, pájaros de acero, el sol naciente poniendo doradito el suelo claro, la mopa, las grandes fregonas motoreta, la gente vieja con problemas para andar, la chica joven y apurada que hace clac clac trotando con crudeza, lujo, Real Madrid, jamones de jabugo colgando del tejado; el olor a humedad caliente del McDonald's, siempre hay cola, siempre hay hambre de patata y sal. Los grupitos frente al panel informativo, la mecanización del destino, señores pasajeros con destino a Estados Unidos, se recuerda que, debido a la aplicación de medidas especiales de seguridad, han de presentarse en la puerta de embarque una hora y media antes de la salida de su vuelo.

Llego yo, siempre con tiempo al aeropuerto, por miedo a perder un avión que, realmente, nunca he perdido. Luego me pongo con un libro a ver a la gente pasar, y si la gente me aburre, cambio de libro. Cuando me toca embarcar, agarro el carné con los dientes, viajar me vuelve así de aguerrido, quizás no deba ocupar tanto las manos. Adelante. Gracias. El número y la letra, en los que siempre busco un significado extraño. No son más que una combinación sin género. Me toca pasillo porque ya vengo ensoñadito de casa.

A mi derecha un asiento vacío y más a la derecha un señor abotargado, con su verruga y sus pelos de la nariz. A mi izquierda, una familia francesa con una niña rubita, que según toca el asiento cae fulminada de sueño y ya no despierta hasta París. Vuelve a casa, por

parisina y por niña. Esparzo un poco mis extremidades y doy gracias por lo que parece ser un regalo divino: el territorio neutral entre este señor y yo, una península que parte nuestras dos orillas —la suya, todo sea dicho, mucho más extensa que la mía—. Enseguida me lo coloniza con periódicos, iPad y un ladrillo de libro.

El avión despega y notamos el vuelco en la vejiga, y una vez estabilizado se nos pasa y atravesamos los cielos. En el ruido lento del avión, el pensamiento se desata como una lengua de alfombra, y cobro consciencia por fin de que voy a París, al encuentro de mi destino, al final de la historia, al desenlace de mi libro y de mi vida. Miedo otra vez. Por la acción, por haber tomado una decisión, por haber puesto el reloj parado de los días otra vez a funcionar. Pero aquí es imposible bajarse. Una vez se apaguen los motores, el niño frívolo en Madrid será un anónimo transeúnte parisino.

En el trayecto de dos horas me vienen sudores fríos, la euforia del suicida, me siento claramente genial y a la vez un desperdicio, le pido una Coca-Cola a la azafata y encuentro que tiene mucho gas, ojeo sin provecho libros de recreo que parecen completamente inútiles. Las frases se vuelven enjambres de palabras y no logro hilar unas con otras. Mi gordo compañero duerme con las gafas de ver al borde de la napia. No le enturbian el sueño, si acaso lo templan, le dan un aire de equilibrismo al movimiento elefantiásico del pecho, el rumor de mamut enfermo. Intento que me provoque hilaridad, pero no consigo distraerme. Saboreo el regusto amargo y urgente de la bilis. Estoy tan fuera de mí. Por fin, tras el aviso del piloto, el avión aterriza en el aeropuerto de Orly. Ya he llegado.

Tercera parte

XXVII

Me cruzo un grupo de turistas italianas. Ellas no lo saben, pero a su lado ha pasado un joven escritor *qui se promène dans la rue*. Estamos en París, expuestos al mito, ya con el invierno acabando, el sueño pronto del *flâneur*, el ojo encapotado y la gloria de sentirse en la verdadera capital, fuera de Madrid, expuesto al devenir con la cara truncada por la falta de sueño y el abrigo de cuello levantado. Llevo un libro a cuestas: una literatura anacrónica de *1er arrondissement*, tan engolada, tan fuera de mi tiempo.

Cruzo la Place de la Concorde, abierta al cielo como un solar de oro. En el Hotel Crillon, los deportivos hacen la siesta esperando a sus millonarios.

Compruebo la dirección una vez más, no vaya a ser que equivoque mi camino. Entro en una calle pequeña, tuerzo y estoy en la rue St. Honoré. Hay trasiego de modelos, tiendas de lujo, mujeres agresivamente a la moda, un puerta negro y una familia de refugiados sirios que no sabe hablar francés. Arrastro mi pequeña maleta con la emoción de un parvulario.

En el hotel Costes el tiempo se ha detenido en algún lugar de los noventa, una era en la que la perversión —por lo menos en París, ciudad perversa— podía ser todavía un signo de elegancia. La intimidad que precedió a los móviles permitía estos templos de la frivolidad. La belleza —piernas largas, buen culo, cara de billete— es el único pasatiempo de una sociedad borracha de sí misma. Aquí todo es oscuridad, tartar, burbuja y terciopelo rojo. Me pregunto si tanta decadencia no entorpecerá mi cometido, pero enseguida desecho la idea. He venido a fascinarme.

Hago el *check in* y subo a mi habitación. El ascensor es de una madera densa. Abro la puerta. Cama enorme, cerillas, cerezas y un paquetito de condones que encuentro al guardar mis zapatos, con el nombre del hotel en la portada. Me fumo un pitillo con un placer extraño, el de un niño al que le dejan acostarse tarde. Aquí todavía se puede pecar. Leo la información y compruebo que el desayuno sigue abierto. Son las once y media de la mañana y en el patio interior del hotel Costes sigue vivo el siglo XX.

Tras haber repuesto la energía salgo de nuevo al mundo. Atravieso el jardín de las Tullerías, más pelado que de costumbre, con la ya aceptada protuberancia de la pirámide del Louvre. En verano, los erasmus malditos hacen botellón en sus orillas, bebiendo vino tinto y enamorándose de Europa. Los vagabundos, bajo la noche soñada, irrumpen en los grupos reclamando su atención. Ellos les ignoran,

temerosos. No hay conflicto más allá del susto: *le vagabond* hace muecas y bebe su propio vino agrio.

Cruzo el Pont des Arts. Reconozco un igual: un viejo paseante, reflejo mío curtidito, que camina con los bordes de la camisa puntiagudos. Parecemos dos islotes que parten el Sena a la mitad. Luego los *bouquinistes*, ya llegando al Pont Neuf.

A lo lejos se ve un andamiaje pesado. Es Notre Dame, quemada y aguada como el café malo que nos sirven en España. Me debato entre la literatura de la destrucción y la poesía de lo perfecto. A pesar de todo, no tengo miedo de resultar poco original en París, tan descrita, tan sobada por el arte. Soy un madrileño en París, veo el sol con ojos de sorpresa, con la cortina del presente en la cara. Eso no lo pudieron hacer ni Balzac ni Victor Hugo.

Todo es piedra, oro, teja negra y cobre verde, esos son los cuatro colores de París. Cromáticamente es una ciudad muy sobria. La policía va armada hasta los dientes, por si los chalecos amarillos rompen todo y destruyen la paleta. En Shakespeare and Co, la librería de los mitos, turistas gordos de Milwaukee sacan fotos y comentan frente al letrero principal sus amores del pasado, reales o inventados, qué más da. Dentro ya no pueden hacerlas, hay un cartel que lo indica expresamente. ¿Qué sentido tiene entrar? En el piso de arriba se nos exige respetar el descanso de Aggie, una gata criada entre libros a la que se le tiene consideración de reina. El viejo piano de siempre permanece cerrado.

Paro a comer en un café pegado al Palacio de Luxemburgo. Pido un spritz para asentarme entero, porque a pesar de mi trayecto de lujo sigo sintiendo un fondo de ansiedad. Tras mucho tiempo callado, tras meses de paseos en Madrid, hay algo desconcertante en el silencio. Me entra cierto agobio de soledad; por primera vez —quizás con motivo de esta soledad extraña, extranjera— me pesa la ausencia, el no poder compartir con nadie esta bebida y esta botella de agua. Cuando uno conoce los caminos por los que pasea su deseo, una pequeña conversación se desliza bajo el telón de la memoria. Vasos, olor, aceras lisas: aquí todo es nuevo.

¡Qué viaje, qué absurdo! Llevo las suelas del zapato cargadas de presión, la pierna como un fardo muerto que resbala en el suelo, el pulso acelerado del café y la falta de sueño. ¿En qué momento decidí que la acción era una opción? Tras la trinchera propia vivía agazapado, fuera, con los recuerdos en formol y una existencia de monje, adorando a una virgen lejana, perfecta e inmisericorde.

Luego el spritz hace su efecto. La comida me restituye y me devuelve las ganas de paseo. A lo lejos, la silueta —hermosa y sorprendente, para qué negarlo— de la Torre Eiffel.

Yo he venido aquí a cumplir un destino. Embebido, como todos, de

la idea de ser extranjero en París, de hablar francés con un acento duro que denotara penurias y literatura. Me crezco en mi papel de escritor español. Pienso que los españoles tenemos un gesto grave; los franceses, más adusto. Hay una sensación de flotar entre cuentos, apretado como nunca entre puntales de la Historia, Voltaire, Rosseau, jamás volveré a estar rodeado de gente tan brillante. Una pena que estén muertos en el Panteón de Hombres Ilustres.

La tarde se desliza y llego a St. Germain. En el restaurante Ralph Lauren, latinas adineradas lucen bótox y enormes caballitos en el corazón de sus camisas. El ambiente es excesivo, de jugador de fútbol. Parapetadas tras sus enormes gafas, parecen moscas de alta alcurnia.

Yo sigo a lo mío. Entro en otra librería: L'ecume de pages. Compro varios clásicos, poesía sobre todo, y en el escaparate veo reflejada una silueta —la mía— que aguanta todavía las hechuras de Rimbaud, de joven malvado, de poeta suicida y existencialista. Al salir me debato entre instituciones del pasado. Descarto la *brasserie* Lipp por ser tan visita obligada. Les Deux Magots, con su extensa carta, ya no es el refugio de Hemingway y Gide: ahora es una extraña sucursal de Dubái donde se sirve caviar a traficantes de camellos. Opto finalmente por el Café de Flore, con toda su historia detrás.

Me zampo una *omelette au fromage*, pido un gin fizz, un vaso de agua y un cenicero metálico. París y Londres son igual de caras, pero en París las cosas valen el dinero que se paga por ellas. Es la diferencia entre el café y el pub. Con la tranquilidad del estómago lleno, esparzo mi cuerpo y me acerco al calentador. Frente a mí, otro joven escritor bebe agua de grifo y fuma sin parar. No nos reconocemos como hermanos: yo simplemente miro, espero; él agita mucho las manos y tiene tics de puro nervio, parece estar contando verbos en el aire.

Un camarero portugués reconoce mi acento y me habla en español. Dice que tuvo una novia colombiana, pero que fue mala esposa. Así, pienso, es como se resume una novela. Pago la cuenta y me entrego al paseo ya nocturno, iluminado por farolas de postín y versos de Mallarmé.

Como postre, me reservo la Place Vendôme, su lujuria serena, trufada de Mercedes negros y abrigos de piel. La columna gloriosa del centro y las boutiques del exceso a los costados. Respiro este aire de privilegio, regalado, cargado de placer y, algo insólito en esta ciudad, gratuito. Regreso al hotel.

En el Costes hay animación. Fumo un último pitillo a la entrada y hago una reverencia en el pasillo. Luego entro en mi habitación y arraso el minibar hasta dormirme.

XXVIII

En el desayuno hay una calma chicha esta mañana. No suelen pasar ejecutivos por sus habitaciones, así que el hotel Costes es un remanso de paz y mantequilla. Se oye un tintineo de botellas de agua mineral. Los horarios son laxos y la fruta dulce.

Salgo y emprendo mi camino, repasando mi misión. Me cruzo a las orillas del Sena con varias francesas en patinete eléctrico. Forman una línea, son la fila india del estilo, bajas emisiones, el planeta respira y yo suspiro como un pelele provinciano, con estas ganas de maravillarme y sus bolsitos de piel colgando al aire como pájaros de cuero. Tienen una belleza de cisne. Las comparo con la belleza barroca de las sevillanas, guapas, reguapas, pero mucho más frondosas.

Hay una literatura muy intensa sobre las orillas del Sena, la buena y la mala, como una simbología social o de lucha de clases. A mí todas me parecen buenísimas. *Rive gauche, rive droît*. Recuerdo ayer, cuando en la rue Jacob un Range Rover gris paraba un momento el tráfico. De él bajó un padre chulo y después una hija guapísima, cargada de maletas. Un motorista protestó y él le mandó a la mierda, mientras la hija ni se inmutaba: su mayor preocupación, conseguir sacar un buen encuadre de su obsceno equipaje, haciendo ver a sus amigos de Instagram que ya estaba de vuelta. Pero he perdido el hilo.

Sophie vive en la rue Petrarque, 15; *16eme arrondissement*. En mi mano, el papelito arrugado de la abuela con su caligrafía antigua de colegio de monjas. Es un edificio clásico en una calle tranquila y pintoresca. En la parte baja hay una aseguradora y un despacho de abogados. Los pitos de la calefacción surgen como chimeneas en la cumbre, clásica sombra y silueta. La entrada, adornada con gusto, parece sellada.

Llamo al telefonillo y me responde una voz de hombre. Filtradas por el interfono, sus frases se desdibujan. Intento explicarle con mi macarrónico francés el motivo de mi visita, pero él empieza a mosquearse y yo empiezo a dudar. Le repito el nombre de mi abuela y mi país, como si fueran un documento de paso. Él acaba desesperando, pero, con mucha educación, me pide un momento. Tras unos instantes de silencio suena una voz de mujer.

—*Bonjour*.

—¿Sophie Helleu?

—*Oui. C'est moi*.

Tiene un tono un poco duro.

—*Je suis le petit-fils de Cuca. Je viens de l'Espagne*.

—¿Cuca?

Hace una pausa y exhala un suspiro inquieto.

—¿Cuca? *Tu es sûr ?*

—Sí. *Oui*.

—¿Y por qué estás aquí? —me pregunta en un sorprendente español, sin apenas arrastrar las erres ni convertir la boca en *ge*.

—Me manda mi abuela. Quería que te saludara.

—Para saludar…

Hay otra pausa; a esta mujer le cuesta decir algo. Miro al cielo, que se está encapotando. Temeroso de no poder entrar, calculo la distancia hasta el hotel y si me dará tiempo a recorrerla antes de que caiga el agua encima.

—Está bien. Sube.

El telefonillo emite un pitido moderno y la puerta de la entrada se abre con una pereza mecánica.

Subo en ascensor y al salir me espera un hombre, entiendo que el de la voz, en el pasillo. Me hace señas para que le siga. Va vestido en blanco y negro, de servicio, como un mayordomo de novela, que a estas alturas de siglo XXI se parece ya solo a un disfraz de mayordomo. Tiene una calva reluciente a pesar de no ser muy mayor y anda en pasos cortos, espasmódicos, casi violentos. Saca unas llaves del bolsillo y me indica con un ademán servil que ya puedo pasar.

La casa de Sophie Helleu es de una elegancia antigua. Ella está mermada por la edad, sin duda, pero tiene el pelo cano recogido, moño fuerte, la frente despejada, los ojos claros y unas arrugas de reina. La serenidad de sus líneas solo la rompo yo, dejándole la boca torcida en un gesto tirante. Por lo demás, el cuello fino y apenas caído, una camisa azulada, pocos excesos de joyería, reloj plateado, anillo, orejas sin pendiente, manos de dedos largos y la impresión helada que deja en la edad la belleza solemne del pasado. Sigue en su silencio estudiándome y cuando hago el amago de darle dos besos se aparta con delicadeza y me tiende la mano. Pasa al salón y voy detrás.

Sophie se sienta en su sofá y me invita a hacer lo mismo. El mayordomo ha desaparecido.

—Bueno. No me esperaba esta visita. ¿Qué quieres exactamente? —me pregunta sin borrar esa expresión casi violenta de la cara.

—Mi abuela Cuca me pidió que viniera a saludarte a París.

—¿Y no te dijo nada más?

—Me temo que no. Ella es muy así…

—No entiendo nada. ¿No te habrá dado algo para mí?

—No.

—¿Ni siquiera algún mensaje?

No voy a decirle que el mensaje soy yo, porque creo que de alguna forma lo acabará entendiendo. Me incomoda no ser bienvenido en un sitio al que no sé por qué voy.

—No. Lo siento. Solo que te saludara. De su parte.

Con la desfachatez de la vejez ella me mira y me remira, me desgrana, me estudia. Intenta desentrañar mi visita. Es tiempo de silencio, lo que provoca la impresión de andar descalzo en suelo frío. De repente se levanta, me agarra la cara y me la pone de perfil, como si yo fuera su nieto y tuviera seis años. Se queda unos segundos leyéndome el rostro y veo, forzando los ojos, que ella suspira con una expresión de nervio y ansiedad, y huelo su mano y siento su ligero temblor.

—Eres igual que tu abuelo Ramón. Te pareces mucho. Mucho. Cuando era joven.

—¿Os conocíais? —Me doy cuenta de lo absurda que es mi pregunta según la digo.

—Claro. Y a tu abuela Cuca. Cuando vivían en París.

Sophie me ha soltado y ya no soy un niño.

—¿Qué ha sido de él? —me pregunta.

—Murió hace bastantes años. Ni le conocí.

Ella se atraganta un poco, hace unas respiraciones fuertes y luego parece controlarse lentamente. El desconcierto la abandona y se vuelve pesadumbre.

—A mis años ya se ha muerto todo el mundo.

Aparece el mayordomo de nuevo con una gran bandeja cargada de bebidas y de té. Las deposita en la mesa y se va. Sophie habla muy bien español, hasta usa frases hechas. Se sirve un vaso de agua y yo hago lo mismo.

—¿Y tu abuela?

—Mi abuela, bien. Está tranquila sola.

—No la he visto desde que se fueron. Eso es demasiado tiempo. ¿Tienes una foto?

Le enseño algunas en el móvil. La abuela sale con una expresión rara, dudo que me hubiera permitido mostrarlas.

—Está vieja. —Es lo único que me responde.

El agua tiene un regusto a pepino, que se extiende en mi boca. Trago saliva.

Las maderas de las sillas crujen de vez en cuando. Seguimos por un camino inofensivo, pero bajo la conversación subyace un diálogo oculto que enseguida capto, aun sin saber de qué estaríamos hablando. Ella me quiere decir algo y yo supongo que he venido a escuchar. Mientras tanto, se interesa por cómo van las cosas en España, me pregunta si vivo en Madrid, a qué me dedico, y cuando le contesto con evasivas casi agradece el gesto, dando por buenas mis maniobras de escapismo. Me entretengo mirando la decoración e intento ser agradable.

—Es una casa bonita. Muy parisina.

—Gracias. Aunque es un poco grande para mí. Soy mayor ya, ¿sabes?

—Sí que es grande.

—Cuando eres mayor, las cosas cada vez están más lejos.

No es una casa para una señora de su edad, no tiene los aparatos geriátricos que he visto en otros lados, los *gadgets* denigrantes que mi abuela oculta por vanidosa y que utiliza con cierta resistencia. Nadie se resigna a envejecer.

—¿Y te quedas mucho tiempo en París?

—Unos días.

—¿Conoces a alguien? Si necesitas cualquier cosa…

—Conozco. Pero muchas gracias.

—París ya no es lo que era, ¿sabes?

—¿Y cómo era antes?

—Distinto. O quizás soy yo. —Se señala con una risa repentina—. Quizás soy yo la que ha cambiado. Mírame. Aunque tú me estás conociendo ahora. ¿Verdad?

—Sí. Claro.

—¿Te había hablado tu abuela alguna vez de mí?

—No. Lo siento.

De nuevo un silencio. Hace un gesto de alumna tímida, la alumna que decide intervenir en clase y tiene que frenar ante el repentino cambio de tema, y se queda mirando callada al profesor con un halo de bloqueo y la boquita entreabierta.

—Voy a por más agua.

Se va con la jarra medio llena y regresa con la jarra rebosante. Me sirve lentamente, y luego se sirve ella.

—Tu abuela siempre ha tenido un humor muy extraño.

—¿En qué sentido?

—¿Por qué crees que estás aquí?

—Me figuro —y esto lo digo midiendo mis palabras— que mandándome a mí quiere deciros, a sus amigas, que está bien.

Sophie hace un gesto displicente.

—No, no es eso. No somos amigas. No conoces a tu abuela.

—¿Y por qué estoy aquí entonces?

—Es difícil. —La mujer mayor tiene una reticencia infantil que la rejuvenece por momentos. Yo dejo de entender.

Finalmente se decide. Abandona el sofá. Se levanta y se para frente a un aparador. Abre varios cajones, rebuscando entre ellos. Está agitada.

—Tu abuela quiere que te enseñe esto, lo sé —musita mientras revuelve todo. De espaldas, veo su esqueleto un poco encorvado, los hombros hacia dentro mostrando la menudez. Tras una pelea de papeles que parece fracasar, por fin encuentra algo.

—Ven —me dice dándose la vuelta. En la mano tiene un taco de cartas.

Cojo una y leo. Está en español.

> *Sophie, ayer fuimos como novios adolescentes. Estar contigo así me provoca una sensación extraña, ¡pero es tan dulce! Nunca en mi vida me he sentido igual. Si pudiera volver a hacerlo todo, si pudiera volver a elegir, elegiría este camino una y mil veces, deshaciendo todo lo anterior. Espero que tu boca no se acabe nunca.*
>
> *Te quiere,* ton petit secret.

Otra comienza así:

> *Ayer, al llegar a casa, estaban los niños dormidos. No quise despertarles, no quise oler su olor por no mezclarlo con el tuyo. Apenas pasan unas horas y ya estoy contando las que restan para volvernos a ver. ¡Si no fuera todo tan difícil! Aunque si fuera todo fácil, no nos querríamos así. […] Perdón, no estoy de acuerdo con esto último. Aunque lleváramos veinte años casados, yo te querría igual.*

Todas acaban con esa firma. *Ton petit secret.* Voy leyéndolas una a una, sin evitar siquiera los pasajes más íntimos.

> *Toda una semana llevo pensando en tu ombligo, en tus tetas, en morderlas y besarlas y no volver a probar nada que no sea tu carne.*
> *Tengo ese sabor en la boca y no se irá hasta que un nuevo sabor, también tuyo, sustituya al viejo. Espérame despierta mañana por la noche. Hay mucho trabajo y nadie notará nada.*

Las cartas se suceden en un torrente de confesiones, de citas clandestinas y arrebatos nocturnos. Se nota que están escritas con cuidado, apenas hay tachones. Los vuelos de las letras altas fluyen, hacen adornos en la cumbre, como divagando pensativas. Por fin, llego a la última.

> *Sophie. Ya no habrá más cartas que esta. Lo sabe. Lo sabe. Lo siento, amor mío. Lo sabe. No he podido negarlo, antes morirme que negar nuestro amor. Voy a irme de París. No puedo quedarme. Por favor, no me odies. Más me odio yo a mí mismo por no ser capaz de renunciar a todo. Pero no puedo. Tengo una familia. Sophie, nunca amaré a nadie como te he amado a ti. Ni siquiera a ella.*
> *No me escribas ni trates de encontrarme. Solo nos traería más problemas. Vuelvo a España. Ya es irreversible. Te quiero.*
>
> Ton petit secret.

Doblo la carta. Todo este tiempo, Sophie ha estado mirándome con los ojos vidriosos. Le devuelvo el taco y ella lo guarda de nuevo. Cierra el cajón. Quedamos frente a frente.

—Esto —me dice sin apartar ni un segundo la mirada, esa mirada aguamarina— no se lo he enseñado a nadie nunca.

Hay un silencio sordo. Su respiración se acelera y el tono de voz, duro, se le quiebra largamente.

—¿Qué estás pensando?

No consigo responder.

Sophie Helleu ha recuperado por un momento la luz anaranjada del tiempo, la pulpa de los días, la mano que se desliza por la espalda y hace un arabesco tenue en la frontera del culo. La lengua y la manzana. Pero se le apaga.

—No debería habértelas enseñado —dice de repente, nerviosa—.

Vete, vete. No entiendo qué quería tu abuela.

Empieza a empujarme hacia a la salida. La situación se vuelve violenta.

—Fuera. ¡Mathieu!

Intento contestar, defenderme, decir algo, pero el francés y el español se me funden y olvido los dos. A toda leche, aparece el mayordomo y me señala el camino, con cierta premura. Se ha contagiado de la prisa de la dama.

Me cierra la puerta cuando casi no he rebasado el hall y siento el tortazo de aire en la espalda. Un hormigueo intenso en la punta de los dedos. Tras la pared, oigo a Sophie suspirar.

Mon secret, mon petit secret !

XXIX

Está chorreando y me he dado cuenta ya en el portal, saliendo a la calle; no puedo volver para pedir un paraguas. Espero fuera, cubierto por los salientes, y traicionando mi eterno paseo pido un Uber. Cuando por fin llega veo desde el coche la figura del mayordomo, que me observa desaparecer asomado en el balcón. Luego él también desaparece.

—*Hard day, my friend?*

—*Yes. Very hard.*

Mohammed me lleva al hotel Costes y le puntúo cinco estrellas. El puerta de la entrada, viéndome tan extraño, no sabe si ayudarme o prohibirme el acceso, pero enseguida reconoce mi cara del día anterior y pasa a tratarme con un servilismo moderado. Va más arreglado que yo.

—*À votre service, monsieur.*

En la habitación dejo las cosas y me derrumbo en la cama. El mundo de terciopelo rojo y luces suaves me empieza a dar asco, me empalaga, me envuelve en una seda de mentiras, pomos que giran de puntillas, temblor y *do not disturbs*. Es una trampa. La alegre despreocupación, el caviar ligero de la carne, las bocas afiladas: todo se hace crudo e indigesto y siento un regusto de sangre y sombra, de abortos y de hoz. Estoy viendo las entrañas en las que se pudre la vida (violeta y azul, como el nervio duro del steak).

De mi frivolidad, de mi apatía, de mis impulsos, de todo eso ya hemos hablado, ya me he despiezado bastante, soy un cerdo abierto en canal. Pero conocer la vida de los otros, la suciedad concreta que se pega como una mancha en la ropa…

Fumo. El pitillo, siempre el pitillo, como si el pitillo fuera a calmarlo todo. Dejo que rasque. Hay también una literatura de pitillos, una elegancia de fósforo que ha ido languideciendo hacia las fotos de cubierta y el vapor. De las copas y la gloria nos queda un cáncer venenoso que se exhibe sin rubor en las cajetas, la mitología del galán diluida en pobres zumos sin burbuja. Empiezo a respirar con pesadez.

Tengo que abrir las ventanas, es inaceptable que se pueda fumar en una habitación de hotel. El tabaco impregna las butacas y la cama, las quema, pero de repente recuerdo que en París llueve y el suelo se empaparía. Me quedo a solas con esta densidad, con el mármol frío del baño y las cerezas de bienvenida, el fruto oscuro que envejece en un bol blanco. En calzoncillos, frente al espejo, compruebo mi palidez, estudio la figura escasa, antes altiva, luego huidiza y hoy en guerra. Los gestos, los huecos, ahora se rinden al escrutinio de los ojos; no es

la ducha mañanera, su saludo eréctil sin destino: estoy haciendo una disección de mi familia, la cara de mi abuelo, las manos de mi madre, los rasgos que heredo sin quererlo, la carga genética que no solo florece en el cuerpo, también en los humores, los principios, el deseo. Estas afinidades selectivas que siento crecer por dentro como una espina maldita.

¿Heredo también el romancero de Ramón, abuelo estatua? ¿Su caída? Adiós al mito limpio, busto claro, ojo recto. No pierdo un referente porque de las figuras lejanas se construye una narrativa falsa y el que se la cree vive en una realidad filtrada de mentiras. ¿Pero y lo que llevo dentro? La desesperada y casi ridícula agonía sensual de nuestro abuelo; el humor negro de la abuela que me envía a mí, el nieto calco, a la casa envarada y solitaria de Sophie. Tienen los viejos unas ganas de joder que no tenemos los chavales.

Qué inocente todo, por otra parte. Creen los hombres adúlteros que su locura es única y no se parece a las demás locuras, y por eso cuando se destapa hay un golpe de certeza; la consciencia, ya presente, de que la han cagado como cualquier otro, y el precio inmenso que se paga.

En mi figura hay restos de esto y de lo otro. Pálido y desnudo, termino de desentrañarme. Recojo la toalla y me ducho como si estuviera sucio.

La ceniza, que ha caído al suelo, es lo único que rompe. Los humos de colilla van muriendo y se pegan a los cuadros.

Hoy no deseo buenas noches.

XXX

Amanece, pero tampoco hay mucha luz. Yo me enciendo poco a poco.

En las fotos que vemos de los abuelos la gente va siempre elegantemente vestida, ya sean ricos o pobres, feos o guapos; tienen un afán, claro, de mostrarse en su mejor disposición, de que la ropa les realce, les mejore. Hoy, día gris en Île-de-France, me visto así: con la misión secreta de levantar mi aspecto a sus cotas de esplendor. Tenían esa cosa en común, la gracia, el arreglo, el socialismo de pana y la divinidad de lino que veraneaba en Cannes.

El rumor cortante de Ramón se ha disuelto en el sueño y vuelve ahora como un pensamiento jocoso, una broma, un destino más del *flâneur* al que ya, a estas alturas, nada le sorprende, porque nada le puede sorprender nunca. En la cama, lista, mi ropa. Me perfumo, hago mis rituales de higiene, mi lento deambular por las esquinas del cuerpo, y ya florido y ligero voy entrando en este atuendo, esta extensión de mí tan elevada. Despido al hotel Costes reconciliado, superando mi agobio repentino, y deseo solemnemente volver a él con la frente despejada y más ganas de lujuria. Habrá una próxima vez.

—*Au revoir*.

—*Au revoir, monsieur*.

Mañana haré el *check out* y un coche negro me llevará a París-Orly.

Mi marcha aterriza ya en el *7eme arrondissement*. Qué gusto encontrarse en la rue de Bellechasse, alejado de las grandes avenidas, y quedarse aquí, en esta acera estrecha y limpia, viendo cómo abren la *brasserie* Nicole. Luego la rue Vaneau, continuación de la primera. Me acuerdo de Aguilera, Carranza y Sagasta. Se respira un ambiente residencial. Oigo los platos de una cocina en marcha.

Más adelante, a la derecha, la rue Babylone. Pienso en *Baby Alone in Babylone*, disco que Gainsbourg compuso para Birkin. En las decisiones que tomamos al precipicio hay un cierto aroma de destino, como si los nervios y el sonrojo fueran un anticipo de algo. Los pasos, de repente solitarios, golpean las paredes desconchadas.

Subo rue d’Estrées y atravieso la Avenue de Breteuil. En la Place Vauban, una enorme catedral de cúpula dorada, como un huevo de oro. Los niños que juegan en el parque se extrañan al verme, desconfían del adulto que, sin ser un viejo, no produce, no habla por teléfono, no esprinta. El joven adulto que, vestido como tal, no foguea con los maletines. El hombre que pasea su tiempo como si fuera infinito.

Todo esto atraviesa mi ceño fruncido, el rostro serio, la nariz de águila imperial que también heredo de mi madre. Voy cargando todo

en la tinta de mis ojos, escribo un libro subterráneo que va dejando huella en el camino, sendero y fin que acumula su poso en palabras. En la Avenue de Segur, edificios rectos de principios de siglo que me recuerdan a Nuevos Ministerios.

Esto es muy tranquilo. Aquí no hay nadie por la calle.

En el Boulevard Garibaldi, una vía elevada de tren, cierto sabor americano y oscuro. Letreros en árabe y algún color desencajado. Es la frontera entre el París que sueño y el que es.

Rue Alexandre Cabanel, 8. Aquí por fin. Apago Google Maps y me siento en la placita de enfrente. Enciendo un cigarrillo. Huelo a champú de hotel, acondicionador y eau de toilette. Mediodía y un sol tibio que apenas traspasa los bancos de nubes. El tiempo va cayendo.

Miro el reloj, regalo de mis padres, joyería inútil en la era del smartphone. Mis padres. Apenas he hablado de mis padres. Mis padres es como si nacieran ahora, en este lugar tan inapropiado, mientras espero mi destino. Los hijos querrían matar al padre para auparse a los hombros de la vida, eso dice Freud, solo que de una forma más clínica. Yo estoy naciendo a mis padres, ahora, en el desenlace, cuando nada reclama su concurso ni tienen hueco en la historia. Qué inapropiado. Como las erecciones adolescentes en misa.

Me ruge el motor del vientre, el estómago, el vacío. No hay nada más allá de un kebab turco. No me quiero alejar, tengo que estar pendiente de la calle, de la puerta cerrada del número 8. Me decanto por el cartelucho de colores imposibles. Huele a fritanga en la entrada y apenas un par de hombres secos desmenuzan la carne con los dientes. La iluminación recuerda a un hospital y el suelo tiene ese inexacto color blanco plástico y pulido, con grises pegajosos, baldosas y rumor a cuarto de baño mal desinfectado.

El sabor agrio del kebab, la salsa de yogur. Las recenas de verano. Suerte que tengo algún chicle de menta. Previamente me pongo una servilleta de papel a modo de babero, no vaya a estropearlo todo con una mancha indecente. Trident hará su efecto más tarde, refrescándome la boca de este caluroso azar de pan de pita.

Vuelvo a la placita. Todavía es pronto, supongo. Tengo tiempo para esperar.

No sé los nombres de las flores ni las plantas ni los árboles. En este jardín escaso, podría enumerar de carrerilla mil versos de Baudelaire y apenas superar la primaria de la margarita y el rosal. Nos llenamos de palabras y abstracciones, pero nuestro saber es tan deforme que olvida países enteros, buceando en otros tantos hasta el fondo del baúl. Estoy indefenso ante el verde. Ni los troncos pelados, oculto su follaje, colaboran dando pistas a mi mudez contemplativa.

Cada vez que pasa alguien, siento un temblor sobre la espina. Todo vale, incluso en las figuras que son obviamente ajenas a la figura que

espero: hasta esas me provocan la esperanza del milagro, el fallo de los ojos, las luces que transforman siluetas y ocultan su frontera. Veo pasar un estudiante que divaga, una señora mayor, dos hombres que conversan amablemente y hasta ríen las gracias del otro. En la puerta del 8 se suceden escenas cotidianas que no importan en la vida de sus protagonistas, pero que en la mía son un episodio nuclear. Si supieran lo providenciales que son sus idas y venidas, sobreactuarían de algún modo, como un intérprete novel ante el acoso de la cámara. Pero aquí están, silenciosos. Transitando frente a mí. Este es mi último gran escenario. El acto que cierra la conversación.

Noto que empieza a oscurecer y mi pulso se acelera. Las noches tienden al equilibrio del canto de un duro. Pueden caer a cualquier lado. Si cogiera una flor sería Lord Byron. Si cogiera una flor sería Baudelaire. Pero no sé cómo se llaman estas flores. ¿Cómo iba a cogerlas? Lo que no se puede nombrar no existe.

Pasan más personas y ya es de noche en París.

Jane dobla la esquina y aparece frente a mí. No sufro ni la emoción de la incertidumbre. Inmediatamente sé que es ella. Camina bajo la luz anaranjada y triangular de las farolas. No me ha visto. Lleva dos bolsas de Carrefour. Parece ir escuchando música. Viste entera de negro, con un abrigo largo y sinuoso de solapas levantadas. Apoya las bolsas en el suelo, rebusca en sus bolsillos y saca por fin un juego de llaves. Empuja la puerta con el pie y entra al edificio.

Media hora después, regresa a la calle. Se ha cambiado de ropa y lleva el pelo en un moño. Ese estilo estudiadamente desastrado le favorece mucho. Habla animadamente por teléfono, pero mi francés no alcanza para interpretar sus palabras. Ríe y gesticula bastante, y en la calle silenciosa solo su voz y mi respiración cortan un poco el aire frío. Sin dejar el móvil, saca de su bolso un pitillo y, tras pelear unos segundos con él, lo enciende con el mechero. Sigue hablando muy graciosa, supongo que será una amiga o un novio. Justo cuelga cuando aparece por fin su Uber, un Fiat negro y alargado. Ella tira el pitillo a la mitad, saluda al conductor y con el concluyente sonido del portazo pone fin a nuestro encuentro.

Cuando el coche se aleja me doy cuenta de que estoy agazapado tras un banco y que el rocío del césped me está humedeciendo el pantalón. Me levanto con cuidado y emprendo mi camino de vuelta al hotel. A pesar de la contaminación lumínica, se ven algunas estrellas en París. Tarareo una canción tonta, un estribillo que escuché en la radio en Madrid hace algunas semanas y que ahora vuelve a mi cabeza.

> *I love it when you call me* señorita
> *I wish I could pretend I didn't need ya*

Un patinete eléctrico tirado al borde de la acera llora de óxido y pena. Lo levanto y lo dejo apoyado contra un muro. El futuro se

desliza. Buenas noches.



Cuarta parte

XXXI

Me pongo morado de almendras fritas y gin tonics en el bar del aeropuerto. El vuelo se hace corto porque me quedo dormido. Al despertar, el violento traqueteo de las ruedas contra el suelo y ya está aquí Madrid, gris y encapotada.

Llego a casa, tiro mis cosas sin ningún orden. Compruebo que el desastre que dejé al marchar no se ha solucionado solo: los platos y los vasos sucios, el cenicero lleno de colillas, libros al tuntún y la luz del baño encendida. Abro las ventanas para que ventile todo, dejo a la casa respirar y las maderas de las ventanas crujen de agradecimiento. Tengo la sensación de que el aire que entra no es tan frío. Mi calle está silenciosa y apagada, apenas un portero asoma la patita con sus instrumentos de limpieza para adecentar la orilla de su portal.

Ahora es cuando debería sentarme a pensar, a transcribir el exorcismo, pero no soporto estar más tiempo a solas.

A pocas manzanas de mi casa hay un bar al que iba yo de vez en cuando.

Entro y me invade la desolación. Además del dueño, solo hay un viejo sin afeitar que está leyendo el *Marca*. Tiene la piel amoratada. Me pego a la barra, pero en el extremo contrario al suyo. Pido un gin tonic. El vaso no está limpio del todo. Junto a mí, cubiertas con cristal, filas de tapas imperecederas y duras de comer. Recito nombres de una alineación fantasma: mayonesa, huevina, salmonelosis y colitis. Poco a poco me acuerdo del bar, de Madrid, de la vida y de España. Niño frívolo y fantástico ahogándose frente al menú del día.

Por si acaso, apuro la bebida y muerdo los hielos. El tiempo pasa. Me voy mamando como un piojo hasta que son cinco gin tonics que me acabo de beber y salgo dando tumbos a la noche madrileña.

Las nubes huelen a azufre.

Bordeo unas vallas, camino un poco endiablado, no levanto la mirada. Hay apostados, como en las últimas semanas, varios camiones de televisión. En la plaza de la Villa de París me detengo a encender un pitillo.

—¡Oiga, oiga!

Me giro y un policía está corriendo hacia mí.

—¿No ve que no puede estar aquí? ¿No ha visto las vallas?

—Disculpe —digo sin levantarme.

Se para frente a mí el policía, que es un tipo grande y joven con barba de tres días.

—Tiene que marcharse.

—Voy —contesto, aún sin levantarme—. Espere a que me termine

mi pitillo.

—Le insisto en que tiene que marcharse. No puede estar aquí. ¿Quiere tener un problema?

Le sonrío con una carita de perro muerto.

—Yo no quiero problemas con la autoridad.

Hago el amago de ponerme de pie, pero solo es para arreglarme los faldones del abrigo. Me había sentado encima de ellos.

El policía me agarra fuerte del brazo y tira, irguiéndome con violencia de un salto involuntario. El pitillo vuela de mi boca y cae al suelo. Me quedo un poco contrariado.

—Una última oportunidad.

—Está bien. Me voy.

Me voy. Me duele el brazo. Bajo hacia el barrio de Salamanca. En la calle Jorge Juan la gente está acabando de cenar. Me paro a ver los cuerpos elásticos y duros de las mujeres que fuman a la puerta de Amazónico. Las señoras mayores las miran de reojo y hacen gestos de desaprobación; sus maridos pierden el hilo de las conversaciones. El ambiente selvático, el oro, la carne y el murmullo de las voces cada vez que alguien abre la puerta del lugar. Me gustaba más el Costes. Aunque solo fuera por la gama cromática.

Sale una chica, casi adolescente, con un vestido verde que da frío de verla. Tiene pequitas, la piel pálida, extremidades largas y los rasgos de la cara muy marcados. Se le enredan las venas en las manos. Una serpiente de plata rodea su antebrazo, da fe de la finura, del temblor, la languidez. Las modelos en persona tienen cierto aire desvalido. Sopla helado y a pesar de su hieratismo se le eriza el vello de los brazos. Está esperando. Me acerco, gracioso, y hago un gesto como de prestarle mi abrigo, interpretando un numerito de comedia trasnochada. Lo rechaza con amabilidad y justo después sale un hombre del restaurante con un plumas negro de Prada. Ella se lo enfunda. Hago otro gesto de mimo borracho, apartándome muy ceremonioso, y no puede evitar reírse. Y qué risa tan frágil.

Suena un murmullo más intenso, las puertas se abren. Del local sale Vinicius, el delantero del Real Madrid. Es bajito y petadete, como un bloque de cemento o un coche americano. Va cargado de diamantes y de brillo. Agarra de la cintura a la adolescente abrigada y después me sonríe. Al ver esa boca grande con los dientes tan blancos, le sonrío yo como si me fuera a estallar la cara. Qué bocota, Vini. Una sonrisa como un Airbus en el aire. La viva imagen del éxito. Después aparece un Mercedes oscuro y se los lleva a otro lugar.

Me siento en un banco unas calles más arriba. Me está entrando sueño. Voy a tumbarme un poco, aunque sea un minutito.

La noche se me apaga a cucharadas.

Despierto con el ruido de un camión de la basura. Está casi

amaneciendo. Me arde la garganta y siento un fondo de catarro. Me incorporo lentamente y ando el camino hacia mi casa.

El espectáculo del sol naciente, en esta madrugada clara, no emociona ni conmueve al *flâneur*, si acaso lo agobia. Los peones del trabajo no son figuras poéticas ni el rompeolas de la frivolidad. Tampoco autómatas de los que burlarse. Poco a poco, hormigas responsables van poblando las aceras, el mundo sigue su curso y yo me desespero.

En las orillas de mi casa alguna cara conocida me amenaza con su auxilio. No va más allá del mero gesto de sorpresa, las cejas arqueadas, quizás un suspiro condescendiente —soy demasiado joven para dar otro tipo de pena—. Sigo recto, sin levantar los ojos. El viento silba en las esquinas de los coches.

Cruzado el portal, ya en las escaleras, pierdo el equilibrio de puro atontamiento y me golpeo en la cabeza por no poner las manos. Debería haber usado el ascensor. Unas gotitas de sangre me resbalan por la sien y una de ellas va a parar al ojo, irritándolo. Me arrastro como un náufrago hasta la puerta de mi casa y me meto en la cama sin quitarme la ropa ni frenarme el dolor. Al menos tengo la decencia de bajar bien las persianas.

XXXII

Me despierto con sangre reseca en la cara y la almohada hecha un cristo. Me hago una curita de emergencia, me lavo y me ducho con cuidado. El dolor me resulta menos intenso de lo que podría esperar. Me sorprendo pensando en la adolescente de Vinicius.

¿De repente existen las mujeres?

Yo guardo un recuerdo, tampoco tan lejano, de mi vida anterior. Vuelve a mí con la claridad de la nube que se aleja. No es un listado de trofeos ni una venganza sexual. Es el mapa de mi relación con el pasado: un canto al siempre sugestivo encuentro con lo opuesto. El deseo como misterio irresoluto, cola de perro, intriga perpetua. Ese golpe de suerte que me convertía en don Juan o seminarista virgen. Las mujeres.

Recuerdo a las niñas pijitas, que tanto me gustaban, siempre educadas, guapas, sonrientes, siempre floreciendo, siempre ajenas a lo malo, delgadas, destripadas de su instinto básico, lo sexual latente como un bebé dormido, oculto tras la religión y el BMW. Iban madurando, se volvían un poco más o menos mujeres, de repente querían ser serias y presentar padres, componer apellidos y a Felipe le llamaban Felipón o *mi gordo*. Todas traían una sensación de ligereza porque, aunque quisieran compromiso, la vida tampoco iba tan en serio.

Recuerdo a las modernas, las luciérnagas, el top fluorescente, las poses, esa foto continua de la vida, el retrato jamás interrumpido, su refrescante veleidad, tan distraídas, tan alegres, tan suyas. Qué tristeza nos entraba cuando, al destaparles la carcasa, veíamos que su niñez era falsa, que no estaban tan locas, que simplemente se lo hacían, y como eran divertidas y sexis los demás les perdonaban los disgustos. Quizás nos fumásemos un porro o quizás ellas ya vinieran colocadas, pero cuando el temblor se disipaba nos quedábamos a oscuras. Las modernas me gustaban más como proyecto que como realidad, porque en la realidad se agotaban enseguida.

Recuerdo a las activistas, si es que tal cosa existe todavía. Me ruborizaban porque eran mucho más conscientes que yo y a uno le entraba un sentimiento de culpabilidad genérico, difuso, la caza furtiva de elefantes o el lobby petrolero. Las mujeres jóvenes de izquierdas ante todo eran conscientes y el peso de la injusticia les hundía los hombros. Había que remar contracorriente y ponerse un poco en guardia, con cuidado de no decir o no hacer esto y lo otro porque, de entrada, siendo como soy, era de los malos. Luego ellas veían que con la retórica y el amansamiento se podía lidiar conmigo, y

enseguida me llevaban a sus pisos pequeños, atestados de libros y baratijas, el humo del tabaco de liar ya pegado a las paredes como un cuadro. Acababan mostrando sus cuerpos sin el menor afán, sin duelo ni alboroto, y la carne sin el misterio femenino se volvía seca, inerte, y estas chicas vivían en un caos a perpetuidad, no el caos alegre de las modernas, un caos de ediciones compradas en librerías de segunda mano. Una vez terminado se sentía uno menos vivo, como si le hubieran chupado la energía, y ellas seguían con su cuerpo descubierto, sin pudor, liándose un pitillo y dejando que la luz de la mañana hiciera sombras feas en sus cinturas sin gracia.

Recuerdo a las latinas, las niñas ricas y locas que venían a Madrid vía Miami y se enamoraban de Europa, de la noche, del dinero y de los clubs. Todos los restaurantes buenos de Madrid hacían un show para los mexicanos, les cortaban el Jabugo en directo, soltaban un cantecito lejanamente bello, las angulas del norte, Vega Sicilia del 93 y cosas así. Eran estas latinas tan coquetas, tan maternales, tan vagamente tradicionales que uno tenía la sensación de estar tirándole la caña a su abuela. Luego, por supuesto, iban a tope de anglicismos, eran encantadoras, sexis, se nos hacían extrañas y a la vez nos atraían, pero es que estas ricas latinas tradicionales todavía creían en el príncipe azul, las flores y el bombón, y yo ya estaba de vuelta y media con mi sano cinismo madrileño como para andar poniéndole ojitos a la Bella Durmiente.

También recuerdo a las mujeres un poco más mayores, treintañeras largas, que a veces querían complacer y decir cosas bonitas, y otras veces se avergonzaban de repente y te trataban con desprecio, como a un niño pequeño. En el primer caso siempre comentaban lo bien que hacías todo, te acariciaban mucho el pelo, sonreían y recuperaban la alegría, pero eso era porque se sentían solas. Había para ellas un triunfo en seguir resultando atractivas, un «aún lo tengo» que, con los calvetes y fondones de su edad, no relucía tanto. Las que te trataban mal eran las que pensaban que todavía lo tenían y de repente se descubrían deshaciendo la cama con un niño, no un hombre de verdad, y la aventurilla les parecía un paso atrás en su recta trayectoria. Nunca se quedaban a dormir.

Recuerdo a las poetisas, eternamente fascinadas, eternamente descontentas, apresadas entre versos de palé y nicotina. Las poetisas veían en mí no una persona, sino una obra, y como mi obra es incompleta vivían una decepción tras otra, se tatuaban arte modernista por el cuerpo y aspiraban a la redención que no llegaba, el teatro, la función. Mientras tanto, su talento se vertía en cuartillas autoeditadas, modestas publicaciones que aspiraban al milagro. Su frustración caía en bucle: el hombre, en su egoísmo sempiterno, quería musas y no artistas. Las poetisas funcionaban en las redes y fracasaban

en la vida.

Recuerdo a las niñas amazonas, con sus cuerpos vagamente masculinos, su sonrisa sana, el deporte como molde y medida del mundo, sus andares de felino electrizado. Tenían un porte tan risueño que en cualquier momento podían lanzarse a jugar al pilla pilla; se llevaban la comida en tuppers y veían el alcohol como un lujito, una licencia semanal de sombrilla y hielo picado. Nunca terminaba congeniando con las amazonas, ellas querían sol y campo, y yo quería mancillarlas, ensuciarlas, porque la posesión es un acto de íntima suciedad, de avivar lo malo, y yo, aunque no siempre he sido escritor, siempre he ejercido de maldito.

Recuerdo a las erasmus de Madrid, enormes rubias de jardín cuadriculado, su borrachera de domingo y las resacas de basura, tiradas y retiradas, las braguitas de bandera tendidas en el hall. Estas mujeres del norte, por ser de escuadra y cartabón, se me hacían insondables. En su eterno pragmatismo, lo físico se parecía en ellas a una disciplina gimnástica; hasta en emociones querían ser eficientes y por ello ahorraban al extremo. Todo lo que no condujera a la cama era superfluo e incluso ahí se aplicaban con un fervor mecánico. La relación era un contrato satisfactoriamente rubricado. Estas chicas del norte se me acababan rapidísimo, porque no eran femeninas ni sentían que la vida hubiera que disfrutarla. Sí, salían y se tajaban, pero en un horario restringido y programado. No podían dejar una tarde pasar. Media hora para el sándwich y al camino.

Recuerdo a las jóvenes trabajadoras, imbuidas de responsabilidad, su ritmo, su perfil, los horarios imposibles. Había siempre otro hombre por encima, un socio, un abogado, un jefe al que responder con una sumisión completa e indecente. En esas citas de escasez siempre tenía el miedo de la llamada irrechazable y frente a mi alegre algarabía solo encontraba el imperativo del trabajo. Vestían con unas blusas preciosas, llevaban el pelo recogido y las uñas cuidadas. Cuando por fin podían dormir, se agarraban un gran ciego y el día era un horror, con el móvil asfixiado de llamadas perdidas. Eran brillantes y estaban eternamente compungidas, pero luego hacían cosas de niña y lloraban por no sé qué, quizás para compensar la contundencia de lo adulto. Llevaban unas ojeras de bandera y cuando caían en la cama solo querían descansar.

Recuerdo a las *bloggers*, las flores de la moda, las reinas del patio digital. Estaban morenas todo el año y en persona parecían más bajitas que en las fotos. Había un sentido del compromiso muy intenso, porque en cuanto nos dábamos tres besos querían inmortalizarlo todo. Por muy desenfadado que uno fuera, entraba cierto paniquillo de verse expuesto así, a través de una pantalla, y compartir privacidad con tanta chavalita. En la vida real no sonreían tanto, de hecho, las

bloggers lloraban, lloraban mucho, lloraban como magdalenas porque les pasaba eso de la vida es sueño y como tantos otros no distinguían qué parte era ficción. De tanto lucir, de tanto brillar, se apagaban como un rayo. Luego, cuando se recuperaban, volvían a la rueda del sarao y te pedían que fueses con ellas, y su amigo gay se desquiciaba. Nunca éramos suficiente para los amigos gais. Mientras tanto, las *bloggers* se envalentonaban y te llevaban con pasión al cuarto de baño, vete tú a saber por qué. Si tenían sentido del humor, te mostraban los penes que recibían por mensaje privado.

Recuerdo a las niñas que querían ser mayores, las nínfulas de dieciocho o diecinueve que, hartas de flequillos indolentes, buscaban un pasatiempo completo. Se encaramaban al mundo como gatas, tenían a su favor la tersura de la edad, la inocencia bien disimulada, y querían comprobar si era verdad eso que se decía de los hombres. Luego eran un poco bruscas y a la vez lo esperaban todo de ti, porque hay cosas que en la vida solo se aprenden con el tiempo. Aunque quisieran jugar a ser Lolita, se acababan rompiendo en mil pedazos. Después había que consolarlas y el tránsito de amante a padre se hacía indigesto para ambos.

Por último, recuerdo el día que te conocí, Jane. No fue en un Olimpo preparado. Yo no habría podido entrar ahí. Fue en una fiesta, rodeada de gente normal, sonaba música de la que me deja indiferente, tenía un vaso de tubo aguado y una americana que ahora me parecería estúpida. Acababa de cortarme el pelo y lo llevaba un poco raro. Fue un amigo el que nos presentó, aunque él no te conociera. Todo empezó como una broma. Me pareciste un poco loca, también me pareciste de una belleza infinita. Nos dijimos cuatro tonterías y de repente estábamos a solas. No recuerdo de qué hablamos, solo sé que daba igual. Yo tenía en la cabeza una antología poética más bien acelerada.

Al día siguiente tuve que madrugar muchísimo para coger un avión y me dio la sensación de que había sido un sueño. Así empezó todo.

Las cosas regresan a mí como si hubieran estado largo tiempo ocultas, eclipsadas por un recuerdo que se empieza a disipar y deja, tras de sí, la luz de quirófano del mundo. Tendré que regresar a esto, desentumecer los ojos, las palabras, pasear, pero no en un diálogo de ausencia, sino en contacto con la vida. Yo vine a cumplir mi destino y ahora me encuentro con que mi destino era simplemente una fase. Un nuevo mundo empieza.

¿De verdad quiero empezarlo?

Me está doliendo la cabeza. Buenas noches.

XXXIII

Pasan los días como camiones de basura. Mejoro lentamente: el chichón se me desinfla poco a poco. El tiempo, en general, hace que las cosas pierdan importancia, y así los sucesivos agobios se van haciendo pequeñitos. Luego vienen otros. Nunca se termina de perder el lastre del pasado. Está en permanente construcción.

Rozo el chichón y la cicatriz al peinarme, y una punzada de dolor me estremece la cabeza. Tras el ardor inicial, el malestar va disminuyendo hasta restituirme a mi estado original: esta llanura, el simple hecho de no sentir dolor, se vuelve placentera. Me vuelvo a tocar el chichón, ahora con intención. De nuevo el cráneo de cuclillas hasta que el latido del dolor se desvanece.

El dolor físico es muy bestia, pero tiene un principio y un final, aunque ese final sea la muerte. La tristeza, que yo consideraba un accesorio, lo empapa todo, y cuando te sumerges en ella te convences de que la vida es así, que no hay más ni menos, que esa cabecita gacha es la cabeza que has tenido siempre. Como en las drogas, uno cata esa tristeza por primera vez, se la enfunda como traje y comprueba que pasear su abrigo largo y su pelo despeinado es una forma de lucirla, de hacer personaje con ella. Luego, no se sabe cómo, la tristeza pasa a ser el argumento principal, y es lo demás lo que se hace prescindible.

La pasividad que nace en la tristeza es un narcótico potente, un mareo que te ata y te impide funcionar. Los hombres enérgicos no pueden estar tristes, no tienen tiempo para ello. ¿Será así como se esquiva la tristeza? ¿Simplemente distrayéndose? Dicho de otra forma, ¿es posible ser conscientemente feliz? Quizás sea como respirar: en el momento en el que te das cuenta de que respiras, ya tienes que repetirlo de manera voluntaria, hacer tú el esfuerzo de respirar. El esfuerzo de ser feliz.

Pero para ser feliz hay que tener esa predisposición. Y yo no la tenía. Ni siquiera tenía una predisposición hacia el presente. Quizás mi nuevo oficio de escritor me incitaba a adorar las historias pasadas, complejas, ya sabidas, reverenciado a una pompa perfecta. Solo mi sentido del humor me ha salvado de esa tristeza masiva. De la práctica inutilidad que tienen los depresivos, los nostálgicos, es decir, los que no viven el tiempo que vivimos todos.

Se me está desinflando el chichón de mi propio personaje.

A veces hasta me daba pánico la vida corriente, las tiendas, el pan, la gente. Por eso he paseado tanto. Incapaz de vencerme a mí mismo, fui disolviéndome en el mundo, dejando todo de lado. Mis amistades,

mi trabajo, mi familia. Pensaba que reverenciaba a Jane, pero en realidad reverenciaba la tristeza. Aunque me da palo llamarme artista, quizás los artistas sublimamos el abandono como método para crear, cuando la verdad es que no hay obra de arte capaz de redimir nuestra más ínfima miseria. Los libros son solo cuidados paliativos, no atacan a la enfermedad. La realidad está frente al espejo, es el chichón que estoy desinflando ahora.

Mi tristeza es egocéntrica porque me encierra en mí mismo. Para la felicidad hay que despegarse un poco de lo propio. Incluso los egocéntricos felices son siempre un poco tristes. Alguien dijo aquello de «no me gustan los halagos, porque nunca son suficientes». Así he vivido yo, paseando mi misterio con esmero. Ni me alegraba de las desgracias ni me entristecía por los logros, simplemente me daba igual, despreciaba completamente todo aquello que no fuera Jane, el personaje, el libro, la decadencia, la poesía, la juventud, la frivolidad disfrazada de prestigio, el lujo y la aristocracia.

He sido adolescente por última vez y ya toca a su fin. No quiero hacer moralejas con esto. Me horripilan las fábulas. No he querido contar nada para instruir a nadie. Cada uno va descubriendo su camino y este nuevo desvío no tiene por qué ser bueno.

De hecho, ser feliz no es ser bueno. Ser feliz es ser activo. Y en la malicia también hay actividad.

XXXIV

Bajo la Castellana como una bola que rueda, con cuidado de no aplastar a nadie con el peso de mi paseo. Están los días menos plomizos últimamente, sacando algún rayito más intenso; empiezan a aligerarse los abrigos, las bufandas ya no ondean tan intensamente al viento. Ayuda que la avenida sea recta, porque cuando uno pierde un poco el norte se desvía con facilidad, sin saber muy bien adónde pretende ir. Es de día. No encontraré esos coches en los que unos jóvenes amigos se juegan la vida y los controles de una discoteca a otra.

Dejo atrás Azca, donde los niños prueban a vivir en Nueva York forzando el encuadre de sus fotos. La Torre Picasso conecta con el Palacio Real, hay algo puro en las líneas negras y blancas, en la monumentalidad de lo simple. Es un dibujo que se prolonga hasta el cielo. En Azca se hacen muchas cosas, porque todo el mundo tiene prisa.

Luego, cada ciertos metros, rotondas y esculturas. Madrid homenajea a sus héroes con pudor, guardándose la mano, como si no quisiera gritarles vivas demasiado alto. No hay figuras indiscutibles. Para una parte del país, derribar los mitos es sentido del deber, porque nadie era tan bueno ni tan limpio, algo de mierda hay, algo de lo malo que nos ronda la cabeza también florecía en las maldades de esos hombres, tan aparentemente ajenos al suplicio de la mediocridad. Por eso las esculturas son pequeñitas y menores. Para no encender los malos pensamientos de la gente.

Puede que también sea por nuestra endémica falta de pelas.

En Colón, la niña silente de Jaume Plensa me da cierto sosiego. En medio del ruido, una cabeza blanca esculpida con delicadeza y ojos cerrados. Cierro yo también los ojos.

Escribir es encontrarse con las cosas. A cada frase que escribo, más cerca me encuentro de mí, y a la vez la vida avanza y me aleja de mi cola, como un perro. Por eso llego al final del libro y descubro que no acaba. El libro del escritor solo se acaba con la vida, porque el escritor tiene un único libro que es la mirada que posa sobre el mundo, y luego va haciendo versiones. He querido plantear mi vida como un libro y ahora descubro que no tiene introducción, nudo y desenlace, sino que es un tronco de árbol y yo, como mucho, puedo aspirar a cortar un fragmento para desplegar las vetas, no abarcar el tronco entero. Mi vida sentimental parecía un destino y resulta que es un viaje.

Donde antes sentía nostalgia ahora siento ansiedad, pero la ansiedad

deviene en desconcierto y luego poco a poco en realidad. La nostalgia era una trampa que me ponía adrede, una zancadilla, una medicación emocional. Esta adicción a lo pasado me eximía del presente, me daba bola para escribir mi libro y ser un bohemio, fundirme las pelas de mi abuela y deprimirme como se deprimía Baudelaire. César Miró tiene razón, a su manera, pero tiene razón. Hay que guardar distancia con el propio ensoñamiento: yo he jugado al malditismo, a la pose, y ahora me he quedado sin juguete. Lentamente, vuelvo a desligar personaje de persona.

Pasear, ser un *flâneur*, colgarle recuerdos a las plazas como si fueran marcos de foto… Uno intenta disimular su cobardía echándole literatura, maquillando lo esencial cuando lo esencial es inevitablemente simple. Los sentimientos, como los niños, son terribles, se distraen enseguida, siguen su propio curso, tienen un vago aroma destructor que desordena siempre la racionalidad de lo vivido. Lo que en mi cabeza era un calendario en la suya era una fecha. El problema es que yo me lo he creído de verdad. He destruido a Jane. Ahora me toca destruirme a mí.

Vendrán las oscuras golondrinas, claro, vendrán las viejas leyes de la física a empujarme a recordar, a sumirme en las mismas penas y nadar en los mismos fangos. Tanto tiempo orbitando alrededor de un punto no se soluciona en una tarde. Vendrán los vencimientos y yo tendré que entregar mi libro, y tendré que ser capaz de verlo todo con distancia, tendré que saber qué es realidad y qué es ficción, aunque a estas alturas esté tan desdibujado.

Quizás las penas se apaguen en una lenta digestión. Las novedades se asimilan con el tiempo, pero yo no quiero una asunción pasiva y religiosa. Basta ya de contemplar. Necesito encarar la vida y sentir su aliento cálido en la boca.

Tengo que vivir.

Tengo que vivir.

Sí, tengo que vivir.

Le doy un beso a la estatua de Jaume Plensa.

XXXV

Quizás por esta nueva actitud, a pesar de las dudas, decido aceptar una invitación a una fiesta a la que normalmente no hubiera asistido. Han pasado unas semanas desde que llegué de París y ya me siento más sereno. No es que me reclamaran en los grandes eventos ni que mi presencia estuviera muy solicitada; de hecho, el mundo ha seguido girando durante mis meses de ausencia y solo ahora su reencuentro no me resulta tan violentamente ajeno. Exceptuando la etapa de abandono, yo me había paseado un poco por la cremita de Madrid, por lo menos en ocasiones concretas. Sin ejercer, formaba parte de lo que en *¡Hola!* llaman «los cachorros de la jet». No es una medalla en el pecho. Simplemente, sucede así.

La hermana pequeña de Fernando Hesse-Merseburgo organiza una puesta de largo y es tan importante mantener alto el espíritu de lo social que hasta a mí me han invitado, quizás porque su hermano y yo habíamos sido amigos en el colegio, aunque ya no nos lleváramos tanto. Fernando es un tipo fetén que trabaja en banca de inversión, hace deporte y no es para nada cabra y vago, como otros tantos con apellido compuesto. Tiene una novia italiana muy risueña con un tatuaje de una rosa en la muñeca.

A la hermana no la he visto desde que tenía como trece años. Era una niña pequeñita de ojos claros, supongo que ahora será casi una mujer.

El caso es que desempolvo el esmoquin, que llevaba largo tiempo oculto en una esquina del armario. Hay una gran diferencia entre tener un esmoquin y alquilarlo de manera puntual. Creo que el hecho de yo tener uno refuerza un poco mi teoría cachorril. Está limpio, envuelto en el plástico del tinte, y aunque me esfuerzo por pensar, no recuerdo la última vez que me lo puse. Todavía no he recuperado con tanta claridad los retazos de mi vida.

La hermana de Fernando, que se llama Clara, ha estudiado fuera varios años, así que espero una pequeña aldea global en esta fiesta, una legioncita de jóvenes preciosos que se comunican en inglés, jugando a ser los *Happy Few*. El grueso de los asistentes se balancea en la mayoría de edad: habrá un poco de drama, alguna borrachera mala, cierta incertidumbre porque quiero ser legal. En realidad, me van a parecer muy niños. A ver cómo está el tema entre la gente de mi quinta. Supongo que Fernando habrá invitado bien.

Últimamente he trabajado mucho el ritual de la elegancia y hoy viene pasando con extrema ligereza. No tengo la preocupación del encuentro trascendente. Tan solo siento una cierta excitación, un

runrún inofensivo que me lleva a transitar mi espejo hasta que el pelo largo queda perfectamente despeinado. Después, los perfumes, el reloj, compruebo el largo de la manga, ajusto el cuello y subo bien los calcetines, y ya perfecto me siento vagamente seductor. Mi ensayo de sonrisas de galán me provoca una sonrisa de verdad.

Fernando ha mandado unas instrucciones muy precisas de cómo llegar a la fiesta. Hay un autobús que sale no muy lejos de mi casa, pero prefiero acudir por mi cuenta. No me apetece inmiscuirme antes de tiempo ni hablar tan pronto.

Por pura logística, pido un Uber que me va a salir carete. El coche avanza y pronto dejamos atrás las calles estrechas del centro, enfilando las autopistas que tejen y destejen las orillas de Madrid.

Atardeciendo, estas tiritas de asfalto tienen un tono anaranjado y hablan bien del empeño del hombre por hacer crecer el mundo. La yerma estepa de Castilla está aquí colonizada por la vida, los postes eléctricos, las familias numerosas que se instalan en las afueras y tienen un monovolumen viejo. Aun así, asoma siempre la nada, la meseta, la tierra ocre y el hierbajo. Las chapas de botellines Mahou que se oxidaban al sol durante décadas.

Llegamos por fin a la fiesta. La fiesta es en un castillo. El castillo de Villobre. A medida que nos acercábamos, el conductor ha protestado un par de veces por el mal estado del terreno. Al plantarnos a la entrada de la finca, viendo que de ahí parte un camino de tierra sinuoso, se niega a subir más. Por pereza a discutir, como siempre, me bajo y voy andando, sin saber la distancia real entre un punto y el otro. Muy lejanamente se escucha música, pero en la quietud del campo todo se percibe de una manera distinta. El Uber da media vuelta y yo puntúo con saña.

Debe quedar media hora de luz, como mucho. No hace frío, de hecho, a los árboles les empiezan a salir hojas tímidamente y los bordes del camino hace tiempo que no hielan. El crujido de los zapatos va puntuando mi trayecto. Sigo las señales de la entrada, que me emplazan a seguir esta senda y luego desviarme a la izquierda. No confío en los profetas del rural, pero es verdad que aquí el aire está más puro.

A los pocos minutos el sonido de la fiesta sigue sin acercarse, pero los ruidos de la naturaleza se intensifican. Oigo los insectos, el rumor continuo de la hierba, el esprint acelerado de algún conejillo que se escabulle en los arbustos. Así, en la naciente oscuridad, uno se siente inseguro, apartado del mundo paralelo y aplastante que la humanidad ha construido para dejar atrás su titubeo original. Las religiones y los mitos han nacido aquí, bajo la enorme vulnerabilidad de una incipiente noche estrellada. No me cuesta comprenderlos. Es una mezcla de fascinación y desvalimiento.

A tan solo unos metros de mí cruza una cierva, seguida de su cervatillo. La madre se para al verme y se queda mirando mientras el cervatillo olisquea algo con la cabeza gacha, ajeno a mi presencia. Me detengo porque no quiero molestar, y el animal y el joven escritor se quedan frente a frente, sin saber bien qué esperar los unos de los otros. Tiene el hocico húmedo iluminado por las últimas luces del día. Estoy tan sorprendido que saco el móvil para hacerles una foto, pero el gesto brusco de mi mano les asusta y salen corriendo hasta perderse de vista.

Desaparece el animal y el campo vuelve a su silenciosa agitación.

Temo que este paseo me ensucie los zapatos. Quizás mi decisión de llegar solo no fuera la más feliz: bastaría un desliz, el agujerillo de la madriguera de un topo, para echarlo todo a perder y embarrar mi estudiada vuelta a lo mundano. *Oh, you are such a mess*, diría alguna jovencita políglota, y luego cualquier otra tontería volvería a llamarles la atención.

Tras otro ratito andando llego al final de la senda y un cartel me confirma que debo subir a la izquierda. No llevo el calzado para esto. Sobre una loma empieza a asomar el castillo: los pies crujen sobre la gravilla y mis andares suenan un poco a maraca escacharrada. Ahora la música es plenamente inteligible. Me alegra comprobar que, a pesar de ser una fiesta internacional (con el tecno teutón y monolítico que eso suele comportar) se impone lo latino. Una mordidita.

A la entrada hay dos grandes autobuses que descansan y muchos coches sueltos. Una mujer de mediana edad chequea mi nombre y después lo tacha. Están todos tachados. Cruzo el umbral, atravieso unos jardines y entro en el castillo.

XXXVI

No hay que olvidar que lo que hay en la vida de cuento, de fascinación, viene por el uso narrativo; que las cosas que a uno impactan en otro son irrelevantes porque forman parte de su entorno en un sentido natural. Yo estoy entrando en un castillo a las afueras de Madrid, con mi esmoquin y mis zapatos un poco sucios de polvo, y enseguida me cruzo un pajarito rubio que va al baño, seguida de su amiga no tan guapa. Un camarero despistado me ofrece una solitaria copa de vino.

—Perdona, ¿te importa que lo use?

Me presta su paño blanco y me sacudo un poco la suciedad de los zapatos.

—Gracias.

Estos son los años de vino y rosas, la crema, el cogollito verde que uno va a recordar cuando esté muerto de asco en la M-30, haciendo muecas de bostezo y con la radio puesta. Porque la radio siempre sobrevive.

El castillo está a medio camino entre la solemnidad y el cartón piedra. Hay entremezclados una gran variedad de estilos, algunos separados entre sí por más de cuatro siglos. Los arcos góticos se chocan con los torreones, relieves prefabricados, acondicionamientos para bodas. Probablemente es como un norteamericano se imaginaría la Edad Media.

Entro al patio de armas, que es donde está el centro de todo. Hay una plataforma y un DJ sudoroso. Han instalado estufitas por si acaso, pero la verdad es que hace una noche agradable. Está naciendo ya la primavera.

Intento buscar caras conocidas, o por lo menos de mi edad, pero no veo nada que cuadre.

—¡Pero bueno! ¡Qué ilusión!

Qué sorpresa, también. No termino de acostumbrarme al afecto.

Clara me saluda y me da un abrazo y me muestra su boca dulce y sonriente, la misma boca que su hermano. Noto al contacto lo que me ha parecido intuir de vista: Clara se ha convertido en una mujer, cosa que uno nunca espera de una hermana pequeña.

—Voy a buscar a Fer, que anda por ahí.

Me lleva hasta Fernando, que me da un abrazo todavía más sincero que yo correspondo con la misma alegría. Siento que he estado hibernando hasta ahora. Su amistad, otra de tantas cosas descuidadas este tiempo, era valiosa para mí. El gesto de invitarme a pesar de mi abandono le honra. Espero saber corresponderle. Terminamos nuestro

abrazo conciliados.

Al despegarnos, estiro los brazos y le agarro los hombros, estudiando un poco su cara. Viene bien para refrescar sus rasgos: le esperaba más hombre, y sin embargo mantiene esa carilla de niño guapo perdido. La mirada complaciente le da un toque risueño: tiene Fernando una ligereza natural que le va a ocasionar algún disgusto. También me sorprende su predilección por determinadas compañías. Uno nunca se considera una mala elección, a pesar de ciertas evidencias, pero no puede evitar sorprenderse por cómo se rodea la peña, sobre todo la peña que, a todo juicio, es gente de nivel. Como si se empeñaran en degradarse con su entorno.

Fernando ha venido acompañado de dos pelmazos con gomina, uno especialmente cabezón, y cuando miro buscando algún colega más ellos me tienden la mano con aplomo.

—Encantado —dicen, al unísono, y someten mis dedos a un apretujón marcial.

Son como dos gotas de agua. Tienen un aire español muy rancio que a mí me agobia un poco, me da pena, porque en otros sitios la pasta sofistica y hay ciertos madrides en los que esto es lo contrario, los jóvenes buscan seguir la senda de los padres, la misa, el colegio de los niños, tonos pardos y ademán cristiano. En París los pijos se pelean por asistir a la última exposición de arte moderno, en vez de agarrar un rifle y liarse a tiros con cuatro pobres perdices. También es verdad que de París ya no me creo nada.

—Pues en esta finca hay toros —cuenta uno, leyéndome el pensamiento.

—¿De verdad o los de Osborne?

—Sí, de verdad —contestan ambos, impermeables al chiste.

Mi imagen del toreo viene de la biografía de Belmonte que escribió Chaves Nogales.

—¿Y se pueden torear? —pregunto.

—Nos ha jodido. Torear, dice.

Supongo que ese concepto erótico-artístico del torero desnudo dirigiendo al animal está un poco dramatizado. Hoy no hay luna llena y este tipo está fondón.

Me escabullo de Hernández y Fernández y vuelvo a cruzarme con Clara, que tan simpática como antes me presenta a sus amigas.

—Esta es tal, esta es cual, Casilda, Marina, Olivia.

Olivia es el pajarito rubio que fue al baño. Lleva un vestido plata, tiene los ojos verdes, el pelo fresco, la cara limpia y los labios como una fruta madura. De su mano cuelga lánguida una copa vacía. Dios, querría morderle la boca. Me mira y se ruboriza un poco, porque yo la estoy mirando tan fijamente que sus amigas se han difuminado.

¿Tan rápido vuelve? Qué inmediata es la condición humana. Estoy

eufórico. Mis noches y mi vida son realmente una sucesión de mujeres y lo que yo haga generalmente no importa, porque la única vara de medirme serán las mujeres con las que he estado o he soñado estar. Aunque haga malabares para detener el tiempo —como este libro que ya acaba—, mi tonto legado no pervive más allá de mí. Al final, el argumento es el de siempre. En nuestro tránsito hay dos grandes temas, el amor y la muerte, y se vive mucho más intensamente lo primero.

—¿Qué te ha pasado ahí? —me pregunta señalando la cabeza.

Cuando estoy nervioso me meso el pelo, y es verdad que según qué movimientos dejan ver mi cicatriz.

—Nada. Fue en una manifestación —me invento.

—¿Pero tú vas a manifestaciones?

—Depende de cuáles.

Lo malo es que ahora tengo otra cicatriz en la cabeza. No paro de pensar en que, según cómo me dé la luz, se me puede intuir la brecha.

Algo reclama su atención y el pajarito rubio vuela, no sin antes mirarme de arriba abajo con los ojos verdes encendidos, como queriendo llevarse una imagen fija de mí. El patio de armas se me vuelve un poco triste. A partir de ahí, fuerzo las esquinas de mi vista para no perderle pista al pajarito.

En una larga letanía de besos y abrazos —apretones de manos en según qué casos— se van sucediendo las presentaciones. Compruebo que apenas hay nadie de mi edad, que he venido a sacudirme la nostalgia a un Chiquipark amurallado, con patio de armas medieval y un catering bien elegido. La libertad debe saber a canapé.

Un poquito derrotado, esperando más, me desgajo del meollo. Pienso en María Pombo, en los actos sociales. Qué dureza hacer una vida de esto. Una vez tuve la oportunidad de conocerla y me pareció muy agradable, para qué mentir. Tenía además una belleza madrileña que me recordaba a las niñas de mi colegio. Luego enseguida me tocó apartarme: un enjambre de moscas revoloteaba a su alrededor esperando sorber un traguito de atención. Esa gente se pirra por ir a los eventos y a la vez todos quieren restarles importancia. Viven una vida que flota un poco sobre la verdad, habitan una realidad paralela y conquistan el presente con el móvil, siempre advenedizo. Estas chicas, las populares de verdad, les causaban un bujero en la molicie del anonimato. Se arrimaban por si se les pegaba el prestigio de la arroba.

Había luego, claro, otras celebridades de las redes tremendamente fashion, con sus fluorescencias y el pezón siempre pixelado. Lo que gustaba de María es que era un valor seguro, como el PP, y su mera presencia en nuestro móvil bastaba para apaciguar las urgencias del día a día. Las demás, aunque la superaran, no tenían esa marca, nos

vendían su riesgo y los seguidores querían estabilidad, alguien que confirmase que la vida es circular y que la edición fotográfica podía poblarse de niños en cualquier momento.

Mientras tanto, sin conocer a nadie, se me antojaba que todos estos chavales eran conocidos. Seguro que alguna chica figuraba en las primeras páginas del *¡Hola!*, con una madre orgullosa y recién divorciada «abriéndonos las puertas de su refugio en Toscana». Puede que otra luciese su aparatoso estilo de vida, con jets y Louis Vuittons, dando a entender en sus escuetos pies de foto que ocultaba más que mostraba, cuando era todo lo contrario. O el clásico galán de reservado, hijo de dictador latino, fundiendo la tarjeta y pescando tangas en Key Biscane. Por último, las rusas, que a los dieciocho eran ya muñecas de cera. Un par de décadas después hacían clic y se convertían en matrioskas.

Hay más españoles de los que pensaba, niños y niñas madrileños de ese Madriz del que abominan, tal vez con razón, las periferias de España. Su desvergüenza sin riesgo, tan estudiada, tan tribal, es tan ruidosa que desde el primer momento parecen llevar la voz cantante. Cierta desfachatez es entrañable en la juventud; luego puede volverse un poco obscena.

Estos cinismos se me vienen a la cabeza y, por un momento, me vuelven a inflar el chichón del personaje. Es aburrimiento transitorio. Menos mal que ya sé cómo aplacarlo. Venga, hale, a ser feliz.

XXXVII

Me arrimo a Fernando, aun sabiendo que a su alrededor orbitan otra clase de pelmazos. Está muy sonriente, muy sereno, muy orgulloso de su hermana.

—¿Y tu novia? —le pregunto sin demasiado interés, como para romper el hielo—. Sigues con ella, ¿no? Hace tanto que no nos vemos…

—Claro —responde serio—. Lleva un rato por aquí. Estaba hablando por teléfono, ahora aparecerá.

Angelica Donati, así se llama la novia italiana de Fernando. La he conocido un par de veces. Simpática, como todas las italianas. Las dos veces me contó que su familia descendía de Dante Alighieri, pero no por darse importancia, sino como un chiste, señalando con indiferencia su bolso mínimo o su abrigo, casi jactándose de ser tan liviana para todo, con lo pesado que era su pasado.

Efectivamente, dicho y hecho, aparece Angelica, despidiéndose por teléfono, con esa música tragicómica que es el italiano, tan vistoso en la boca de un nativo.

Angelica podría tener un aire a las mujeres renacentistas de Botticelli, con el pelo claro, ondulado, la piel blanca, el cuello largo y un gesto entre candoroso y sugestivo.

—*Ciao, ciao*. ¡Oh! —exclama al verme, abalanzándose sobre mí y dándome un abrazo y un beso en la mejilla—. ¡No recordaba que venías!

Las dos únicas veces que la he visto he debido de gustarle, pienso, y me recreo en esa vanidad. ¿O es que me confunde con otro? Puede ser, está claramente borracha, es alta y grande, casi intimida un poco. A pesar de eso, sus movimientos no son torpes y despega los labios de mi cara con una sutileza fuera de lo común.

Fernando lo ve todo con una sonrisa, acostumbrado a la efusividad de su novia. ¿Por qué son todos tan agradables conmigo? ¿Qué he hecho para merecer este afecto? Quizás mi vida anterior no resulte tan lejana.

—Qué ilusión verte a ti también, Angelica.

—Hacía mucho, mucho tiempo.

—Desde luego.

—Ven —me dice agarrándome de la muñeca y alejándome—. ¡Tienes que contarme tanto…! Ah, ya recuerdo. Fernando me dijo que ahora eres escritor. Pero… ¿y tu trabajo? ¿Has dejado de trabajar? ¡Cuéntame, cuéntame!

Yo me giro buscando la aprobación de Fernando. Me sorprende que

mis inquietudes literarias sean tan conocidas. Él me hace un gesto simpático y sonríe como diciendo «así es ella».

—Bueno, pues sí; estoy escribiendo un libro. Acabándolo ya.

—¡Qué bello! ¿Y cómo es la vida de escritor?

—Un poco inestable.

—Bueno, así son los artistas. En mi familia, muchos artistas. Siempre tienen drama.

—Así somos.

—¡Ven! Quiero descansar un poco de la gente.

Vamos caminando y salimos del patio de armas. Nos dirigimos hacia un jardincito solitario, con una fuente en el centro y poca iluminación.

Me paro ahí en medio, quizás un poco violentado por la situación. Ella se para conmigo.

—Oh, disculpa que sea tan brusca. No quería estar más con Fernando. Me cansa. Es tan bueno que me cansa. Me aburre. Me estoy aburriendo con sus amigos. Menos mal que has venido.

Ni siquiera nos conocemos tanto. Su mano desemboca en mi brazo; y sí, hemos ido cogiditos del brazo, como hacen los abuelos, mientras ella me contaba que pasa un poco de su novio. Yo como si nada.

—Mi trabajo lo dejé —le cuento—. Tampoco me gustaba mucho.

—Oh, el trabajo nunca gusta —responde recuperando la compostura.

—La verdad, no sé qué voy a hacer luego.

—Claro. Escribirás otro libro, ¿no? —y lo dice con la alegría de quien ve sus caprichos siempre satisfechos.

—Sí, bueno, no sé.

¿Trabajará Angelica? ¿La gente así trabaja?

—¿Tú qué estás haciendo? ¿Sigues viviendo en Madrid?

—Sí, Madrid, aunque viajo mucho a Firenze. Estoy ayudando en la empresa de mi padre.

Vamos, que no trabaja.

—Ha sido una experiencia extraña —digo retomando el tema del libro—. Ya enseguida tengo que entregarlo. Me está apremiando mi editora.

Ella me sonríe con aprobación. Nos hemos sentado al borde de la fuente. Mete la punta de los dedos en el agua y juega con las gotas.

—¡Qué fría! Mira.

Me pasa la mano por la cara y siento helada la sombra de sus dedos.

—¿Y estás contenta en Madrid?

—Sí, sí. Firenze es bellísima, pero está muerta. Solo turistas. Madrid es una ciudad viva.

—¿Sigues viviendo en la casa de antes?

—Sí; bueno, sí y no —me responde con cierto apuro—. Mi casa es la misma, pero ya no es mía solo. Fernando duerme siempre en mi casa.

En ningún momento ha dicho nada con la boquita pequeña. La luna lunera le da ese blancor de Botticelli del que antes hablaba. Al intentar ajustarse el vestido a punto está de caer sobre la fuente, y menos mal que estoy yo para agarrar con fuerza su brazo. Queda en un susto y me agradece.

—¡Casi! ¡Casi! Gracias.

—De nada.

Sobre el brazo pálido queda por un momento la marca rosa de mis dedos. Quiere saber más de mí, aunque habla como si ya lo supiera todo.

—¿Y tus mujeres? —me pregunta en un español no del todo correcto.

—¿Yo? —me río—. Pues mal, claro. Por eso escribo un libro.

—¿Es un libro de amor? ¡Qué romántico, Casanova!

—No, bueno, no exactamente.

—¡Cuéntame! ¿Quién es esa chica?

—Nadie.

—¿Nadie?

Nadie. Obvio de nuevo el tema y la conversación se estanca en ese punto amargo en el que cualquier circunstancia ajena, por muy banal que sea, sirve para aplacar el aplastante sonido del silencio. A lo lejos llega el rumor de otro hit latino.

—Buena canción.

—¡Sí! Me encanta el reguetón. Buenísimo. En Italia se escucha mucho.

Se incorpora y tararea la letra con gracia, y empieza a bailarlo sin tomarse muy en serio, con un amago de risa. Imposible evitar cierta sensualidad a pesar de la simpática intención. Me tiende la mano y me obliga a bailar con ella. Angelica es muy tocona y no sé si eso me gusta o me disgusta. Ella me guía, me hace cogerla de las caderas, la cintura, darle una vuelta, bajar cuando hay que bajar y subir cuando la canción lo exige. No canta muy bien, de su boca solo me gusta el olor a humo y a ginebra. Pasados unos minutos yo me aparto porque me empiezo a sentir raro, escucho más nuestra respiración que el sonido de la música, los zapatos arrastrarse contra el suelo e incluso el tintineo de su pendiente izquierdo, cuando hacemos esa pirueta exagerada de la doble vuelta.

—¡Bravo, bravo! —dice ella divertida—. ¡Muy bien!

Yo he estado un poco tenso, como siempre que bailo a palo seco, más concentrado en no cagarla que en disfrutar de la ocasión.

—Qué sexy —murmuro y me siento Berlusconi.

Se para la música y habla el DJ. De su voz nos llega principalmente el eco.

—Ahora quiero pedir un muy fuerte aplauso para Clara, la reina de

la fiesta.

Se escuchan aplausos y vítores, y luego alguien le arranca el micrófono y lo manosea. Hay un conato de acople. Una voz de niña estridente grita.

—¡Por Clarita! ¡Una ola!

—¡Eeeeeeh! —responden todos.

—¡Otra ola!

—¡Eeeeeeeh!

—¡Y otra ola!

—¡Eeeeeeeeeh!

—¡Y un tsunami!

—¡Eeeeeeeeeeeeh!

Todos aplauden a rabiar. A Angelica le empieza a vibrar el móvil. Es Fernando. No lo coge. Me mira. La miro. Nos abalanzamos el uno sobre el otro con tanta excitación que de nuevo hay que agarrarse para no caer en la fuente.

XXXVIII

Angelica me besa con una lengua torpe, con los dientes a veces un poco excesivos, con el pecho vibrante y la respiración atragantada, como si le costara respirar. Al principio me resulta incómodo, pero luego voy acoplando mi boca a la suya y me dejo llevar, sorbiendo la maldad y sintiéndome vivo como un nervio. Hay algo de desagradable en todo esto; consigo acallarlo encontrando los huecos de su vestido con unas manos inquietas. Las suyas buscan mi pelo; me da miedo que me roce la brecha o el chichón y el dolor frío me estremezca. Continúo haciendo senda por el cuello, tirando de trucos viejos, pero no parece funcionar. Después de unos minutos de besuqueo me despego: ella está muy borracha. Yo no. Aun así, me separo exultante. Nueva vida.

Volvemos a donde los demás hablando de un tema inocuo.

Ella de nuevo saca el móvil. Abrazo a Fernando con una emoción sincera. Su hermana baila en el centro de la pista y sus amigas hacen un corro aplaudiéndola. Está encantado de verla brillar.

—Qué —me dice señalando a Angelica, que se ha puesto a su lado—, ¿te ha dado mucho la chapa?

—¡Qué va! Si casi he hablado yo más que ella.

—Pues es de las que no se callan. Creo que se aburre un poco aquí, no conoce a casi nadie. ¡Angie! —exclama agarrándola a ella con cariño—. Qué pena que te hayas perdido lo de antes —dice, procurando que no suene a reproche—. Bueno, no pasa nada, es una tontería, aunque me habría gustado que lo vieras, ¡qué mayor está mi hermana!

Angelica intenta pero no consigue cazarme con los ojos. Tiene en el pecho ese nudo culpable de borracha. Yo le doy un golpecito a Fernando y empezamos a bailar como rusos, con los brazos cruzados y las piernas rectas al aire dando saltos. Somos íntimos de golpe. Hernández y Fernández, los dos pelmazos, nos observan desde la barra intentando meter tripa.

Felicidad, felicidad plena, y la mirada desconcertada e inquisitiva de Angelica, la marca de sus dedos todavía fría en mi cara, a pesar de haber besado el paño caliente de su cuello.

A nuestro alrededor, el cuento continúa. Los amigos de la reina de la fiesta empiezan a hacer el tonto: ya se les ha caído la costra de la madurez —uno siempre quiere parecer mayor cuando es pequeño— y ahora vuelven a su verdadera identidad, niños grandes, excitados, alzando copas y dando vivas al vino y a la vida, así en general.

Hernández y Fernández se cansan de apoyar el codo y se acercan a nosotros, sin intención de mover el esqueleto. Fernando y yo hemos

cesado nuestro número y sonreímos, mientras su novia fríe la pantalla con los dedos e intenta pretender normalidad. Se le nota el licorcito en los ojillos. Al ver que vienen los pelmazos, agarra a Fernando y hace un aparte.

—Fer, no me siento bien. Me voy a ir.

A Fernando esto le da pena. La cara de niño bueno se le cae un poco al suelo.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que estoy enferma. Y cansada.

—Pero si queda mucha fiesta.

—Me encuentro mal, Fer. Lo siento.

Fernando se para un segundo a pensar, con el gesto contrariado. Va a decir algo de que hay que controlarse con las copas, pero acaba por ahorrarse el comentario.

—Habla con Walter, que está con el coche en el parking. Él te puede dejar en casa. Dile que venga luego para llevarme a mí. Aunque eso será un buen rato.

—Gracias.

Se dan un beso un poco frío, aunque disimulado. Estamos todos mirando.

—¿Puedo ir a tu casa luego? —arriesga él, casi suplicante.

—Es mejor que no. Mañana me levantaré pronto y tú llegas muy tarde.

Angelica ya está con todos sus bartulitos en el bolso, el móvil enorme y el espejito que periódicamente ha ido sacando para retocarse algo. Coge la mano de Fernando, le da otro beso frío en la cara y se despide de nosotros. Los pelmazos hacen la cortesía un pelín ceremoniosa e insisten en que ha sido un placer verse de nuevo. Yo estoy más moderado.

Ella se despide de mí con los mismos dos besos que ha dado a los demás, y en ese segundo de ojo contra ojo intenta buscar un amago de complicidad, pero no lo encuentra. No entiende nada de lo que acaba de pasar. Tiene el rostro pálido, a pesar del maquillaje.

—Nos vemos.

—Adiós.

Después se gira una última vez hacia Fernando.

—Dile adiós a Clara de mi parte.

La silueta alta y un poco descoordinada de Angelica se pierde hacia el parking y ya solo escuchamos sus tacones crujir con la gravilla.

—¿Estáis en un mal momento? —le pregunto, agarrándole del hombro, cuando ella ya ha desaparecido.

Fernando dibuja una sonrisa e intenta quitarle gravedad a su cara de niño bueno.

—Sí. ¿Es muy evidente?

—Algo he notado —le digo, y a continuación sigue la fiesta y Fernando respira mejor.

Los pelmazos nos llevan a la barra y pedimos otra copa. Mientras tanto, los niños ya están calientes. Una parejita se separa del resto y cruza el patio con sigilo. Van dados de la mano. Él es un poco cabezón, como todos los chicos de su edad, lleva el pelo largo y anda algo desgarbado, pero parece guapo. Ella es Olivia. Los veo desaparecer hacia el jardín solitario del que apenas acabo de salir. Me entra regular el primer trago.

Pajarito, no me he olvidado de ti.

XXXIX

La noche, cuánto se ha escrito de la noche; noche negra, noche dulce, noche fría, noche dura, noche, noche manto del misterio. Imposible no sentir una gota de excitación, solo por ser noche, por las puertas que se abren. Se retira el sol y la sombra nos marca el recorrido. Hay también algo de interpretación, de obra de teatro. La vida cambia en las fiestas de guardar. El público lo sabe y con mayor o menor fortuna se perfuma de expectativas. Por eso, en estas noches de esmoquin y vestido no se puede ir desarmado: la elegancia, ritual frívolo y concreto, precede lo trascendente.

Rumor de campo.

Verlos a los dos desde fuera es como verme a mí mismo hace un momento, agazapado tras una columna, sintiendo todavía más la quietud del aislamiento, la fiesta apenas a unos metros de distancia y a la vez tan claramente lejos. Mi respiración es el segundero de las cosas.

—Tienes mucho que explicar —empieza él.

Yo pensaba que venían al romance, pero por el tono veo que es justo lo contrario. Los amantes no son ni buenos ni malos, pero el amor puede ser cruel.

Por si acaso, me pego más a la columna, para protegerme de los ángulos. Siento contra la cara el frío de la piedra y me noto en el pecho un rumor descontrolado. No van a enterarse de mi presencia. Sigo.

Se han sentado al borde de la fuente, igual que hicimos nosotros. Están cogidos de la mano. Él, ahora que me fijo, hace continuamente el gesto de apartarse el pelo de la cara, un tic un poco feo que le acerca a los restos de su infancia. Ella, con su carita compungida, está preciosa. Las mejillas se le llenan de color.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Te lo vuelvo a repetir?

—Sí.

—¿Para qué? —dice Olivia, soltándose la mano un poco bruscamente—. ¿Para qué, si no me vas a creer?

—Me lo tienes que demostrar de alguna forma. Olivia.

—Qué.

—¿Tú te has liado con Pablo Barrena?

—¡Pero qué obsesión con Pablo Barrena! Me ofende que lo preguntes de nuevo.

Cuando en las relaciones hay una superioridad tan clara, el desenlace es obvio para todos. Para todos, claro, menos para el de abajo. El equilibrio es imposible.

El chico hace el esfuerzo de controlarse. Agudizo el oído porque está comenzando a susurrar.

—Olivia, me gustas, ¿vale? Me gustas mucho.

Ella interrumpe con su silencio.

—Y por cosas como esta —sigue él— es por lo que no puedo creerte. Eres incapaz. Siete meses ya y eres incapaz de tener una muestra de cariño. De confianza. Y encima me llegan con esto.

—Es mentira.

—Sí, lo sé, siempre es mentira. Pero es que resulta que me fío más del que me lo ha dicho que de ti.

—Quién te lo ha dicho.

—Eso es lo de menos.

El chico se incorpora y empieza a caminar en círculos nervioso. Tras unos segundos de reflexión, se decide a continuar. Puedo sentir su vértigo. Olivia mira al suelo. ¿Quién será Pablo Barrena? Apuesto a que nadie. Alguien sin importancia.

—¡Siete meses Olivia, siete meses!

—Siete meses qué.

—¿Pero tú no entiendes lo que han sido para mí estos siete meses? —Se gira rápidamente hecho una furia—. Ojo. Ojo. ¡Siete meses! ¿Te lo has follado? Capaz eres de habértelo follado. Y a mí ni agua. Siempre es mal momento. Siempre hay que esperar. Siempre hay algo que te incomoda. Estoy hasta los huevos. Ni que fueras una niña pequeña. ¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Te crees que me haces un favor? ¿Que te estoy robando algo?

—¿Crees que es algo que te debo?

—Te lo has follado, ¿verdad? Te lo has follado, te lo has follado… —El chico empieza a murmurar y a frotarse los ojos, como si de un sueño se tratase.

—Miguel, cállate, estás haciendo el ridículo.

—Ni se te ocurra mandarme…

—Oye. No me hables así —le corta ella, sin inmutarse, y me conmueve su decisión—. Basta ya. Quién te está diciendo todo esto.

El chico se rinde, se agota, no sabe qué creer, se calla como le manda Olivia y luego arranca lentamente, parado de pie frente al pajarito sentado.

—Me lo ha dicho un muy amigo mío.

—Quién.

—Joder, Olivia, ¡qué más dará!

—Es que quiero saber quién te está mintiendo.

La frustración, vieja compañera.

—No puedo seguir así. Me pones de los nervios.

—¿Qué haces conmigo entonces? —responde ella incorporándose también.

—No lo sé, no lo sé… Me gustas, ¿vale? Me gustas mucho. Por favor, Olivia, por favor, no seas tan difícil.

Olivia tiene esos ojos que apuntan. Dos saetas verdes encendidas.

—¿Quieres romper conmigo? —le pregunta a palo seco.

Al chico se le hiela la cara. Le están verbalizando el miedo. Instintivamente retrocede y saca las manos como si se protegiera de un golpe. Vuelve a apartarse el pelo de la frente.

—No, no quiero. Lo que quiero es creerte.

—Pues yo sí —dice ella recuperando el paso perdido—. Yo sí que quiero romper contigo. Todo el día dando explicaciones. Vete con tus amigos si te fías más de ellos.

No hay compasión, ni pestañea; ni siquiera pestañeo yo, oculto tras la columna. El pajarito es fascinante.

—¿De verdad?

La voz le suena como una vajilla que se rompe.

—¿De verdad? —vuelve a preguntar, sin creérselo del todo.

Olivia asiente sin apartarle la mirada.

—¡Eres la hostia! ¡La hostia!

Ella continúa impertérrita. El chico aprieta los puños, se quiebra y huye hacia la fiesta, incapaz de andar en línea recta. Ni esa pequeña victoria le ha dejado Olivia. Ahora que no hablan más, mi oído se relaja. Vuelvo a escuchar el rumor de la fuente y la música no tan lejana que sigue haciendo huella a golpe de bombo y caja. Olivia se sienta al borde de la fuente, sus manos apoyadas sobre el canto duro y frío. Aunque no en gran cantidad, le salen unas lagrimitas. Acabo de asistir a una obra de teatro.

XL

Quizás tenga un prejuicio con la generación siguiente, pero la verdad es que esperaba que Olivia sacase el móvil y llamase a alguna amiga, o saliese corriendo del lugar o se pusiera una canción, cualquier cosa menos sentarse a pensar en silencio, justo lo que está haciendo. Con la mano izquierda, va trazando dibujitos sobre el suelo.

Cuando me aseguro de que no presta atención, voy separándome con lentitud de la columna. Cada movimiento es de una delicadeza extrema. Por fin, tras unos pasos de avecilla, puedo retomar mi ritmo. Bordeo el jardincito campo a través y vuelvo al patio de armas. Me paro un momento a otear al chico. Lo encuentro con varios amigos, llorando como una magdalena, los ojos rojos y más rojos. Le ofrecen varias copas, pero él las rechaza con un gesto de moribundo.

Diría que es mi momento.

Procurando que no me vean, retomo desde el patio la senda que lleva al jardincillo, con un andar casual y un poco distraído. Crujen las piedrecitas a mi paso, y hago por que se note. Con las manos en los bolsillos, pateo moscas imaginarias en el aire, es decir, doy a entender que lo que me lleva al jardincillo es un paseíto inofensivo, una casualidad, el típico encontronazo. Por fin, cruzo las columnas y llego hasta la fuente.

Olivia no está.

Se me jode el plan.

La decepción da paso a la calma. Qué agradable parece el escenario ahora que está vacío. Son los personajes los que dan la dimensión de los lugares. En la punta de la fuente hay un angelito con un cántaro del que va brotando el agua. No sé si será antiguo de verdad o tan solo una mera recreación de un tablero de Pinterest.

Se me hunden un poquito las ganas de ser malo y jugueteo con mi móvil como si fuera una navaja. En el cielo hay un claro de luna, que diría Debussy.

Unos pasos. ¿Será ella?

No. Es un camarero que viene a fumar. Al principio no se da cuenta de mi presencia. Tampoco hace nada raro, pero en cuanto se percata de la sombra próxima a la fuente —yo— se le tuerce un poco el gesto y aparenta actuar con más formalidad. De hecho, me ofrece un pitillo que yo rechazo. No quiero ni un amago de conversación. Espero pacientemente a que termine y vuelvo a disfrutar de mi propia ausencia en la fiesta. Unos momentos para parar y coger aire.

En el suelo siguen los dibujitos que ha hecho Olivia con su dedo. Casi los piso sin querer. Son formas geométricas, concéntricas, nada

especial, ninguna representación que pueda impulsar mi fantasía o revelarme sus secretos. Aun así, intento desentrañar algún significado oculto, asocio las pequeñas imperfecciones a un hilo mental que se altera levemente, como sucede en los electrocardiogramas. Recrearse en lo insignificante del otro, supongo que eso es el principio del amor, aunque este virus yo ya lo he pasado. Y hoy no vengo a eso. Cuando ya no hay más jugo que exprimir, abandono la fuente, el patio y los dibujos. Con cuidado, por supuesto, de no alterarlos con mi huella.

¿Dónde podría estar?

Indeciso, camino de vuelta y los pasos me llevan a la entrada. Hay un cartelito en el que no había reparado al llegar. Dice «Puesta de largo de Clara Hesse-Merseburgo». Los caracteres son bonitos, la caligrafía es parecida a la que usan en las bodas. Unos neones blancos lo rodean. Quisiera que, como tantas otras veces, las cosas vinieran a mí, para evitar tener que ir yo a ellas. Pero aquí no hay nadie. Aguanto unos minutos esperando el milagrito. La narrativa no siempre es tan concisa. O sí.

XLI

Todo este tiempo ha estado sonando la música y es un zumbido al que el oído se acostumbra cuando está más pendiente de otra cosa. Por eso se siente su impacto al esfumarse. Lo primero que se va es el sonido. Después, las luces. El castillo entero queda a oscuras, apenas unos focos de emergencia en los laterales. El desconcierto da paso al murmullo de los asistentes, que todavía no saben si tomárselo a coña o en serio. La iluminación del cartelito de la entrada parpadea frente a mí y se difumina. La fachada es una mole oscura. Desaparezco sin su luz. Los bichos y yo estamos en igualdad de condiciones.

Echo a andar hacia el patio. Este caos repentino me despierta el peligro. Los camareros han corrido todos hacia las cocinas, supongo, porque no encuentro ninguno a mi paso. Una chica está grabándose a sí misma con el móvil mientras enfoca de vez en cuando al monstruo apagado del castillo.

When you're, like, in a beautiful party in Spain and the lights go out, hashtag medieval age.

Hay cierto amago de jolgorio, podría ser el cumpleaños de una niña en el salón de su casa, y claro, ahora tendría que entrar la madre con la tarta y las velas. Por otro lado, con dieciocho es imposible no tomarse todo a coña. Dos madrileñas agazapadas van pegando gritos de auxilio tras las mesas, como si estuvieran en peligro. Después corren a la otra punta y vuelven a cacarear socorro, cada vez en un idioma distinto, pues son princesas plurilingües. Un chavalito muy germánico hace el amago de ayudar, pero pronto se da cuenta de la broma y escupe internamente sobre sus vecinos del sur. Mañana tendrán todos algo que contar.

Cruzo estas y otras escenas más o menos caricaturizables y entro en lo que es el castillo propiamente dicho. No controlo la nomenclatura, pero por la inmensidad que ilumina mi móvil podría ser uno de los salones principales. Resuenan mis pasos. En las paredes hay cuadros de caza, uvas y vinos, oscuridades barrocas y naturalezas muertas. También mezclas inusuales, como en el resto del lugar. En una esquina, dos banquitos y un espacio azulejado fingen ser un patio andaluz.

En el extremo más alejado de la sala hay utensilios de cocina, vasos, cubiertos y servilletas dobladas. Agarro instintivamente un cuchillo que no valdría ni para cortar un filete duro. Yo qué sé. Salgo del gran salón y enfilo un pasillo largo y recargado de jarrones. No suelto el cuchillo, que va en mi mano derecha. En la izquierda, el móvil.

No me cruzo con nadie. Sorprende el aire fantasmal que puede dar a

los objetos la linterna del iPhone. La luz tenue aporta solemnidad a las estancias, porque así las cosas se sugieren, no se muestran, y en la promesa de la sugestión todo parece más grande. También los silencios, el eco de los pasos, la reverberación del techo alto. Este paseo a semioscuras tiene un sonido a santuario. A templo profanado.

Bordeando el pasillo sube una escalera de caracol, ampulosa y un poco fuera de lugar. En mi cabeza sería una escena de candelabro, chorreras y levita: llevo, sin embargo, mi esmoquin, los zapatos de nuevo sucios y el móvil de farolillo. Es una actualización de la mitología.

Empiezo a subir, deslizando con cuidado los pies como si me fueran a oír. Lo del cuchillo me resulta tan ridículo que lo apoyo en un escalón. El metal hace su ruido metálico y despide un brillo desconcertante al reflejarse mi improvisada linterna. Ahora estoy indefenso y hasta un *steak* un poco cocinado podría tirarme a la lona. A no ser que fuera *steak tartar*, claro.

En el piso superior parece haber habitaciones más pequeñas. Para mi sorpresa, las puertas se abren sin dificultad. Los propietarios del castillo deben de ser muy confiados. O indolentes. Entro en la primera. Los muebles están cubiertos con unos mantos blancos. Todo tiene sensación de recogimiento y huele a polvo. Sigo descubriendo cuartos que presentan la misma imagen. Salgo y entro en ellos sin detenerme a investigar. Todavía no ha vuelto la luz. El apagón se mantiene.

Las bodas y las celebraciones transcurren siempre en los pisos inferiores y el patio, entiendo. Tampoco sé si el castillo valdría como reclamo turístico *per se*. De ahí que esta planta esté empaquetada. Aun así, se agradece que no se utilice de vertedero de otros siglos. La logística del día a día estará almacenada en un anexo de la finca. El rastro de época queda aquí silenciado, conservado en el formol limpio de las telas blancas que cubren el paso del tiempo.

Al fondo del todo está lo que parece ser la habitación principal. La puerta está coronada por unos relieves en piedra y un escudo de armas. Parece ligeramente entreabierta. Hay una placa informativa a un lado.

> «En este castillo residió el general Francisco Franco tras su victoria en 1939. Tras unos meses de estancia, trasladó su residencia definitiva al Palacio del Pardo. En esta habitación hacía vida y despachaba ocasionalmente».

Empujo con fuerza la puerta, que es pesada. Cruje al avanzar. Cuando la abro, me deslumbra una luz potente. No veo nada del interior.

—El de las manifestaciones… —dice una voz, al otro lado, y se apaga la luz.

Mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad. Sentada sobre la cama, con una linterna en la mano, está el pajarito.

Olivia me mira. Entro con aplomo.

XLII

La cama es pequeña, católica, seca y de madera oscura. Se parece a la cama de Felipe II en El Escorial. El resto de la habitación, tan escasa, conserva el orden y la disposición de Franco. Apenas un escritorio grande y romo interrumpe su minimalismo sombrío. Franco quería ser Felipe II, seguro, quería ese poder de confesionario y silencio. El emperador que, desde la quietud de su despacho, dirige los destinos del mundo.

Por lo demás, la cama apenas está desecha, tan solo el punto en el que se ha sentado Olivia. La ropa del mueble es vieja incluso a oscuras y sobre ella Olivia es un ser extraterrestre, de otro tiempo, un cuadro contemporáneo entre sábanas de abuela. Un crucifijo preside desde arriba.

En las orillas de los escasos objetos hay plaquitas como las de la entrada, que informan de los pocos meses que Franco durmió allí. Descubro más allá del escritorio un expositor rectangular. Tras el cristal, correspondencia, un abrecartas, alguna fotografía gris y una pistola fina, negra y descargada.

Olivia no se ha incorporado. Su único movimiento, cruzarse un poco de piernas.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, como si su presencia en esta habitación no fuera en sí misma un misterio.

—He venido dentro esperando que hubiera luz. Pero no sé si va a volver.

—Tardará. Es un castillo.

En el rostro de Olivia, que apenas se intuye con la plata tenue de la luna, sigue quedando el caminito de unas lágrimas que no sé hace cuánto habrán cesado. Como antes, me paro en silencio mirándola, escudriñándole la cara, y ella se da cuenta.

—¿Qué quieres ver?

—¿Has estado llorando? —respondo para intentar hacerme yo con la iniciativa, temeroso de repetir el triste número de su noviete.

—Pues sí.

—¿Estás bien? ¿Te puedo ayudar?

—¿Tú? No.

Puede sonar a desdén, pero no dice las cosas con desdén. Es una franqueza como de niña pequeña.

Me asomo a la ventana desde la que entra la poca luz que nos alumbra. Las torres de Madrid están apagadas, la larga extensión del extrarradio también: se ha ido la luz en la ciudad entera, no solo en el castillo. Llevará más tiempo entonces. No sé cómo será el momento en

el que vuelva e ilumine el cuarto. Ahora, en la oscuridad, me siento a gusto. La linterna de Olivia descansa en su regazo.

—¿Quieres sentarte a esperar? —pregunta con mesura, palmeando el hueco que deja en la cama.

—Claro.

Intento corresponder la naturalidad con la que me habla. Su voz es un poco grave, de mujer, pero ella apenas lo es. Tan solo tiene dieciocho años.

—No entiendo por qué se ha ido la luz. Es muy raro. No hay tormenta ni nada. Mañana lo leeremos en las noticias —le digo señalando la ventana que acabo de otear—. Un poco tercermundista, ¿no? La ciudad entera sin luz.

—Lo es. Espero que a nadie le pase nada.

—Por cierto, voy a fumar. Así se espera mejor. ¿Quieres? —Le ofrezco mi cajetilla Marlboro abierta.

—¿Aquí se puede fumar?

¿Franco fumaba? Bueno, cosas peores he hecho hoy. Abro la ventana para ventilar y para que la ceniza caiga al campo sin arruinar los muebles. Mientras el pitillo se consume, no dejo de mirar a Olivia, adoptando una postura un poco forzada. Ella me sonríe, o se encoge de hombros. Sigue sentada, en silencio. Al terminar, veo que el frío le ha erizado el vello de la piel. Sin preguntar, poso mi chaqueta sobre sus hombros. Es un gesto terriblemente manido hasta para mí, pero Olivia lo agradece. Se crea una cierta intimidad.

Paso el brazo por detrás de su espalda y mi mano izquierda queda colgando suspendida a la altura de su pecho, sin tocarlo. Es un momento de trucos, de prestidigitación. Tengo alguna carta y, aunque sea un poco pronto, la pongo sobre la mesa. Siempre que estoy en situaciones así me entra ese vértigo de jugar un poco con fuego.

—Oye, a lo mejor te sorprende que sepa esto, pero… ¿tú te has liado con Pablo Barrena?

Olivia pasa de mirar al suelo a mirarme a los ojos. No está sorprendida ni indignada. Está, simplemente, seria.

—¿Quién eres? ¿Por qué te crees que tengo que contarte mi vida? Y gracias por la chaqueta —dice haciendo ademán de devolvérmela.

—¿No me vas a preguntar cómo lo sé?

Ella accede a mi juego, aun sin mostrar demasiado interés.

—¿Cómo lo sabes?

—Pasé por el jardincito para hablar por teléfono y te escuché hablando con tu novio. Perdona si te ha molestado mi pregunta. Me pareció una discusión curiosa.

—¿Nos estabas espiando?

—No, no. Fue una casualidad. Os vi, os escuché.

—A ti te gusta mucho el drama, ¿no? —me corta.

—Puede ser, no sé.
—Pues a mí no. Nada. Estoy cansada. Harta.
—¿Estás harta? ¿Con dieciocho años? —respondo con una ironía defensiva.
—Diecisiete —puntualiza—. Cumplo el mes que viene. Y sí, estoy harta.
—¿Y de qué estás harta, Olivia?
—De los tíos. No sabéis qué hacer con vuestro deseo. Me aburrís, me hacéis sentir mal y a la vez me intimidáis.
Esta sinceridad me turba, me enamora, es la belleza de quien se entrega a lo que dice sin ponerse filtros. Una sabiduría un poco extraña para alguien todavía adolescente.
—Perdona, ya te he dicho que os vi, no era mi intención…
—¿Y te quedaste ahí para escucharnos? Porque si sabes todo esto no fue cosa de un momento.
—No, bueno; a ver, déjame explicarme.
Olivia me mira, se calla y deja que me explique. Justo lo que no quería hacer.
—¡Bueno, oye! —exclamo, alzando los brazos, sonriendo como a un niño al que pillan mintiendo—. Me quedé a escucharos, es verdad. Pero es que no pude evitarlo. Me interesaba muchísimo. Me sorprendiste muchísimo. Y era muy idílico todo. Y tú estabas tan guapa… ¡Le pusiste en su sitio!
A Olivia no le hace ninguna gracia. Ninguna. Hace el amago de despegar los labios un par de veces, indecisa todavía de cómo articular su frase. A la tercera se arranca.
—Tú eres de los que no miran para ver, sino para verte mirando. Se te nota a la legua.
—Me encanta que me reduzcan a un estereotipo cultural —respondo, entre sembrado y ofendido, parafraseando a Woody Allen.
—¿Y tú cómo me ves a mí? ¿Como un dramita más? Dios, es que me aburre tanto…
—Bueno, si tan molesta es mi presencia, lo dejo y me voy.
—No. No es tu presencia. Prefiero estar acompañada. Sobre todo ahora. Me daba un poco de miedo estar aquí sola, a oscuras. Pero que estemos hablando, que estemos juntos, no significa que tenga que pasar nada más.
—¿Qué te hace pensar que quiero algo más? —respondo a la defensiva, rodeado.
—Venga ya. ¿Me quieres mentir en esto también? Desde el momento en que nos han presentado me estabas comiendo con los ojos. Soy más pequeña que tú, pero no soy imbécil.
Qué seguridad, qué dureza, qué intriga. Y qué hiriente.
—Culpable —musito un poco derrotado, buscando su ternura.

—¿Y qué querrías hacer conmigo?

No sé si es una invitación a algo, si se está riendo de mí o si me va a echar una bronca. En cualquier caso, ya estamos a pecho descubierto.

—Empezaría por un beso.

Resopla y suelta una risa sardónica. Luego me agarra de la cara, la gira y me da un beso como si me estuviera dando una lección. Es tímido, corto y dulce.

—Ya está. ¿Podemos sentarnos a esperar a que vuelva la luz mientras hablamos de tonterías?

—He dicho que empezaría por un beso.

—No va a haber más.

Instintivamente me relamo. Claro que quiero más. Pero Olivia no. Olivia está cansada de todo, justo cuando yo me vuelvo a abrir al mundo, cuando vuelvo a ser un príncipe y no un monigote cabizbajo. Se está empezando a hartar en serio.

—Y aunque quisiera, no te lo daría —dice.

Estamos sentados juntos, sobre la cama, tras el beso. Querría parar el tiempo y pensar durante meses, sílaba a sílaba, el discurso que me lleve en alfombra a los labios que espero. Pero no tengo esa facultad.

—Olivia —insisto, lanzando una última ofensiva—, yo soy mayor que tú, pero tampoco soy imbécil. Cuando nos hemos visto, tú me has comido con los ojos tanto como yo a ti. Si me he quedado a escucharos ha sido porque no he podido resistirme, pero no por el chismorreo ni el morbo: por ti. Ahora, entre tanta gente, en estas circunstancias, te vuelvo a encontrar. El destino es una cosa supercursi, pero si no pasa nada más, mañana despertaremos con una sensación amarga. La de la oportunidad perdida.

Eso es lo que me ha salido, sin acritud. Cuando hago mis discursos grandilocuentes, gesticulo mucho, y solo al acabar descanso las manos sobre los muslos. A Jane le maravillaban al principio. No sé en qué momento comenzaron a aburrirle.

Olivia va y me suelta esto.

—¿Pero tú de qué vas? Es que puedo meterme en tu cabeza ahora mismo y verlo todo. Primero me espías con mi novio, que, por cierto, ya no es mi novio; luego llega el apagón, que para un novelero como tú es una excusa perfecta para que pase algo, lo que sea; habrás venido por el castillo sintiéndote un duque o un amante del siglo XVII, todo engalanado; después acabas llegando a una habitación que es ni más ni menos que la habitación de Franco, ¡Franco!; y me encuentras aquí, la chica en la que te habías fijado, la historia redonda, de cine, perfecta. Eres un peliculero. Muy bien. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Nadie me va a preguntar cómo es mi película?

—Yo…

—Es que te da igual. ¡Es que os da igual a todos! Tú solo vienes aquí

a cumplir tu fantasía.

—No es verdad. Me has gustado desde el momento en que te he visto. Eso es todo.

—Soy un elemento más dentro de la sucesión de cosas que acabo de nombrar. Soy parte del decorado. Lo importante no es la chica. Lo importante es la peli.

Esta vez ya no respondo.

—Y te creerás que con tus pelis eres más especial, más elevado, más digno o más sofisticado. Pero en realidad eres superficial y vanidoso y, encima, retorcido.

Me levanto, triste. Me escuece un poco la cara. Hago el amago de irme, pero frente a la puerta me giro.

—No sé si me merezco esta paliza.

—Tú querías darme un beso, y te lo di.

—¿Y este es el precio?

—No, es la explicación. Tú a mí no me has hecho nada. Me das igual. Pero esta película sí que te la habrás montado de verdad con alguien. Mil veces, seguro.

Jane. Pienso en ti, Jane. No he hecho más que pensar en ti desde que te conozco, no he hecho más que desearte, que idolatrarte, que subirte en un altar exagerado e imposible en el que sin embargo te reverenciaba con el convencimiento de una octogenaria en misa.

—¿Tengo o no tengo razón? —me pregunta, afirmando casi.

Asiento.

—Perdona si he sido muy brusca. Tú me has espiado. Yo te lo he dicho a la cara. No todos somos personajes de tu libro. También existimos en la vida real.

Miro por última vez a Olivia, que no ha alterado su postura ni con el peso de sus palabras. Yéndome me da por el humor. Un payaso triste.

—Al final no me has contestado —digo ya con medio cuerpo fuera de la estancia—. ¿Qué pasó con Pablo Barrena?

Olivia sonríe, le hace gracia que le pregunte por sus propias contradicciones.

—No te lo voy a decir.

Ahí se queda la niña rubia, guapa, seria, elegante, franca, dura, dulce y certera, en el dormitorio de un dictador y sin más luces que la luna y una linterna blanca. Yo no soy nadie. Bajo arrastrando los pies por la escalera.

En la memoria, ni el jarro de agua fría ni la ausencia de unos labios que, más pronto que tarde, serán sustituidos por otros, incluso sin deseo. Pienso en ti, Jane. Los delanteros dedican sus goles, sus victorias. Yo te dedico mis derrotas. Eres la cara de mi derrota.

Justo al llegar al primer piso vuelve a encenderse la luz. De repente

suena la música. El mundo vuelve a girar como si hubiera estado en pausa. Qué redonda me habría quedado la historia.

Quinta parte

XLIII

El día antes de entregar mi libro voy al Museo del Prado. Mi editora está nerviosa, porque yo a veces soy un poco distante en las comunicaciones y no informo con puntualidad. Pero el libro está. Habrá que podarle alguna cosa —temo que demasiada baba con Jane o demasiado costumbrismo con Madrid—, pero el cuerpo ya lo tiene entero, desarrollado, para que una vez salga de imprenta lo despiecen y lo destrocen los críticos, si es que alguno tiene la voluntad de leerlo.

¿Qué dirán del abuelo Ramón? ¿Y de Sophie? Los personajes que uno se encuentra en la vida los decide el azar, y por mucho que nos empeñemos no podemos más que convivir con ellos. Luego ya vamos viendo qué hacer con su recuerdo.

El paseo lo hago sin mucho en qué pensar. La gente parece alegre, es fin de semana. Las calles se despejan en rectas avenidas y el tráfico aporta su bullicio habitual. Me he dejado el tabaco en casa, pero tampoco tengo muchas ganas de fumar. La incipiente primavera me calienta el cogote, comienzan esos meses gloriosos en los que Madrid florece un poco y los árboles pierden su calva invernal.

Como las estaciones que avanzan, voy abandonando capas de ropa y complicaciones. Ya hay que desembarazarse del fular, la lana, la estufa, el cuello tieso y levantado. En unos meses me sorprenderá un julio ardiente con su termómetro ciego. Después se me caerá esta piel, pálida y triste, y la playa y la molicie irán dorando el cuerpo a lametazos. Por fin parece más cerca el principio del calor que el final del frío.

Me salto como siempre la cola con mi carné de Amigos del Prado. Voy un poco distraído, relajado quizás. En la sala de Velázquez, frente al conde-duque de Olivares, dos muchachas extranjeras se dan un piquito cómplice. El tío las mira desde su cuadro, imbuido de poder, aunque sus hechuras un pelín rechonchas no acompañen del todo el prestigio imperial. En la sala principal el mogollón se abre paso. Tres niñas insistentes alucinan frente a *Las tres Gracias*, incrédulas por la gloriosa exhibición de seis nalgas como soles.

—Pero mamá, ¡están desnudas!

—¡Se les ve el culo! —dice otra.

—¿Nosotras vamos a ser así de mayores? —pregunta la más pequeña.

—No, niñas, vosotras no.

Rubens sonríe desde el cielo.

Me detengo ante un nuevo cuadro, una manola rosa de Zuloaga, belleza española y madrileña, con su mantilla, peineta, abanico, sus

ojos grandes, su pelo negro. Contrasta su vitalidad con la de los Habsburgo que he dejado atrás, todos lánguidos como una copa aguada, con un aire que me recordaba a cierto compañero de colegio, tímido y mocoso, vulnerable hasta para los niños de un curso menos en el patio. Como siempre, mis respetos al *San Andrés* de Ribera, el mejor cuadro del mundo: solo, en medio de una pared de paso, sin pena ni gloria, triste y arrugado como se quedó.

Voy haciendo el camino de memoria, aunque mi orientación sea tan floja hasta en lugares conocidos. Reparo en la sencillez del propio museo, en las líneas rectas, en la monumentalidad tranquila. Así es como lucen luego las joyas de la corona.

Las caras familiares me saludan. Carlos III posa bobón, fino y simpático, con su atuendo de caza y la napia cargada de expresión como una pera madura. Se le ve buena gente. Su nieto Fernando VII es un capullo integral, pero hoy no estamos para felonías; hoy es un día para pasar ligeramente por delante, ignorando malas personas, con los pies alados y una vaga sensación de calma.

Así se va haciendo el paseo. Los empleados del lugar miran más a las personas que a los cuadros, quizás porque los cuadros nunca cambian y la gente es infinita. Las fotos están prohibidas y a mí eso me da una paz futura. En el Belvedere de Viena hay una sala anexa en la que se expone una réplica de *El beso* de Klimt para que los visitantes puedan hacerse un selfi. Se llama *selfie room*, o algo así. Por supuesto, siempre hay más gente que frente al original.

Tras media horita de deambular se me cansan las ganas de belleza y me siento en la cafetería. Me pido un cortado y, bueno, no está muy allá. Voy sorbiendo la tacita ardiente mientras a mi alrededor pasan los visitantes, buceando con descuido por la tienda de regalos. Todo está bien.

Haber terminado prácticamente el libro me aparta un poco de las oscuridades, de las profundidades, y en esta superficie más clarita encuentro que el mundo está tranquilo. Sin darme cuenta, voy hilando proyectos futuros. ¿Cómo será la presentación? ¿Y dónde? ¿Debería ir acompañado? Me siento un poco impostor en este papel de literato, así que tener a alguien más fajado a mi lado podría venirme bien. ¿Debería decírselo a Eva, mi editora? No sé si estará un poco aburrida del asunto ¿Quizás a Javier, que me puso en contacto con ella? Además de estarle agradecido, últimamente ha trabajado mucho los micrófonos, seguro que cuenta algo con estilo. Tiene callo ya.

Tras apurar unos últimos sorbos, pago la cuenta y salgo a la calle. Todavía hay luz y siento que mi abrigo no es tan necesario. Frente a la estatua de Goya, una chica de mi edad se acerca a preguntarme algo.

—Perdona, perdona. ¿Se puede entrar por ahí? —dice señalando el acceso de la puerta de los Jerónimos. Tiene acento como sevillano.

—Bueno, solo si tienes la tarjeta de Amigos del Prado.

Saco el carnecito rojo con mi nombre.

—Oh, es que hay una cola tremenda…

—No tienes, ¿no?

—Qué va. Es la primera vez que vengo.

Me sonríe como disculpándose. El viento le revuelve el pelo y deja ver unos pendientes un poco barrocos.

—Creo que me sobra alguna invitación —digo aterrizando de la nube—. Déjame buscar.

Saco un cartoncillo rojo, similar a mi tarjeta, pero compruebo con desánimo que la invitación ya está caducada.

—Bueno, oye, voy a intentarlo igualmente. ¿Te importa?

—No, pero espera. Tengo que entrar contigo. Sin mi carné no vale de nada.

—Jo, muchas gracias. Y perdona. Soy Maca, por cierto.

—Encantado.

Macarena.

El de seguridad es un funcionario viejo que no mira ni mi carné ni su invitación ni nada, nos deja pasar sin hacer más preguntas. Maca está muy contenta.

—¡Qué bien! Pensaba que no entraba con *la pedazo* cola de fuera. Gracias, gracias. Puedes irte si quieres, que te estoy molestando mucho.

—Me has dicho que es tu primera vez aquí. ¿Quieres que te lo enseñe? Lo conozco como la palma de mi mano.

—¿De verdad?

—Claro. No me importa nada.

Pasamos y yo tengo que forzar mi pésima orientación para iniciar un recorrido con sentido. Al ser su primera vez, vamos primero a los cuadros de renombre. Ella no sabe demasiado, así que tengo oportunidad de hacer un poco el show, de atusarme el pelo y sacarle alguna sonrisilla.

Maca es un bellezón hispano, como la manola de Zuloaga. Tiene, de manera natural, el lunar que se pintaban las abuelas en los años cuarenta, imitando a las divas del cine. Es un signo de puntuación sobre su labio.

En una sala importante, la niña pequeña de *Las tres Gracias* me reconoce. Lanza una mueca burlona. Maca flipa con *Los Fusilamientos* y yo le explico muy atildado que la sombra del mártir representa a la virgen María.

No puedo parar de ver a Ángela Molina bailando desnuda en una peli de Buñuel.

Maca mira —sus ojos son verdosos— y yo me quiero recrear en el misterio, la magia, decir almorávide o alféizar, algo que me arranque

del madrileñismo y me transporte en volandas a un suelo con raíces. Los de fuera hacemos con lo andaluz una cosa un poco burda: verlo todo como si fuera una obra de arte.

Frente a los niños de Sorolla nos rozamos la mano.

—Oye —le pregunto—. ¿Qué haces esta noche?

—No tengo ningún plan —contesta ella alargando hasta el punto suspensivo.

Pronto cerrará el museo. Una empleada nos apremia a ir dando por terminado el recorrido. Los grupitos de turistas van juntándose hacia la puerta principal.

—Pues Madrid lo conozco todavía mejor.

Sonrío a Maca y ella me sonríe de vuelta.

—Qué lanzado, ¿no?

A la salida, la noche se despliega dispersando las masas. En la azotea del Palace, el letrero de neón parece un ovni aterrizado. No refresca y tras los edificios antiguos vemos todavía alguna llama violeta, el sol agonizante que despide coqueto el día. Apenas dura unos minutos. Atardece en Madrid.

Maca tiene que pasar por su hotel para coger alguna cosa. Ya sé el sitio al que iremos después a tomar copas.

XLIV

Frente al portal, me paro a verla una vez más. Maca es material de sueño.

—Vamos —me dice—. No te irás a arrepentir ahora.

Me guiña un ojo. Saco las llaves. Subo los escalones de dos en dos hasta llegar a mi piso.

No he aprendido nada.

Buenas noches.

Otros títulos

1. *Anatomía poética*
   J. M. Caballero Bonald y J. L. Fajardo

2. *Radical libre*
   Manuel Vicent

3. *Zona de Obras*
   Leila Guerriero

4. *Suspense*
   Patricia Highsmith

5. *Para ser escritor*
   Dorothea Brande

6. *El tiempo reversible*
   Francisco Umbral

7. *Puntos suspensivos*
   Ángel Gabilondo

8. *Toda la vida preguntando*
   Juan Cruz

9. *Hambre de realidad*
   David Shields

10. *La vida en cinco minutos*
    Virginia Galvín

11. *Ensayos Bárbaros*
    Jordi Soler

12. *Vidas de santos*
    Antonio Lucas

13. *Lacrónica*
    Martín Caparrós

14. *Las Encantadas*
    Charles Darwin y Herman Melville

15. *El arte de perder*
F. Scott Fitzgerald

16. *Japón el paisaje del alma*
Rudyard Kipling e Inazo Nitobe

17. *Cosas que brillan cuando están rotas*
Nuria Labari

18. *Largo viaje inmóvil*
Doménico Chiappe

19. *Mientras haya bares*
Juan Tallón

20. *¿Pero qué broma es esta?*
Miguel Ángel Aguilar

21. *Leer es un riesgo*
Alfonso Berardinelli

22. *Un abuelo rojo y otro abuelo facha*
Juan Soto Ivars

23. *La importancia de no entenderlo todo*
Grace Paley

24. *Constantinopla, eterno viaje a Itaca*
Théophile Gautier y Konstantínos Kaváfis

25. *América*
Manuel Vilas

26. *Nuevas lecturas compulsivas*
Félix de Azúa

27. *No somos refugiados*
Agus Morales

28. *El último pistolero*
Raúl del Pozo

29. *¿Dónde vamos a bailar esta noche?*

Javier Aznar

30. *Crónicas biliares*
Jorge Bustos

31. *Polinesia, Paraíso encontrado*
Jules Dumont D'Urville y Robert Louis Stevenson

32. *Caída libre*
Sue Kaufman

33. *Empiezo a creer que es mentira*
Carlos Mayoral

34. *Palos de ciego*
David Torres

35. *Fuera de carta*
Rodrigo Varona y Javier Márquez Vázquez

36. *Contar es escuchar*
Ursula K. Le Guin

37. *La gran desilusión*
Javi Gómez

38. *Inferior*
Angela Saini

39. *Impón tu suerte*
Enrique Vila-Matas

40. *Alienación indebida*
Rafa Cabeleira

41. *Crónica de una paz incierta, Colombia sobrevive*
Aitor Sáez

42. *Una isla, tres continentes*
Alexander von Humboldt y Gertrudis Gómez de Avellaneda

43. *A favor o en contra de la bomba atómica*
Elsa Morante

44. *La vida instantánea*
Sergio C. Fanjul

45. *Michigan, acaso Michigan*
Antón Reixa

46. *Estaciones de regreso*
Jacobo Bergareche

47. *Gente que se fue*
David Gistau

48. *El día que murió Kapuscinski*
H076Ramón Lobo

49. *Literatura infiel*
Ricardo F. Colmenero

50. *Egipto, sueño de dioses*
Gérard de Nerval y Amelia B. Edwards

51. *¿Por qué nadie publica mi novela?*
Fay Weldon

52. *El juicio sin final*
Pablo Ordaz

53. *Ella soy yo*
Marta Suria

54. *Crónicas barbitúricas*
Karina Sainz Borgo

55. *Te quiero viva, burra*
Loreto Sánchez Seoane

56. *Elogio de la quietud*
Pedro Cuartango

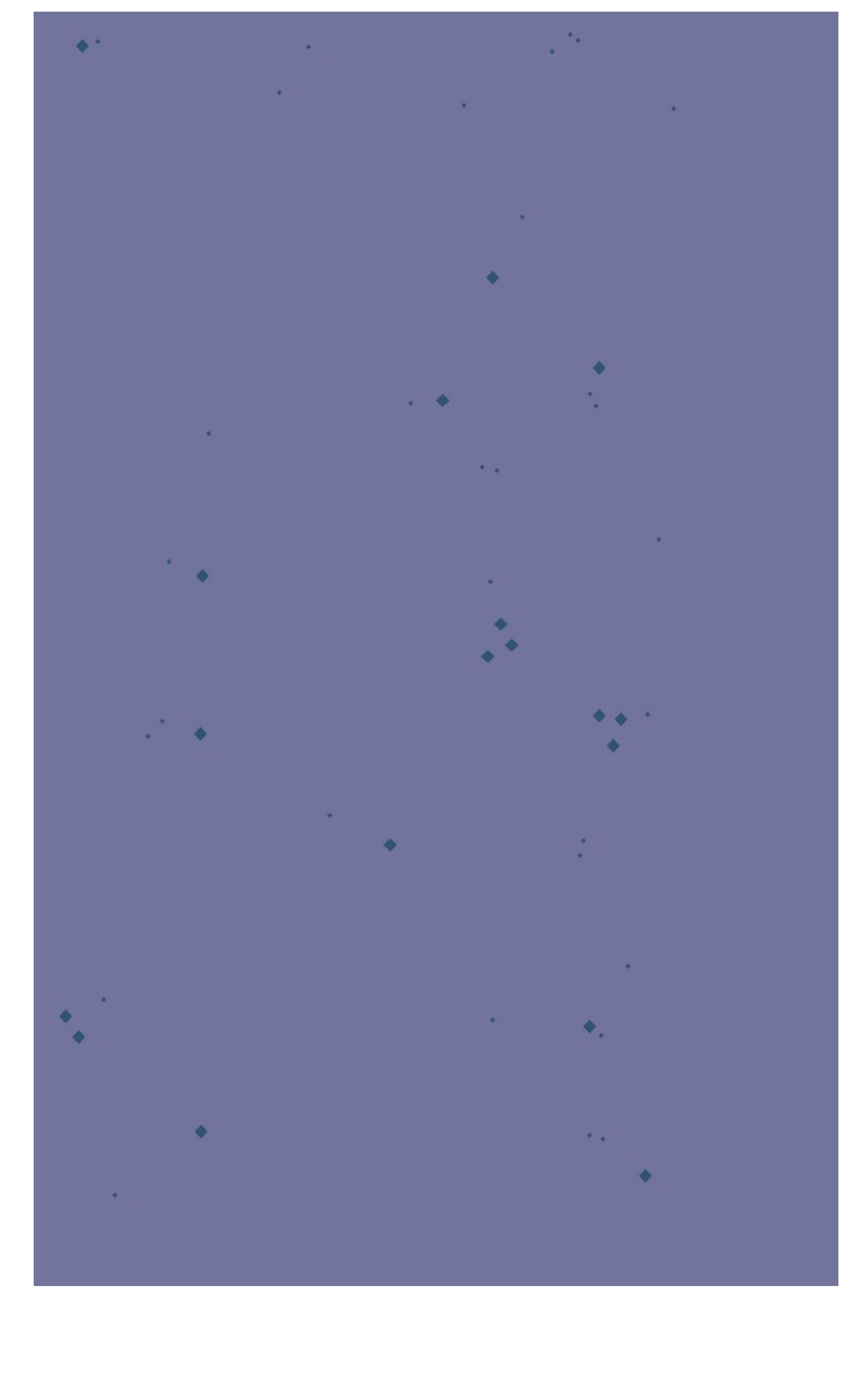
Si quieres conocer otros libros editados por
Círculo de Tiza
visítanos en

www.circulodetiza.com

y síguenos en


/circulodetiza
@CirculoDeTizaEs
@circulodetizaeditorial

Este libro terminó de imprimirse el 17 de febrero de 2020. Tal día como ese de 1836 nace en Sevilla el poeta y escritor **Gustavo Adolfo Bécquer**, figura esencial del Romanticismo. Su creación literaria gira en torno al amor y la muerte y se forjó en torno a musas femeninas reales o soñadas y a relaciones tortuosas e inalcanzables.
Entre sus obras más relevantes destacan sus *Rimas y Cartas literarias a una mujer.*



Índice de contenido